Juan Rivera Arroyo

Albert Speer, un día

Premio de Novela Vargas Llosa 2020

LHG

hespérides

JUAN RIVERA ARRRROYO nació en Pachuca, México, en 1992. Se graduó en Literatura y Creación Literaria por Casa Lamm. Cursó un posgrado en storytelling en la Scuola Holden de Turín y un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Sevilla.

Ha publicado los libros de cuentos *El lecho del mar* (Premio Ricardo Garibay 2010) y *La ronda* (2013).

En 2020 ganó el Certamen Nacional de Literatura Laura Méndez de Cuenca con la novela *La casa de la memoria rota*.

También en 2020, con la obra *Albert Speer*, un día, obtuvo el XXV Premio de Novela Vargas Llosa.

Prisión de Spandau, año 1954. Albert Speer, más conocido como el arquitecto de Hitler, decide, a mitad de su condena, caminar alrededor del mundo. El otrora ministro construye una pista en el patio de la prisión y comienza a caminar por ella con fervor. Gracias a un registro meticuloso de los kilómetros recorridos, puede marcar en mapas su avance. El punto de partida es la ciudad de Berlín. El viaje imaginario, sin salir de su riguroso encarcelamiento, lo lleva por Europa del Este y Asia, a través del estrecho de Bering y a lo largo de la costa oeste de América del Norte.

Esta fabulosa novela desarrolla la idea de "banalidad del mal", que aquejó a muchos intelectuales y profesionales adheridos a la causa nazi, en la figura histórica de Albert Speer, quien pasó a la historia como "el buen nazi". Sin embargo, tras su liberación en 1966, se dieron a conocer una serie de documentos que demostraban su cercanía con los altos mandos y su colosal ambición y obra, revelando que su involucramiento en el Holocausto fue mayor de lo que él jamás admitió.

«*A cada paso desmoronaba su identidad y en el proceso hallaba un misterioso placer de decadencia y de ligereza.*»

Albert Speer, un día

COLECCIÓN
Las Hespérides

JUAN RIVERA ARROYO

Albert Speer, un día

Premio de Novela Vargas Llosa 2020

ESLES DE CAYÓN
2021

Este libro fue ganador del XXV Premio de Novela Vargas Llosa,
concedido en diciembre de 2020 por la Cátedra Vargas Llosa,
la Universidad de Murcia y la Fundación Mediterráneo

© De los textos: Juan Rivera Arroyo

Madrid, noviembre 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-04-7

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Producción del ePub: booqlab

A mi padre,
que concibe la caminata y la narración
como una sola maniobra.

Índice

1. Europa (1954-1956)

2. Amanecer

3. Asia (1957-1959)

4. Mediodía

5. Rusia (1960-1962)

6. Atardecer

7. Norteamérica (1963-1965)

8. Anochecer

9. México (1966)

10. Medianoche

11. Londres, 1 de septiembre de 1981

Europa
(1954-1956)

Albert Speer comenzó a caminar. Estaba por cumplir ocho años de encarcelamiento y aún restaban doce para su liberación. El dato resonaba demasiado fuerte en sus adentros, y temía que de tanto repetirlo una ansiedad funesta terminara de demolerle el alma. Prefería pensar en la condena como la medición de un día. Si su condena entera equivalía a veinticuatro horas, para Albert Speer eran entonces las 9:36 de la mañana. Cada dos horas y diez minutos reales pasaba un segundo del día figurado. El sistema del reloj volvía más ligera su percepción del paso del tiempo.

Lo de caminar no había sido su primera idea para ocuparse. Había antes llenado con tierra un pozo de ciento cincuenta metros cúbicos. Aunque el esfuerzo con la pala le había traído el cansancio físico que buscaba, al final del ejercicio su mente no había realizado ningún trabajo. Algunas veces también había intentado con el teatro; imaginaba puestas en escena con tal minucia que, cuando caían las cortinas, sentía el impulso de aplaudir. Pero al cabo de la fantasía, Albert Speer no había fatigado los músculos del cuerpo. Descubrió que para poder conciliar el sueño necesitaba una empresa que lo agotara en ambos sentidos. Fue por eso que en su caminata los pasos eran sólo la mitad del asunto.

La prisión era la de Spandau, en Berlín. La fachada lucía como la de un castillo. Era una construcción de ladrillo rojo, decolorada por la desgracia. Tenía un centenar de celdas y seis torres de vigilancia. La administración estaba a cargo de cuatro naciones. En todo momento había sesenta soldados en turno, y durante el día la operación precisaba de un director y un oficial médico por cada una de las naciones, y además había guardias, porteros, cocineros, electricistas, secretarias y

traductores. El elemento central, sin embargo, no era del tamaño del aparato: en Spandau sólo había siete presos.

El 18 de septiembre de 1954, en el interior de una prisión, Albert Speer comenzó una caminata alrededor del mundo.

Amanecía.

Se puede asumir que ese día Albert Speer caminó del jardín de la prisión hacia el edificio principal, cruzó el largo pasillo de celdas abandonadas, pasó los tres puntos de seguridad y las oficinas, salió por la enorme puerta de estilo medieval y dirigió su marcha hacia el sur de Berlín.

Días antes había trazado en el patio una pista circular de doscientos setenta metros de largo. Pudo haberla prolongado unas decenas de metros más, pero la ruta que eligió contaba con las mejores vistas. En cierto punto del camino los árboles viejos de alrededor se alineaban para bloquear por completo el edificio principal; si mantenía la mirada lejos de las torres de vigilancia, Albert Speer podía olvidarse de que se hallaba en una cárcel. Antes de dar el primer paso, tomó la decisión de caminar siempre en el sentido de las agujas del reloj.

A partir de entonces contó cada vuelta que caminó en la pista. Debido a que su mente estaba ocupada con el espejismo del viaje, recurría a un sistema de cómputo tan sencillo como eficaz. Se metía un puñado de frijoles en un bolsillo de los pantalones y a cada vuelta que completaba cogía uno y lo pasaba al otro bolsillo; con el tiempo se volvió una acción mecánica. El sistema se lo había recomendado otro preso luego de varios días de observación.

Albert Speer era arquitecto. En parte estaba ahí encerrado por las ideas que había proyectado para el Tercer Reich. Su arquitectura había exhibido a plena vista una ideología que resultó equivocada, y era tan evidente como un rascacielos inclinado. Más que por sus proyectos, lo habían castigado por trasladar su impecable organización arquitectónica al ministerio de armamento, en 1942; la falta de Albert

Speer fue la de haber ocupado su habilidad de edificación para derrumbar al enemigo.

Al final de la guerra tenía cuarenta años; al inicio de la caminata, cuarenta y nueve.

La prisión de Spandau era administrada por la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Los cuatro poderes se turnaban mes con mes la guardia de la prisión, y eso les daba a los presos una mínima sensación de variedad. Las administraciones occidentales ofrecían cada cual una ventaja. Los franceses tenían buena cocina, los americanos permitían más tiempo al aire libre y los ingleses entregaban generosas raciones de tabaco. Los rusos, por su parte, se limitaban a despertar a todo el mundo más temprano.

Los siete presos eran alemanes. Habían ocupado altos puestos en el régimen del Tercer Reich, y después de la guerra fueron enjuiciados en Núremberg. Tres de ellos estaban cumpliendo cadena perpetua.

Las diferentes opiniones de los cuatro poderes habían terminado por crear una serie de regulaciones estrictas y caprichosas. En Spandau no había más lógica que la burocracia. El reglamento lo forjaron los cuatro poderes con los ojos sobre el papel. Quizá por eso, durante los primeros tres años de encarcelamiento, el uniforme de los presos fue el que se había utilizado en los campos de concentración alemanes. Mientras la fricción política creció, las discusiones sobre las más sutiles normas se volvieron cuestiones de honor. Pero a veces las medidas tenían un efecto artificial en la práctica. Por ejemplo, estaba permitido que el guardia y el preso estuvieran de pie juntos; tampoco había problema si el guardia se sentaba y el preso se mantenía de pie. Pero si el prisionero se sentaba mientras el guardia estaba parado frente a él, ello correspondía a una falta. Por supuesto, la situación en que el guardia y el preso se sentaran juntos era abominable.

Desde el primer día, los siete presos recibieron un número y esa era la única manera correcta de referirse a ellos. Desde hacía ocho años, Albert Speer era el número cinco.

Con una escuadra de madera midió la longitud de su calzado. Treinta y un centímetros. Luego le dio una vuelta a la pista colocando un pie frente a otro. Ochocientas setenta pisadas. Por eso sabía que la pista tenía doscientos setenta metros.

Al terminar una jornada de caminata, volvía a su celda y calculaba los kilómetros. Después determinaba el avance que había tenido allá fuera, al otro lado de los muros. A veces tenía mapas. A veces tenía libros. A veces tenía cifras. Todo paso que daba en la pista lo daba a la vez en el exterior.

Así, en su cumpleaños número cincuenta, llegó a la ciudad de Heidelberg, al sur de Frankfurt. Cuando tenía trece años, se había mudado con su familia a la casa de campo que tenían ahí.

Albert Speer estaba acostado en el piso de la celda, pensando en circuitos. Era día de visita. Pensó en la deliciosa suerte de quienes nacen y mueren en la misma cama. No importa qué han hecho en la vida, qué tan turbulento ha sido el viaje, llegan a casa después de todo. Un círculo perfecto. El primer paso al salir de casa es también el primero del regreso.

Más tarde vería a su esposa, Margarete. Quince minutos por bimestre. Aún no le había comentado nada acerca del proyecto de caminar, no por falta de medios sino de voluntad. Además de la correspondencia oficial, con términos estrictos de contenido, extensión y frecuencia, tenía un medio postal clandestino: un guardia que escabullía cuantas cartas el arquitecto escribiera. Si no le había dicho de la caminata a su esposa, era porque algo le incomodaba. No quería sonar absurdo. Sospechaba que el encierro había afectado su mente y que el proyecto no era más que un disparate. Decidió que, si se animaba a contárselo, lo haría frente a frente, para ver su reacción.

Pensaba en circuitos a pesar de que la celda y la prisión eran rectangulares, y a pesar de que Berlín era una ciudad sin demasiadas glorietas. La convivencia de lo redondo y lo cuadrado le resultaba extraña. Creía que las ventanas redondas en edificios cuadrados eran casi siempre desatinadas, pero que eran bellas en los barcos. Visualizó

un anillo guardado en una caja, un sol al centro de una bandera, una lupa sobre un libro. Quizá el encierro había hecho de su mente una mesa redonda con mantel rectangular. Se consoló con la idea de que los trazos rectos de la arquitectura los dibuja la punta redonda del lápiz.

Según sus cálculos, la dimensión del patio comprendía entre cinco y seis mil metros cuadrados. En otros tiempos, Albert Speer solía añadir o descontar hectáreas a los proyectos arquitectónicos de la nación con la espontaneidad del escritor que con un adjetivo cambia la extensión de un reino. Ahora había entendido el potencial verdadero y vasto de media hectárea.

A la llegada de los siete prisioneros, el patio era un parque descuidado. En vez de ensombrecer el lugar, el esplendor silvestre contrarrestaba el sonido de las puertas metálicas y el olor a quemado y el gris del cielo de Berlín, que sería gris hasta la eternidad. Los prisioneros podían pasar hasta seis horas a la intemperie. Plantaron algunos árboles y algunas flores, y consiguieron incluso cosechar vegetales, que se aprovechaban en la cocina. Las pupilas de los prisioneros se aclararon un poco el día que un arbusto que habían plantado juntos rebasó la altura del hombre más alto de los siete.

Las formaciones de los compañeros de Albert Speer eran variadas. Había un diplomático, un economista, un escritor, un politólogo y dos almirantes. El arquitecto era el único que tenía cierto conocimiento en paisajismo. Cuando los años comenzaron a formar hermandades, él se mantuvo en soledad. Su temperamento lo aproximó por naturaleza a los libros y a los dibujos, y su conducta en el grupo fue la de un agente libre, que podía pasar algunos ratos con todos, pero que no creaba ataduras con nadie.

La sede de sus esmeros fue un jardín que diseñó al centro de la pista. Hizo de ese bosque un edén inesperado. Mantenía equilibrados el sudor que derramaba en los arreglos y el ejercicio de la mente que empleaba en los diseños. El plan y la ejecución del jardín fueron un agasajo para su salud.

Al octavo año de su condena, no había en Berlín un parque tan bello. Hasta los directores de los cuatro poderes se paseaban por ahí.

En junio de 1955, desde un balcón del castillo de Hohensalzburg, miró el río Salzach, que se retorcía azul entre los edificios y los árboles de Salzburgo. El cielo estaba desierto, pero sobre el horizonte se insinuaba una leve línea blanca de frescor o de olvido.

Los rastros de la guerra se podían confundir con ruinas de otras épocas. Casi la mitad de los edificios habían sido derrumbados durante los bombardeos. No quedaba claro si Salzburgo se estaba cayendo o levantando. Aun así había música. El viento llegaba al castillo con algunas notas en sus soplidos. Los techos del paisaje eran rojos porque estaban hechos con madera de violines estropeados.

Desde la altura del castillo, Albert Speer concibió el diseño de un parque circular para una de las zonas devastadas. Un plato en medio de un plato roto. Luego se dispuso a caminar por el centro histórico. Ansiaba admirar la arquitectura barroca.

Antes de partir de la ciudad, había que decidir hacia dónde continuar. Albert Speer tenía aún dudas acerca de la sensatez de la caminata. Consideró dar media vuelta en ese instante y desandar uno a uno los pasos que lo habían llevado hasta ahí, ingresar de nuevo por la puerta medieval de la prisión de Spandau, superar las oficinas y los tres puntos de seguridad, recorrer el pasillo de celdas abandonadas y tirarse de espaldas sobre la cama de margaritas del jardín. Pero no le atraía ningún viaje retrospectivo. También consideró remontar los Alpes, caminar la longitud de Italia hacia el sur y cruzar el estrecho de Mesina para terminar en Sicilia. La isla le ofrecía un límite geográfico para ponerle punto final a la marcha, pero la idea de hallarse en una suerte de segundo encierro le pareció intolerable.

Albert Speer se encaminó hacia Viena.

Un guardia ruso abrió la celda. El prisionero estaba acostado en el piso, con las manos en la nuca, pensando en circuitos. El guardia gruñó,

pero no en expresión de molestia; era un gruñido más bien triste. El prisionero se puso de pie, y antes de salir de la celda se sacudió un polvo invisible del uniforme. Pensó que el primer paso que daba por el pasillo, hacia el cuarto de visitas, era también el primero de vuelta.

En la mesa estaba sentada Margarete. Detrás de ella, de pie, tres oficiales se disponían a supervisar el encuentro. Si la conversación entraba en temas indebidos, como la situación política o las malas condiciones de la prisión, los oficiales suspendían la visita; también estaba prohibido cualquier contacto físico. A Albert Speer le bastó una rápida mirada para saber que su esposa recién había llorado.

—Hola, querido —dijo ella, apenas él apareció en el cuarto.

El guardia ruso pasó las manos por el cuerpo de Albert Speer con desgana; esas manos ya conocían ese cuerpo. Luego tomó la silla por el respaldo y la acercó a la mesa mientras el preso se sentó. Hasta entonces Albert Speer devolvió el saludo. En cuanto habló, los tres oficiales tomaron nota. El guardia se plantó en posición de firmes a unos pasos detrás del preso.

Después del llanto, la boca de Margarete se volvía otra. Se hinchaba un poco y ganaba color. Albert Speer la besaba sin excepción, aunque ella siguiera enojada o triste. Al cerrar los ojos, sentía que besaba a una mujer desconocida. Los besos eran calientes y húmedos y lentos; los labios de ella se adormecían y su movimiento era más torpe que de costumbre, pero más enardecido. Si el llanto caía a las comisuras, Albert Speer no se resistía a soltar pequeñas mordidas y saborear el condimento frágil de los ojos.

Hablaron de su hija Hilde, que recién regresaba de los Estados Unidos después de un año. Albert Speer recordó que no había podido redactar una carta de agradecimiento para la familia judía que había hospedado a su hija. Ni siquiera se había atrevido a escribir una palabra. Hablaron del resto de sus hijos. El mayor tenía veintiún años de edad y el menor trece. Margarete empezó a decir las alturas de los menores, pero la interrumpieron pronto. Los oficiales estimaron verosímil la posibilidad de que las cifras eran en realidad mensajes en

código. Tomaban nota con desenvoltura; daba la impresión de que la crónica de la visita era mayor que la visita misma. El matrimonio guardó silencio unos instantes pero los oficiales siguieron escribiendo.

—¿Recuerdas cuando remamos? Era nuestra luna de miel. Llovía —dijo él deprisa, porque sentía que los segundos se terminaban.

—Llevábamos botes plegables. Éramos demasiado jóvenes —dijo ella, abriendo apenas la boca, caliente y húmeda.

—La llovizna y tu risa. Sí, los botes plegables. ¿Sabías que ese pequeño muelle está a menos de un kilómetro de aquí? —dijo él. Tenía la boca seca.

—El mío era rojo. Tu bote era negro —dijo ella con lentitud, porque sentía que los años se dilataban.

Albert Speer escuchó un gruñido triste a sus espaldas. Al fin, buscó la mirada de su esposa y no parpadeó. Ella entendió que algo venía.

—Margarete, desde hace unos meses tengo un nuevo proyecto. —Los oficiales se miraron—. Estoy caminando por Europa. —Albert Speer no parpadeó.

El rostro de Margarete, vacío. Una nota de agradecimiento sin escribir.

—Te tejeré unos calcetines, querido —dijo ella y enseguida sonrió con la mitad de la boca.

Cuando volvió a la celda, Albert Speer marcó con lápiz en una pared las dos alturas de sus hijos que pudo escuchar. Tuvo el presentimiento de que Margarete iría al pequeño muelle a llorar.

Tenía un hambre insaciable de lectura. Tan sólo en los tres primeros años de encarcelamiento devoró quinientos libros. Leía novelas, biografías y libros de arquitectura y pintura. Disponía casi de cualquier libro, pues tenía acceso a la biblioteca municipal de Spandau y más tarde a la central de Berlín. Después de unos años, comprendió que era necesario darle cierto orden a su lectura. La diferencia entre caminar y caminar alrededor del mundo era el simple orden metódico que implementaba. Con el hábito de la lectura no había diferencia. Si quería

avanzar, requería un rumbo. Comenzó a leer por épocas.

A pesar de que iba en contra de las reglas, Albert Speer quería escribir un libro de memorias. Su mente tenía los hechos por narrar más o menos acomodados en el tiempo, pero al momento de escribir pensaba en una multitud de ellos y la propia ambición de contarlos todos hacía que la crónica fuera inexacta y confusa. Nunca antes se había preocupado por desarrollar el músculo de la escritura. La incapacidad de expresar ideas diáfanas fue una de las muchas experiencias nuevas que le trajo el confinamiento. Se propuso entonces armar frases sencillas, igual que si dibujara líneas cortas y rectas. Comenzó a escribir por épocas.

Las dificultades del reglamento se sumaban a las creativas. Incluso el abastecimiento de papel era un obstáculo. Cada tanto le daban cuadernos para sus dibujos, pero durante las constantes inspecciones los soldados los hojeaban con extrema solicitud. Albert Speer escribía en papel higiénico y de fumar y en el reverso de todo documento que llegaba a sus manos. Que alguna persona pudiera entrar en cualquier segundo a la celda reforzó la brevedad y contundencia de sus frases; sentía que atravesaba un océano a pequeñas bocanadas de aire. La mayoría del tiempo llevaba los escritos dentro de los pantalones para evitar que lo descubrieran. Luego, en la primera oportunidad, el guardia que lo ayudaba sacaba los papeles de la cárcel. El proceso terminaba con una secretaria que pasaba a máquina los recuerdos de la época del Tercer Reich. De este modo también se completó la redacción del diario que llevó Albert Speer durante los veinte años de su condena. Que las luces de la prisión fueran tenues y se apagaran temprano fueron peculiaridades intrínsecas de los sombríos textos del arquitecto.

Había una sola pista. Durante las cuatro estaciones del año era la misma pista. Durante las diferentes administraciones, la misma pista. Durante el día y durante la noche. Durante una década y la siguiente y la anterior. Durante la paz y la guerra. Una sola pista.

Pero había, en realidad, varias pistas.

Una pista que rebotaba en zigzag entre los bordes del camino. Una pista que miraba hacia fuera del circuito. Una que miraba hacia dentro. Una que tenía la forma de las nubes del cielo. Una rápida. Una lenta. Una encharcada y una árida y una con viento. Varias pistas.

Y lo mismo con la boca de Margarete.

Había un solo beso. En las despedidas y los saludos era el mismo. En distintas ciudades, el mismo beso. En la cama y en la mesa. En lunes, jueves y domingo. En las cartas. En silencio. En la mano, la frente y el cuello. Un solo beso.

Pero había varios besos.

Un beso que rozaba el contorno de la boca. Un beso que sólo existía labios adentro. Uno que era un laberinto. Uno que era la respuesta. Uno sin razón y uno con sentido. Uno falso y uno genuino y uno con ambos calificativos. Varios besos.

Una boca, una pista.

Infinidad de pasos y de besos.

En Viena, Albert Speer se asomó por el balcón del palacio de Hofburg y miró la Plaza de los Héroes. En ese preciso lugar se había sellado el destino de Austria como parte del Tercer Reich. Ahora los cuatro poderes se habían repartido el control de los distritos de la ciudad, pero habían acordado que el centro histórico, donde se ubicaba el palacio de Hofburg, permanecería como una zona internacional.

Albert Speer no quiso salir del palacio. Las calles y los edificios le traerían sólo recuerdos de antiguas visitas, y no se sentía con la fuerza suficiente para soportar los golpes del pasado. Las calles y los edificios no habían cambiado y él tenía la mirada tranquila de siempre, pero Viena nunca sería la de antes, y el polvo de las calles y la soledad de los edificios afectaban la serenidad de los peatones. Prefirió pasear por el palacio. La elegancia era la temática en todas las áreas. Idéntico era el esplendor del salón de actos, de la biblioteca y de los dormitorios; el dorado colgaba por todos lados, como hiedra. A Albert Speer le

gustaban más los castillos, en especial los abandonados. Siempre había creído que el palacio presume y el castillo defiende, y eso las hacía construcciones de diferentes universos.

No valsó en el salón de ceremonias. No leyó en la biblioteca nacional. No lloró en la cámara del tesoro. Albert Speer ingresó en el ala Amalia y visitó los antiguos aposentos de Elisabeth de Austria, Sissi. Había leído una biografía de la reina durante los días en los que perdió el control con los libros. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero los aposentos le eran familiares por las descripciones sepultadas en su memoria; sombras de párrafos le iluminaban la mirada. Todo era bello, hasta el más insignificante objeto. No tocó nada; tan posible era el encantamiento que lo volviera a él de oro, como el que volviera de piedra todo objeto que él tocara. Albert Speer buscaba un párrafo de la biografía de Elisabeth de Austria por su mente. Atravesó el estudio de la reina, el insólito gimnasio, el baño y el vestidor. Cuando entró al dormitorio, enseguida su mirada sintió un magnetismo. El pequeño escritorio de la esquina. Conocía a la perfección el lugar, ahora recordaba su lectura. En los cajones sólo halló un papel y en él, el párrafo.

«El único familiar con quien Elisabeth se identificaba era Ludwig II, su primo. Le entretenía escuchar las extrañas ocurrencias del rey de Baviera porque la hacían sentir menos excéntrica. La anécdota preferida de la reina, que repetía con frecuencia, eran las cabalgatas imaginarias de su primo. Ludwig II iba a sus establos por las tardes, montaba su caballo preferido y recorría en la pista la distancia de Múnich, digamos, al palacio de Linderhof. Un mozo le gritaba entretanto los lugares por los que iba pasando».

Durante las administraciones rusas, los prisioneros bajaban de peso un par de kilos. La comida era mala y escasa. Sospechaban que la carne que les daban a diario era de perro. Todos protestaban. Algunos dejaban de salir de sus celdas y de cumplir sus labores. Algunos exigían consultas médicas varias veces al día. Albert Speer admitía para sí que

la administración rusa era el periodo en el que mejor trabajaba su intelecto. Ahora le daba la razón a las órdenes monásticas que relacionaban la frugalidad con la claridad mental. No compartió ese pensamiento con el resto de los prisioneros porque hubieran pensado que había perdido la cabeza.

El tiempo ablandó a algunos prisioneros, sobre todo a los viejos. Algunos comenzaron a agachar la cabeza, a soportar malos tratos, a mendigar atenciones. A cambio de servilismo, los guardias les daban pequeñas facilidades. Esas pequeñas facilidades marcaban grandes diferencias en ese pequeño mundo. Pero Albert Speer apenas rebasaba la cincuentena por ese entonces. Aún tenía la robustez de un hombre entero y le era imposible aceptar cualquier tipo de humillación. Por ese motivo llegó a envidiar a quienes rondaban por los ochenta años; eran niños capaces de tirarse al piso por un dulce.

Albert Speer no comprometió su dignidad, a su pesar. Pero quería un dulce, esa era la verdad.

Un amigo arquitecto había abierto un fondo para los gastos de Margarete y sus seis hijos. Los empresarios que se habían beneficiado de los proyectos que dirigió Albert Speer durante el Tercer Reich cooperaron con gusto. El fondo reunió lo suficiente para el bienestar de la casa y para los estudios de los hijos.

El amigo que organizó el apoyo había sido compañero de universidad del prisionero, y desde entonces ya lo admiraba. Cuando inició a trabajar para el régimen nacionalsocialista, Albert Speer convocó a su amigo para colaborar en el ambicioso proyecto de nación. Construyeron extravagancias hasta la derrota. Mientras la vida hundía a Albert Speer en el encierro, catapultó al amigo hacia el éxito profesional; alguien tenía que encargarse de la reconstrucción de Alemania. A pesar de esta nueva balanza, el amigo seguía en el papel de subordinado; cumplía con presteza los favores que el prisionero le pedía por escrito. Además, por voluntad propia, buscó la libertad de su antiguo jefe durante varios años, sin tomar en cuenta que su causa tenía

desde el principio el fracaso casi asegurado.

De alguna manera la distancia acercó a los amigos. Incluso, una víspera de Año Nuevo, se pusieron de acuerdo para comunicarse por telepatía a medianoche, pero ambos se quedaron dormidos antes de las doce campanadas.

El amigo se llamaba Rudolf.

Le gustaba imaginar la Tierra avanzando en línea recta, no en movimientos circulares. Enseguida pensaba en las distancias. ¿Cómo se vería un año en línea recta? Le parecía graciosa la imagen. Luego imaginaba todas las vueltas que le ha dado el mundo al sol puestas en línea recta. La escala del pensamiento lo dejaba abrumado por horas. Lo reconfortaba la idea de que tal vez la Tierra ha llegado más lejos en su órbita de lo que habría logrado en línea recta.

La palabra clave era trascendencia. Para Albert Speer esa palabra era un amuleto que se lleva en el bolsillo o en el cuello, que se acaricia sin motivo todo el tiempo, con el que uno va al frente de batalla y a la iglesia.

Albert Speer caminaba en círculos a diario. ¿Cómo se vería un año en línea recta? La imagen lo aterraba. Tenía la silenciosa esperanza de que estaba realizando una caminata de mayores dimensiones de la que podría hacer allá fuera, marchando en la realidad los pasos que marcaba en el mapa. Cruzar el continente europeo sin salir de ese miserable y bello patio era más valioso que el peregrinaje de los mismos kilómetros a través de montañas y valles inmensos. La esperanza era silenciosa porque las cosas frágiles están siempre más seguras en silencio.

La fortaleza se había construido hacía un milenio y medio. Belgrado ya había tenido el designio de caserío, pueblo, villa y otros más, pero hasta el levantamiento de esa fortaleza se hizo de piedra el anuncio de que Belgrado se defendería en calidad de ciudad. Albert Speer había conocido algún día ese afán por defender ideales, y lo extrañaba. El

agotamiento de caminar por tantos días agravaba su aflicción. Había pasado más de una década desde la última vez que había visto una bandera sin indiferencia. Estaba en lo alto de una torre de la fortaleza. Mientras el sol se elevaba, presintió que su arquitectura había sido en realidad una arquitectura de ataque.

A su derecha corría el Danubio y a su izquierda, el Sava, y se unían justo frente a la fortaleza. No chocaban, no se ignoraban; si una operación matemática expresaba el encuentro era la multiplicación, no la suma. El rumor de los ríos era suave y constante, pero a menudo los rugidos de las bestias del zoológico de la ciudad, que estaba dentro de la fortaleza, marcaban cierto ritmo. Albert Speer cerraba los ojos por momentos y tarareaba. El sol matutino le pegaba en la cara. El atacante que tumbara los muros desataría un caos selvático. Albert Speer consideró la posibilidad de que las bestias, después de tantos años, se asomaran por los muros derribados y enseguida volvieran a la sombra de sus jaulas, a esperar con apatía la muerte.

Bajó de la torre. Quería ir a la orilla del río. En su camino fue recogiendo algunas piedrecillas para tirar al agua. Eso le llevó mucho tiempo porque se detenía a admirar la forma única de las piedrecillas antes de recogerlas. Al cabo de coleccionar unas cuantas, su marcha sonaba como el preludio de un aguacero. Las bestias seguían rugiendo cada tanto. Albert Speer asumió que la fortaleza estaba vacía hasta que vio en el centro de un parque a un hombre cavando un hoyo. No lo pudo distinguir porque el hombre llevaba una gorra roja y miraba al suelo. A un costado de la excavación, había un mueble tan blanco que Albert Speer se tardó en reconocer las líneas de su forma. Era una bañera con patas de felino. Albert Speer se alejó sin que el hombre advirtiera su presencia.

Arrojó una a una las piedrecillas al agua. No intentó hacerlas rebotar; estaba más interesado en las ondas que formaban al caer. Desconocía si en ese preciso lugar el río ya se llamaba Danubio o seguía siendo Sava; tampoco sabía hacia dónde continuaría su caminata. No tenía idea si las piedras que arrojaba al agua eran parte de

la construcción o residuos de proyectiles extranjeros. Sin embargo, deseó que el nombre del río fuera Danubio, que sus pasos le dictaran el camino y que las piedras fueran pedazos de ladrillos originales.

Las bestias rugían. La ciudad era Belgrado.

Albert Speer era el primero en abrir los ojos. Había descubierto que los viejos se aclaran la garganta antes de despertar. Por lo menos sus compañeros lo hacían a diario. Uno empezaba por allá con un leve carraspeo y otro lo seguía con una tos menos discreta y otro se sumaba con un ataque asmático. Pero aún no despertaban del todo. A veces también algún guardia tosía un par de veces desde el otro lado del pasillo. Mientras esto ocurría, Albert Speer se esforzaba por contener la respiración. Acelerar de este modo su corazón era una especie de adrenalina. Creía que así se fortalecían sus defensas contra los problemas cardíacos. Después el lugar se quedaba unos momentos en silencio. Los pensamientos de los prisioneros se podían casi tocar. Era probable que cuando Albert Speer recobraba el aliento, los prisioneros y los guardias ya estuvieran despiertos por completo.

Una mañana, antes de la serie de tos, Albert Speer se dispuso a coserle un par de botones a un abrigo. Estaba sentado en la cama. Tomó la aguja y pasó el hilo por el ojo. Se levantó y dio dos pasos para tomar el abrigo que cubría el respaldo de la única silla. Cuando regresó a la cama, la aguja había desaparecido, pero el hilo aún estaba ahí. Sus movimientos se volvieron suaves de pronto. Pasó las manos por la frazada, por el suelo y por su ropa, y luego lo volvió a hacer con más detenimiento. Nada. La luz del día aumentaba sólo para evidenciar que ahí, en la celda, no había nada. Su mente racional no daba crédito a lo que ocurría. Sacudió la almohada y las sábanas, le dio la vuelta a la colchoneta y se desnudó. El espacio, de tres metros por tres, asumió de pronto una dimensión mayor. Comenzó a buscar en lugares recónditos en los que jamás había guardado la aguja, como entre las hojas de los libros o en los zapatos. Albert Speer lloró por primera vez en décadas. Ni siquiera al escuchar la sentencia en Núremberg había perdido la

compostura. Se derrumbó en el piso, desnudo, y sollozó sin reparos.

Unos pasos se detuvieron frente a la celda número cinco. La puerta era metálica y blanca, y tenía una ventanilla a la altura de los ojos. Albert Speer se contuvo porque pensó que alguien abriría la puerta y lo callaría con dos patadas. Pero no ocurrió nada. Sólo se veía la sombra de unos zapatos al ras del suelo. Albert Speer se puso de pie. Su cuerpo era delgado y blanco, y el pelo rubio no le brillaba sino hasta el mediodía. La ventanilla se abrió.

Tenga, para los nervios, dijo una voz en inglés.

Una mano de niño atravesó la ventanilla. Los dedos sostenían un cigarrillo sin encender.

Tómelo, señor. Este tabaco es especial.

Albert Speer obedeció. Enseguida se asomó por la ventanilla la mirada del guardia y recorrió el lugar. Eran los ojos de un anciano, de un anciano triste.

Cuidado con la aguja. No se vaya a pinchar los pies, dijo el guardia señalando con los ojos, antes de cerrar la ventanilla.

Albert Speer miró la aguja que brillaba en el piso. Mientras los pasos se alejaban, los viejos se comenzaron a aclarar la garganta. Casi una hora tardó el preso en darse cuenta de que el cigarrillo era de chocolate.

Tenía la teoría de que las plantas crecen por oposición a la gravedad. Sabía que en algunos invernaderos los cables calefactores mantenían más alta la temperatura bajo la tierra que en la superficie. También tenía presentes los pinos del Bosque Negro que crecían en perfecta vertical, sin buscar el sol. Así que descartaba que el crecimiento de las plantas obedece a la fuente de calor. Había llevado a cabo unos cuantos experimentos con guisantes en el jardín de la prisión. Se inclinaba a creer que las plantas poseen una suerte de instinto.

Quiso trasladar sus teorías en botánica a la materia de la paternidad. Sus hijos tendrían que crecer, rectos y altos, por mera oposición a la gravedad de las circunstancias. Esa fuerza invisible que

los jalaba hacia abajo, hacia el fracaso y el desconsuelo y la soledad, habría de servirles sólo de norte; tendrían que crecer en dirección contraria. De nada servía que buscaran el calor del padre; guiarse por temperaturas era una intención equivocada.

En un rincón olvidado del patio de Spandau, apareció una bañera blanca con patas de felino. Albert Speer supuso que había pertenecido a alguno de los directores de la prisión, pero no podía creer que alguno de esos duros militares tomara baños en una tina tan delicada. Decidió darle un uso práctico en el jardín.

Los soldados de las torres, los guardias del patio, los prisioneros, un par de médicos y hasta un cocinero. Una multitud miró el espectáculo, pero nadie le ofreció ayuda al arquitecto. Arrastraba con dificultad la bañera por el patio, y con cada empujón emitía un gemido de esfuerzo que rebotaba por los muros de la prisión. Se había quitado la chaqueta, a pesar de que estaba prohibido. Pero el calor que lo afectaba a él también aturdía a los guardias, que sólo abandonarían su lugar en la sombra si un ejército los bombardeaba. El pelo de Albert Speer tenía ya la delgadez del envejecimiento; su cráneo resplandecía bañado en sudor. A mitad del camino hacia el jardín, se dejó caer dentro de la bañera y se colocó la chaqueta sobre la cabeza. La multitud de observadores regresaron a sus ocupaciones. Albert Speer cerró los ojos y pensó en las ocasiones en que se había metido a la bañera con Margarete.

Desde una torre de vigilancia voló un objeto rojo y aterrizó dentro de la tina. Un escándalo de gritos, chiflidos y aplausos celebró el tino. Albert Speer se puso de pie, cogió la gorra y agradeció con ademanes hacia la torre, como si acabara de dar un discurso. Una hora más tarde, dejó de empujar en un punto específico del jardín, cerca de la cama de margaritas. Se puso la chaqueta y se fue a su celda.

Al otro día, cavó un hoyo con una pala; llevaba puesta la gorra roja. Enterró la bañera hasta el borde y luego la llenó con agua. Así se construyó el estanque de Spandau.

Hacia finales de 1956, sólo quedaban cuatro prisioneros. Un almirante y el diplomático salieron en libertad debido a su delicado estado de salud, a pesar de que el primero había sido condenado a muerte. El otro almirante salió al cumplir los diez años de su sentencia.

La prisión de Spandau se hizo más grande aún y monótona y desierta. Si los más insignificantes eventos, como la llegada de unos patos al jardín o el cambio de las bombillas de las celdas, afectaban por semanas el temperamento de los presos, la liberación de los almirantes y el diplomático trastornaría los sentimientos del resto por meses.

En esas fechas los periódicos ya estaban permitidos. La prensa cuestionaba la congruencia de las dos condenas absueltas y volvía a abrir el tema de los juicios de Núremberg. En entrevista, los liberados se referían a Spandau como un auténtico infierno, construido por los cuatro poderes sólo como venganza. Leer estas palabras les dio a los presos una nueva perspectiva, que reprobaba las condiciones de su encierro; justo cuando se habían acostumbrado a la miseria como rutina, escucharon varias voces del exterior que les creaban la pretensión de tratos mejores.

Si habían condonado a dos, existía la posibilidad de que lo hicieran por tercera ocasión, o por cuarta o por quinta o sexta. Esa pequeña larva se comió poco a poco la mente de los presos.

Albert Speer no podía dejar de pensar en Ludwig II, rey de Baviera. El monarca, con sólo instinto visual y un profundo espíritu romántico, había construido los más bellos castillos de Alemania; también los más delirantes. Ahora esos castillos se habían vuelto museos que exhibían la excentricidad del rey. Lo que le fascinaba a Albert Speer de la historia del personaje era la arquitectura sin demasiadas preocupaciones por su funcionalidad. Construcciones al gusto del dueño, columnas que no detenían nada, pasillos decorados para nadie. Ludwig II se había dado también el capricho de la combinación de estilos. No le importaba más estética que la que él mismo creaba. Un castillo con arquitecturas de diferentes reinos y tiempos. Al preso le parecía que la vida de Ludwig

II había descifrado que los castillos son las construcciones europeas por excelencia.

De cierto modo, Albert Speer se sentía identificado con el rey de Baviera. La estética del Tercer Reich se creó y se deshizo en poco más de una década. Era una arquitectura caprichosa y ecléctica, más deslumbradora que funcional; ahora, desde la celda número cinco, lo advertía. El proyecto general para las ciudades alemanas había sido un sueño en extremo romántico, pero un sueño después de todo. Recordó las palabras de su padre, también arquitecto, al ver la maqueta del Berlín nacionalsocialista: «Se han vuelto completamente locos».

Durante varios días había estado esbozando castillos en ruinas, que evocaban los paisajes de su infancia. La gracia de los dibujos era que los castillos lucían como templos de paz. Quizá Europa era un castillo en ruinas.

Juntó una docena de dibujos y se los envió a sus hijos.

El de las manos de niño y ojos de anciano era un guardia estadounidense. Un día se unió a la caminata de Albert Speer por la pista del jardín, pero no anduvieron juntos desde el principio, sino que poco a poco sus ritmos se fueron alcanzando. Después se saludaron con la mirada y caminaron otro tanto antes de pronunciar palabra.

Estamos llegando a la ciudad de Sofía, Bulgaria, dijo el arquitecto.

El guardia no dio señales de haber escuchado la frase. Caminaba con inseguridad, evitando pisar charcos que no existían. Volteaba al cielo con frecuencia. Era un día fresco en Berlín, pero la luz de la mañana no tenía ya la palidez invernal de unos días atrás.

Me gusta ese nombre, dijo el guardia después de unos metros. Es universal.

Es una bella ciudad. Algunos bellos edificios.

¿Y estamos llegando?

Sí, ojalá no llueva.

Hablaban en inglés, aunque no debían.

Gracias por lo del otro día. Perdí la calma por un segundo.

No fue nada. Nos pasa a todos, a veces.

Fue un cigarrillo excepcional.

Caminaban lento. No había nubes en el cielo de Berlín.

Me gustan los edificios bellos, ¿sabe? Antes de venir acá quería ser arquitecto. Me gusta dibujar.

Y te encantará construir, te lo aseguro.

Además, en casa, un trabajo así puede dejar buena plata.

El guardia seguía caminando con inseguridad y miraba el cielo una y otra vez. Se protegía los ojos de anciano con sus manos infantiles.

Quizá un día podríamos dibujar algo juntos, dijo el guardia. Se detuvo un instante y se volvió hacia el preso.

Sí, por supuesto.

Si no le molesta, claro, dijo el guardia y retomó la caminata. Sólo me gustaría aprender algo. Ya sabe, lo básico.

Sería un placer, dijo el preso.

Bien.

La distinta velocidad de sus pasos los fue alejando. Era imposible determinar quién llevaba la delantera.

Por cierto, me llamo Adrian, dijo el guardia. Las palabras trazaron un diámetro sobre el jardín.

Un gusto. Yo soy el número cinco, dijo el preso.

¿Estamos llegando a Sofía?

La veremos en cuestión de minutos.

Tenga cuidado con las trampas de minas, señor Speer. Están por todos lados. Son universales.

Contempló durante horas el estrecho del Bósforo. Estaba en lo alto de la torre Halil Pasha del castillo de Rumelia, en el lado europeo de Estambul. A seiscientos sesenta metros, en la otra costa, comenzaba el continente asiático. Era casi mediodía.

Las paredes de la torre tenían más de seis metros de espesor, pero en realidad Albert Speer se sentía más libre que nunca. Antes de llegar a Estambul, había temido que el límite geográfico del Bósforo abatiera

su ánimo, pero al divisar la otra costa surgió en su corazón una fuerte voluntad de continuar. Si se aferró por tanto tiempo al mirador de la torre, fue porque estaba a punto de marcharse.

Quiso dejar atrás los cielos quemados de Europa y no volver. Su viaje recién comenzaba.

Al principio no sabía hasta dónde llegarían sus pasos. Se fijó el pueblo de su infancia como una meta vaga y lejana, pero no se lo tomó muy en serio. Sólo le parecía un bello ejercicio que realizar. Y en su circunstancia, con tanta miseria alrededor, el concepto de belleza era incluso difícil de pronunciar. Así fue como arrancó. Caminaba para mantener viva la creencia de que en el mundo todavía existía la belleza, o los gestos bellos, o lo que se suponía que era aquella ocurrencia.

Cuando llegó al borde del continente europeo, un silencioso cambio ocurrió dentro de su alma. No sabía explicar con exactitud en qué consistía el cambio, pero la sensación era evidente. Una luz se había encendido en el sótano más recóndito de un edificio abandonado. Lo que le sorprendía era que en la realidad, en la vida diaria en Spandau, todo seguía igual. Los guardias y las rejas y los castigos y la soledad y el remordimiento. El dolor continuaba maltratando el rostro de Margarete, y a los niños aún les atormentaba escribir su apellido. Berlín era una tumba donde peleaban por poder las dos grandes naciones. La historia había ya cerrado el capítulo del nacionalsocialismo alemán y había condenado a los involucrados a la infamia hasta la eternidad. Y aún así, Albert Speer experimentaba algo cercano a la esperanza.

Pensaba: «Quizá la persona que más ha viajado por el mundo jamás salió de su aldea».

Era una luz pequeñísima.

En un sótano recóndito.

Amanecer

El sitio es de una importancia discreta. El camino que viene del norte se encuentra con el que viene del oeste. Ambos caminos están cubiertos de lodo y conducen a lugares con lodo. Doscientos hombres con espada aguardan en silencio. Es el inicio de un amanecer tranquilo. No parece que en ningún momento ocurrirá nada, mucho menos un combate. Hasta delante de la formación, un viejo mira el horizonte hacia el norte. Su armadura resplandece más que la del resto.

Traigan al prisionero. El rey Standard está llegando.

Los hombres se mueven en sus lugares y hacen aparecer desde las entrañas de las filas al prisionero. Lleva un saco de tela en la cabeza. Su atuendo es sencillo y viejo, y está descalzo. Dos hombres lo empujan hasta delante.

Descúbranlo.

Los ojos que surgen bajo el saco están húmedos y brillan con la luz del sol, que comienza a salir.

Esos dos caminos se están tocando, dice el prisionero con sorpresa.

De algún modo, su voz también está húmeda y también brilla.
El viejo le echa una mirada y gruñe.

Enderece la espalda. El rey Standard está llegando.

Son tiempos en que la gente muere sin haber visto jamás el cruce de dos caminos.

Una caravana de veinte hombres a caballo se aproxima. El paso de las bestias viola el silencio del sitio. La caravana se detiene en la encrucijada con brusquedad. Los diez hombres del frente se bajan de sus caballos y le abren paso a alguien que viene detrás. Un muchacho. Cuando baja de su caballo, parece que brinca desde las ramas de un

árbol. Lleva una capa, pero no está armado. Se pasa una mano por el pelo un par de veces y luego se aproxima al viejo y al prisionero. Detrás de su cabeza, el sol termina de salir.

Majestad, dice el viejo.

Y se arrodilla. No le importa que el lodo opaque el resplandor de su armadura. Los doscientos hombres que han estado esperando se arrodillan también. Pero el prisionero se queda de pie.

Disculpe, majestad. Este hombre no entiende nada. Es un bárbaro.

Nada de eso, general. No hay bárbaros en esta tierra. La gente de aquí es hermana nuestra. Somos el mismo pueblo.

El prisionero mira al rey. Su rostro no deja bien claro si el rey está entrando a la adolescencia o saliendo. No tiene una belleza deslumbradora, pero tiene belleza. Cierto misterio en su manera de moverse y de hablar es la clave de su encanto. La mirada de todos lo sigue, y quizá él lo sabe, porque comienza a caminar a lo largo de la formación de los hombres, creando expectativa.

¡Somos el mismo pueblo! Esta tierra es nuestra tierra. Nos la arrebataron los extranjeros hace unos años. Pero es nuestra. La gente de aquí es hermana nuestra. Tenemos los mismos ojos. Esta tierra es nuestra tierra. Y ahora ustedes la han recuperado. Han peleado por su patria y Dios los ha recompensado.

Al final de cada frase, los hombres gritan en modo de celebración. (Los soldados no pueden aplaudir). El rey les da la mano a unos cuantos hombres en su camino de regreso hacia el viejo y el prisionero. (Los monarcas no pueden saludar a todos).

General, dice el rey con la mirada sobre el prisionero, dele vestimentas adecuadas a este hombre. A partir de ahora, es mi colaborador.

Y se sube a su caballo, como escalando un árbol.

Ahora vámonos, general. Quiero conocer mi nuevo reino.

Tres días después, al amanecer, un hombre se presenta ante el rey.

Majestad.

Adelante, señor Quimby.

Están en una amplia tienda, a las afueras del lodoso reino recién conquistado. El campamento militar rodea la tienda del rey.

Es usted hombre nuevo.

Majestad.

El hombre tiene el rostro limpio y viste un atuendo fino.

Venga, acérquese.

Antes de dar el primer paso hacia el interior, el hombre mira sus zapatos, repletos de lodo. El rey Standard está de pie frente a una gran mesa rectangular.

No se preocupe, entre. Esto es sólo temporal, dice el rey señalando la tienda entera.

¿Lo han tratado bien?

Perfecto.

¿Lo instalaron en el campamento?

No, majestad. Pedí quedarme en casa, dice el hombre caminando hacia la mesa.

¿Tiene familia, señor Quimby?

El hombre se aclara la garganta.

Sí, majestad. Esposa e hijo.

¿Están bien?

Majestad, dice simplemente el hombre.

Bien, me alegro. Lo de antes fue un malentendido. Nunca ordené que lo trataran así. Usted es muy importante para mí.

Afuera apenas amanece, pero la lona roja de la tienda hace que la luz simule en el interior la de un atardecer.

Le quiero enseñar algo. Por eso lo mandé llamar.

En la mesa hay una docena de lienzos, unos sobre otros. El rey Standard los exhibe uno por uno.

Estos son mis dibujos. Mire, todos los hice yo. ¿Le gustan?

El hombre asiente.

Pues esto se debe a usted, señor Quimby.

¿Majestad?

Dígame, ¿qué tienen todos en común?

Son construcciones.

Exacto. Construcciones que no existen.

La tienda es amplia. Hay alfombras en el suelo, y sobre los muebles hay frutas y copas de metal y flores. Gobierna el olor de velas recién apagadas.

Antes de morir, mi madre me regaló un castillo de madera. Yo tenía diez años. No la había visto por seis meses y, de pronto, se apareció el día de mi cumpleaños. Todo ese tiempo estuvo aquí. Ella era de esta tierra, ¿sabe? Y solía venir algunas veces.

Afuera, en el campamento militar, el lodo se come los pies cansados de los hombres, que aún no se terminan de lavar la sangre del cuerpo. Huele a humedad.

El castillo tenía dos torres y un puente levadizo que funcionaba de verdad. El edificio principal se abría a la mitad y entonces se podían ver las estancias. Tenía los detalles más exquisitos. Un castillo digno de cualquier rey. Y entonces comenzó mi obsesión. Pasé tanto tiempo jugando con ese castillo que memoricé hasta el último de sus rincones. Trabajé en mis propios diseños, incluso durante el sueño. Pero siempre fui honesto conmigo mismo. No tenía demasiado talento con el lápiz. Nací para gobernar. Mi mente imaginaba cosas que mis manos no podían expresar. Nací para gobernar. Así que busqué ayuda. Pintores, carpinteros, escultores. Luego de una serie de intentos fallidos, entendí que sólo un hombre podía ayudarme. El juguetero del castillo de mi madre. Usted.

El campamento militar es casi un reino por sí mismo. La multitud de tiendas forma un cuadrado perfecto, y varios corredores lo atraviesan a lo largo y a lo ancho. Las tiendas son rectangulares, a excepción de una en el centro del campamento, la del rey, que es circular.

El rey Standard da una vuelta entera alrededor de la mesa, sin despegar los ojos de sus dibujos. Camina con las manos enlazadas en la espalda.

Tardé en llegar hasta usted un par de años, pero llegué. Durante

este tiempo perdí a mis padres, fui traicionado por amigos, defendí mi trono. Pero nunca dejé de pensar en los castillos. Imaginé escaleras y pasillos y habitaciones y calabozos y jardines. Sólo que mi mente funciona ya en diferente escala. Ahora soy rey. Voy a construir los castillos más impresionantes que el mundo ha visto. Ahora soy rey. Y usted me va a ayudar.

El atardecer que el amanecer crea ahí dentro enrojece la mirada del rey.

Majestad, yo soy sólo un juguetero.

Eso no tiene relevancia.

Sólo sé hacer soldados y cochecitos y muñecas.

Y castillos.

Modelos de castillos.

Lo único que cambia es el tamaño. La escala. Pero es lo mismo.

Majestad, dice el señor Quimby casi sin aire.

Además, no lo va a hacer todo usted. Yo voy a estar ahí. Sólo tiene que darles forma a mis ideas. Nada más.

El señor Quimby apoya las manos sobre la mesa para no caer al suelo. El rey Standard no advierte la reacción del juguetero y continúa hablando; cada palabra que pronuncia da cuerda a sus labios.

Tengo ideas como tengo soldados. He pensado en hacer un castillo de un solo nivel, un castillo que sea una línea recta como un muro, un castillo sin techos.

El rey Standard se deja caer sobre una silla amplia. La efigie de su cuerpo se remarca oscura sobre la lona roja a sus espaldas. Recarga una pierna sobre un brazo de la silla y se pasa una mano por el pelo.

Una idea me asalta cuando el sol se mete. Desde hace tiempo no duermo bien, ¿sabe? No puedo deshacerme de ella. Es una de esas cosas que sólo existen en mi mente, que mis manos no pueden expresar.

Más que mirarlos, el señor Quimby toca los dibujos. Le interesa el grosor del papel o la textura de la superficie o la permanencia de los colores. Cuando termina de contemplar un dibujo, vuelve su mirada

hacia el rey Standard en la silla.

Imagino dos castillos hermanos, en reinos distintos. Uno está construido con piedras redondas, de esas que hay en los ríos; el otro, con ladrillos de arcilla. El castillo de piedra tiene una plaza cuadrangular al centro, sus torres tienen cuatro muros y sus puertas y ventanas son rectangulares. Algo así. La planta del castillo de ladrillo es circular; tiene cúpulas y arcos, y sus columnas son circulares. No sé. Son castillos hermanos, casi gemelos, pero distintos por completo. ¿Ahora entiende? En esto usted me puede ayudar.

El rey continúa hablando un buen rato; dirige sus palabras hacia el techo.

Los castillos son las únicas construcciones que combinan bien lo redondo y lo cuadrado.

El rey abre y cierra los ojos con calma.

Un castillo circular hecho con prismas rectangulares.

Poco a poco va bajando el tono de voz y las pausas entre una frase y otra se alargan.

Un castillo rectangular hecho con esferas.

Cuando el rey se queda dormido, el señor Quimby ha hojeado todos los dibujos. Organiza los lienzos por tamaño y los apila. Antes de irse, pasa un dedo por la suela de sus zapatos y embarra el lodo en uno de los dibujos.

Afuera de la tienda, amanece.

El tercer y último encuentro del rey Standard y el señor Quimby ocurre siete días después del primero y ocurre también al amanecer. Atraviesan a caballo el lodoso reino recién conquistado.

He decidido que el castillo tiene que ser en ese sitio, dice el rey Standard. Tenemos que derrumbar ese maldito templo y construir el castillo ahí. Tenemos que borrar todo rastro del antiguo reino, de los extranjeros que nos arrebataron nuestra tierra. El castillo será un símbolo de una nueva época. El castillo durará mil años.

A unos cuantos metros, veinte hombres montados siguen al rey y al

juguetero. En realidad, por detrás, podrían dar la impresión de ser padre e hijo, cabalgando sin rumbo para distraerse y platicar. El viejo general va al frente de la veintena de hombres; están ahí para proteger al rey Standard, pero alrededor no hay nada más que miseria. Perros esqueléticos, madera quemada, cuerpos sin vida. Los lugareños miran pasar la cabalgata con indiferencia; están acostumbrados a ver pasar personas que se dicen reyes.

Vamos a ir al templo, dice el rey Standard. Quiero que veamos el sitio juntos. Pero antes vamos a hacer una parada. Quiero visitar un lugar.

La hilera de caballos serpentea por entre calles estrechas, tan laberínticas que ninguno de los hombres se da cuenta de que están ascendiendo una colina. El rey nunca ha pasado por esas calles, pero guía con naturalidad.

Mi madre nació en este sitio, señor Quimby. En una casa burda, pero firme. Su padre la construyó con sus propias manos. Eran pobres y no lo sabían, porque el resto de las personas eran miserables en serio.

Es un amanecer gris. El cielo está por romperse en gotas en cualquier momento.

Es aquí, dice el rey Standard en voz alta, aunque más bien se lo dice a sí mismo.

Frena a su caballo y por consecuencia el juguetero frena al suyo y luego, a veinte metros, el viejo general se detiene y enseguida los hombres se detienen.

Sí, aquí. Es como lo imaginé.

Es una casa derruida de dos niveles. Las ventanas vomitan hiedra y la humedad se trepa por los muros.

Acompáñeme, Quimby.

El rey Standard se baja de su caballo de modo infantil, con un brinco. Un trueno se escucha a lo lejos. El juguetero desmonta con seguridad. El general y su tropa respetan los metros de distancia.

El rey y el juguetero rodean la casa. Hablan de los materiales y de la orientación, de la dimensión y del estilo. Cada tanto el rey les da

animosas palmadas a las paredes. No da señales de querer entrar; se limita a asomar la cabeza hacia el interior, a pesar de que la puerta principal ha desaparecido. El señor Quimby no dice una palabra más de las necesarias; se mueve con cierta elegancia y en su mirada se adivina una introspección continua. Cuando terminan de hablar, el rey y el juguetero rodean de nuevo la casa en dirección contraria.

Decían que no lo lograría. Que no podría conquistar esta tierra. Decían que mi ejército no era tan grande ni tan ordenado. Que esta tierra no era hermana de la nuestra. Que yo no tenía el derecho de reclamarla.

Más truenos se escuchan a lo lejos.

Pero lo que más repetían era que yo no podía ganar la guerra porque no conocía el lodo. Y uno tiene que conocer la tierra sobre la que va a pelear. Ahora véame, aquí estoy, dice el rey soltando un manotazo sobre una pared de la casa. Gané.

El rey y el juguetero se montan sobre sus caballos. El viejo general se acerca a ellos.

Ahora vamos al templo, general.

Sí, majestad.

Pero sus hombres se quedan aquí. Al templo sólo vamos usted, el señor Quimby y yo.

¿Majestad?

Ordéneles a sus hombres que incendien esta casa. Y antes de que llueva.

El viejo general se sienta en el tronco de un árbol caído, mientras el rey Standard y el señor Quimby entran al templo. Es una construcción de piedra; tiene la altura de un edificio de cinco niveles. La desolación de la fachada es un augurio del interior.

Esperé mi vida entera para estar aquí. Siento que conozco el lugar desde siempre. Mi madre me hablaba de él todo el tiempo.

Apenas entran, las voces del rey Standard y el señor Quimby se expanden por el lugar, y entonces por automático la dimensión de la

plática aumenta.

Es una bellísima construcción, dice el señor Quimby.

Es una lástima que tengamos que derribarla. Pero el reino va primero, y esto es un símbolo del pasado. El reino va primero. Es una lástima, más bien, que no hayamos construido esto nosotros. Es inexplicable que los extranjeros hayan hecho algo así. Ellos no saben construir. No tienen talento para eso.

El rey y el juguetero caminan por entre bancas de madera con las patas hacia arriba, figuras derribadas, lienzos apuñalados, libros amontonados como ceniza. Pero de eso no comentan nada.

Magníficas líneas, Quimby. Mire cómo desde aquí las columnas se alinean de tal modo que la capilla del fondo pasa desapercibida.

Afuera, el viejo general desenvaina su espada y mira a detalle el filo de la hoja.

Cuando lo derribemos todo, vamos a tener un magnífico terreno, de buen tamaño. Vamos a desenterrar hasta los cimientos. Será un comienzo limpio.

Un trueno suscita el vuelo de un par de palomas por los domos del templo.

Quiero un castillo imponente, que demuestre el poder de nuestro reino. Quiero que los visitantes se sorprendan, que cuenten en casa lo que han visto. Por eso necesitamos un castillo grande, como nunca se ha visto uno igual.

Sentado sobre el tronco, el viejo general tira al aire un par de golpes con la espada.

Las dimensiones tienen que ser colosales. Después de todo, el castillo durará mil años. Pero hay que cuidar los detalles. No quiero malgastar en materiales costosos. No quiero que digan que el rey vive con lujos. Es más, quiero que mis aposentos sean sencillos y reducidos. El castillo no me pertenecerá a mí, sino al reino.

El rey Standard se detiene bajo el altar principal. Sus palabras inundan el lugar.

No tengo mucho interés en vivir en los castillos, ¿sabe, Quimby?

Quiero construirlos, más que nada en el mundo, pero no me interesa demasiado habitarlos. Son juguetes gigantes. El asunto es que tengo que vivir en cada uno de los castillos que construyamos, aunque sea por un corto periodo. Es necesario. Mi alma va a habitar esos lugares tras mi partida, y ello guiará al reino y a sus próximos gobernantes. Mi alma prevalecerá.

El breve silencio que sucede a las palabras del rey Standard tiene algo de catástrofe.

El castillo que vamos a levantar aquí va a estar dedicado a los niños. Ellos son la luz de nuestro proyecto. Quiero que esté repleto de niños siempre. Los vamos a educar, a alimentar, a orientar. Los vamos a hacer sentir parte de nuestro reino. Crecerán sin la vergüenza de tener a los extranjeros en el poder. Quiero que el castillo tenga patios donde puedan correr los niños. Ellos son la luz de nuestro proyecto.

El juguetero suelta una carcajada. Se escucha el aleteo de las palomas en lo alto.

Señor Quimby, dice el rey, extrañado.

El juguetero continúa riendo por un largo lapso, y su risa se multiplica a través de la estupenda galería del templo desolado.

Señor Quimby, contrólese.

El viejo general encaja la espada en el suelo lodoso, por hacer algo. La hoja se introduce lenta pero obstinada hasta la mitad de su longitud.

Gracias, majestad. Pensé que nunca volvería a reír de esa manera.

El rey Standard sigue al pie del altar principal y el señor Quimby está a la mitad del pasillo central que atraviesa el templo entero.

¿Le parecen graciosos los proyectos del reino, señor?

Majestad, me parecen delirantes.

Cuidado, Quimby.

¿Un castillo para los niños? Es una locura. Debe estar perdiendo la cabeza, majestad.

Ni una palabra más, Quimby, dice el rey y da medio paso hacia el juguetero.

Afuera, comienza a llover.

¿De dónde diablos va a sacar niños para su castillo? Está usted perdido, majestad.

La lluvia se intensifica.

Todos los niños del reino están muertos. Muertos. No queda uno solo. Usted y su maldito ejército.

Se lo advierto, Quimby. Piense en su familia.

Truena sobre la lluvia y llueve sobre la tierra.

No lo entiende, ¿verdad? Mi familia está muerta. Muerta. Usted es sólo un maldito niño.

Suficiente, Quimby. En este momento le ordeno que se calle.

Un maldito niño que sigue jugando con castillos.

El rey atraviesa deprisa el pasillo central hacia la salida. Pasa justo al lado del juguetero, pero lo ignora.

Un maldito niño abandonado.

El señor Quimby se deja caer de rodillas.

Un maldito niño abandonado.

El rey sale del templo y camina bajo la lluvia hasta donde espera el viejo general.

Un maldito niño abandonado.

El viejo general desentierra su espada y entra al templo.

El rey Standard se sienta en el tronco y dibuja con una rama un círculo en el suelo. Enseguida dibuja un cuadrado que enmarca al círculo. Termina el amanecer. La lluvia borra pronto las figuras sobre el lodo.

Asia
(1957-1959)

No pudo dormir antes de la medianoche. El brandy le inquietó el alma tan pronto como las luces se apagaron. Los guardias franceses, sin pronunciar una palabra, le habían dejado medio vaso de brandy a cada uno de los cuatro prisioneros de Spandau. Albert Speer no bebió enseguida porque no supo interpretar el gesto. Incluso consideró que se trataba de alguna especie de prueba o trampa. Sólo hasta que escuchó que uno de sus compañeros brindaba a la salud del resto, se atrevió a mojar los labios.

Era la víspera de Año Nuevo.

El brandy lo hizo sonreír. Le avergonzó que una porción tan mínima de un destilado tan ordinario lo deleitara de ese modo. Antes de que la guerra terminara, era capaz de diferenciar dos vinos italianos de regiones vecinas, y ahora tenía que esforzarse para no romperse en emociones después de un sorbo de brandy corriente. Bebió despacio, tratando de respirar profundo y de no pensar en nada. Pero las luces no tardaron en apagarse, y entonces la oscuridad le trajo imágenes y voces de tiempos pasados. No se venció de inmediato. Se metió en la cama decidido a dormir y continuó con las respiraciones profundas. Una hora más tarde había perdido la calma. La novedad del brandy se había infiltrado en su sangre. Sudó y tembló de frío, cambió cien veces de posición y se enredó en las cobijas y luego se deshizo de ellas.

Albert Speer llevaba buen rato con los pies recargados sobre la pared detrás de la cama, mirando el techo, la nada, cuando un cañonazo lejano anunció el fin de año. Había fracasado en su intención de evadir la medianoche con el sueño. Resignado, se puso de pie sobre la cama y se asomó por la pequeña ventana que daba hacia el patio. Vio los fuegos artificiales desperdigarse en el cielo de Berlín. Leves y

fugaces luces le iluminaron el rostro durante un par de minutos.

Hacía tres meses había cumplido la mitad de su sentencia. En su propio reloj, los diez años tras las rejas equivalían exactamente al mediodía, y faltaban doce horas para su liberación. Recargado en el alféizar de la ventana de la celda, Albert Speer asistió al inicio del año de 1957. Estaba consciente de que era medianoche y de que en cuanto los fuegos artificiales se extinguieran regresaría a gobernar una oscuridad brutal, pero no podía dejar de repetirse que el sol estaba justo en ese instante en su punto más alto.

Cuando volvió a acostarse en la cama, concilió el sueño enseguida.

Las sesiones de dibujo de arquitectura de Adrian y Albert Speer arrancaron con dos temas: los elementos constructivos y los arquitectónicos. El guardia abordaba al prisionero en el patio, mas lo hacía tan despacio y discreto que más que una cita parecía apenas un percance. Platicaban de pie, a la sombra de un árbol grande, y pocas veces cruzaban miradas. La tristeza en los ojos de Adrian era más honda cada día, así como el cansancio en los del otro era mayor.

A veces el arquitecto decía algo como lo siguiente: «Los elementos constructivos son las letras y los arquitectónicos son las palabras». El guardia escuchaba la frase y le daba una vuelta al árbol. Cuando regresaba al lado del arquitecto, decía algo como: «Ya veo». El arquitecto continuaba, por ejemplo, diciendo lo siguiente: «Los constructivos son todas las partes materiales del edificio. La madera y el acero, los clavos y los azulejos, las vigas y las columnas». El guardia daba un paso al frente y enseguida se daba la media vuelta y desandaba el paso. El arquitecto continuaba: «Los elementos arquitectónicos son todo eso que se puede articular con los constructivos. La estructura de madera o acero, el acomodo de los pisos y los muros, el diseño de las vigas y las columnas». El guardia le daba una vuelta al árbol en un sentido y luego en el otro. «Claro», decía al volver a su lugar. «El texto que se escribe con esas palabras es la arquitectura. Puede ser un buen texto o uno malo». Después de escuchar una sentencia como esa, el

guardia daba un paso hacia cualquier dirección y otro y otro y poco a poco se iba, se alejaba, igual de discreto que a su llegada.

El tema de los elementos arquitectónicos les llevó casi un año porque ahí, según el arquitecto, residía el estilo. Las sesiones tenían más palabras que líneas.

Quince años atrás, cuando encabezaba el ministerio de armamento, tan sólo tenía que tronar los dedos para ordenar la construcción de un edificio o el traslado de varias toneladas de material o la fabricación de un arma nueva. Ahora Albert Speer debía llenar una decena de folios para solicitar un par de zapatos.

La vida del par que por ese entonces tenía, el único, se había terminado sin duda alguna. De cierta manera su imaginación había desgastado las suelas. En los primeros tres años del ejercicio de caminar, la media de su avance en la pista superó los ocho kilómetros diarios. Era probable que su condición física nunca había sido tan buena como en esa temporada.

Durante el mes que tardaron los cuatro poderes en resolver si era oportuno proporcionarle el calzado, el prisionero realizó una y otra vez el dibujo de una multitud de zapatos a la orilla de un río. El agua corría serenísima y había árboles y flores por todos lados, pero no había rastro de ninguna persona. Al final recibió un par usado de botas estadounidenses y se deshizo de todas las versiones del dibujo.

Si ahora tronaba los dedos, era sólo para interrumpir un poco el silencio de la celda.

Albert Speer empujaba la podadora por el césped del jardín con el torso desnudo. Había calculado la resistencia de la máquina e intentaba deducir la altura de la montaña que podría ascender con la fuerza que emplearía en el empuje de la podadora por los cuatro mil metros cuadrados del césped. A pesar de los números, desde un tiempo atrás tenía la sensación de ir en descenso.

El director de la administración rusa, entonces en curso, apareció

en el patio con un grupo de diez hombres. Todos vestían de uniforme militar y llevaban algunas insignias en el pecho, a excepción de un hombre obeso, que vestía de traje y corbata. Recorrieron el circuito que Albert Speer había trazado. El director iba hasta delante del grupo y cuando hablaba los demás lo escuchaban y de cuando en cuando replicaban, a pesar de que él no se volvió sobre sus espaldas durante la vuelta al circuito. Los militares se mantuvieron al paso del director, que avanzaba un tanto veloz, pero el hombre obeso se fue rezagando desde el primer paso.

Albert Speer se puso la chaqueta, se limpió la frente y se arregló el pelo con los dedos. Cada vez que había alguna visita oficial, se empeñaba por saludar e intercambiar unas cuantas palabras, a fin de hacerse diferenciar de sus compañeros, que por lo general actuaban con apatía. El arquitecto miró desde la lejanía al grupo y coordinó el momento para abordarlo.

El director ruso volvió su mirada hacia atrás hasta que completó el circuito. Los militares pronto lo alcanzaron. Cincuenta metros atrás, el hombre obeso se desanudó la corbata; jadeaba y sudaba, y cuando advirtió que los demás lo miraban alzó un brazo en el aire, gesto que a nadie le transmitió nada. El director invitó a los militares a sentarse alrededor de una mesa, a la orilla del circuito. Dos soldados habían extendido minutos antes un mantel y habían dispuesto una jarra de limonada y varios vasos; ahora hacían guardia con la prudencia de un buen camarero.

El hombre obeso llegó a la mesa y lo primero que hizo fue montar una silla sobre otra, y después se sentó. Albert Speer, que ya caminaba hacia el grupo, pensó que lo que acababa de hacer el hombre no tenía sentido estructural, que el asiento no había ganado fortaleza en absoluto. Alguien le entregó un vaso de limonada al hombre obeso, quien al primer trago sufrió un ataque de tos. Albert Speer llegó en ese momento, con una sonrisa artificial en el rostro, y dio los buenos días en ruso; al ver que el hombre obeso no podía dejar de toser, le dio unas cuantas palmadas en la espalda. Los soldados que hacían guardia

se apresuraron a detener al prisionero; gritaron un par de palabras en ruso y lo derribaron de un empujón. Uno de ellos recargó las rodillas sobre la espalda del prisionero y el otro le pisó el cuello.

El director y el grupo de visitantes se levantaron en el acto y se introdujeron en el edificio principal de la prisión. Los soldados contuvieron a Albert Speer hasta que los tosidos dejaron de escucharse. Cara contra el suelo, el prisionero pensó que a veces las personas prefieren los diseños redundantes porque crean la ilusión del consuelo. Él mismo con frecuencia enviaba cartas dentro de un sobre dentro de otro y sentía que el mensaje viajaba más protegido.

Se tomaba dos semanas de descanso al año. Se quedaba en la celda la mayor parte del tiempo, leyendo. Abandonaba sus labores y su correspondencia, y los niveles de su higiene y nutrición disminuían con notoriedad. Su espalda resentía el vicio de la quietud, pero su mente se distraía con la interrupción de la rutina. El encierro era en realidad una ventana de frescor. Durante el periodo, Albert Speer se permitía los pensamientos que por lo común procuraba evitar; bienvenidos eran los delirios y las lágrimas y las pesadillas y los miedos y los ataques de nervios.

Deducía con su lógica infalible que las dos semanas de descanso eran, después de todo, una imposición de disciplina; por lo tanto, entre más desarmara su aptitud de disciplina durante ese periodo, más perfecta sería su disciplina general. La paradoja le servía de almohada en los momentos en que la tentación de asearse o de trabajar o de caminar lo hacían dudar sobre el valor del descanso.

Cuando pasaban las dos semanas, retomaba su rutina con mayor severidad.

Sesentaidós metros se levantaba la torre sobre el río. El sepia de sus ladrillos cocidos se camuflaba con el de las montañas a su alrededor; sólo un cintillo de cerámica azul a media altura delataba su efigie. La ciudad más cercana estaba a treinta kilómetros de distancia, a través de

caminos que por mucho tiempo habían dejado de serlo. Albert Speer no llegó a ese rincón geográfico por casualidad; era el desemboque de tres mil kilómetros de caminata a través del continente asiático.

Se trataba del minarete de Jam, en la provincia de Ġarw, Afganistán. Aunque el río estaba seco (y los ríos pierden su nombre mientras están secos), un terco arroyo se arrastraba bajo las piedras desoladas, escribiendo el nombre de Hari Rud.

El minarete tenía nueve metros de diámetro en su base y se hacía más delgado mientras ganaba altura. Con sólo mirarlo se podía adivinar una escalera de caracol en el interior porque había dos balcones a diferentes alturas y una linterna en la punta. Lo que le interesaba a Albert Speer eran las inscripciones en relieve que cubrían el cilindro en todos sus lados. Había algunos motivos florales y otros geométricos, pero en su mayoría las orlas eran en realidad frases sagradas, escritas en caligrafía antigua. El minarete era la materialización de un texto. Albert Speer no tenía ninguna duda de que lo que tenía frente a sí era una obra completa de arquitectura, tan íntegra como cualquier edificio occidental. Al mirar el minarete podía distinguir una progresión invisible que comenzaba como un poste geométrico y sin estilo, se desarrollaba como una columna ya esculpida y terminaba como una torre refinada y magnífica. Eso le fascinaba y por eso había dirigido una infinidad de pasos hacia ese preciso lugar: el minarete de Jam era al mismo tiempo elemento constructivo, elemento arquitectónico y arquitectura misma.

Si algo comprobó Albert Speer durante su marcha en el continente asiático, fue la mágica facultad que el territorio tenía para disolver los valores que el occidental considera inamovibles.

El truco era concebir la letra y la palabra y el texto entero como una sola pieza.

Ocurrió por tercera ocasión. Los cuatro poderes habían condonado a otro prisionero; el número seis, que había sido sentenciado en Núremberg a cadena perpetua, salió en libertad en mayo de 1957.

Quedaban el número cinco y el uno, que cumplían una condena de veinte años, y el número siete, que cumplía cadena perpetua.

El día en que el número seis, el economista, salió en libertad fue jueves. La repentina noticia tuvo el efecto esperado en los prisioneros uno y siete, que se negaron a salir de sus celdas ese día. Temían que un ataque de nervios los derrumbara por el resto de sus vidas. Lo complicado era la convivencia intrincada de sentimientos disímiles; esperanza y resignación, frustración y entusiasmo, soledad y más soledad. Quien sí se animó a salir al patio fue el prisionero número cinco; a pesar de no estar a salvo de un derrumbe espiritual, consideraba más riesgosa la estrechez de su celda que la violencia de mirar vacía la celda del número seis.

En el jardín, Albert Speer se sentó de rodillas, sobre los talones, y cerró los ojos.

Imaginó el estadio que había diseñado para el complejo Zeppelín, en Núremberg, campo que hospedaba los congresos del partido nacionalsocialista alemán. Conservaba todavía en la mente las líneas del estadio, aunque la construcción nunca se cumplió. Lo imaginó con asistencia total, que era de cuatrocientas mil personas. Aún le gustaba el proyecto. Sin moverse del sitio donde se había sentado en el jardín, se dedicó varias horas a vaciar persona por persona el estadio.

Al principio la ruina de los guardias era tan grave como la de los prisioneros. Pasaban la mayor parte del tiempo en la prisión de Spandau y estaban sometidos a una rutina tan monótona como la de cualquier prisionero. La única diferencia era que podían abrir las puertas. Sin embargo, para muchos, las dimensiones en ambos lados de las puertas eran igual de grises y restringidas. La mayoría de los soldados habían peleado en la guerra, y los años tras la victoria no habían desvanecido las secuelas psicológicas; acaso ningún tiempo lo haría. Los prisioneros estaban encerrados en un país que no era el que habían soñado; los guardias, en un país extranjero arruinado.

Más adelante la situación comprobó ser más dura para los guardias.

Además del abatimiento anímico, sufrieron las consecuencias de los vicios. El ambiente militar les permitió un suministro interminable de alimento, tabaco y alcohol, y el único agotamiento que les producía su oficio era el resultado de estar de pie por largos ratos. Sin importar su nacionalidad, los guardias sólo podían acudir a memorias sangrientas o al cuestionamiento de por qué se hallaban ahí, en la nada. Los prisioneros tenían al menos el remordimiento para lidiar con las horas vacías.

Los guardias padecían por degeneración y los prisioneros padecían por vejez.

El reino debía durar mil años.

Los edificios también.

Mil.

El arquitecto proyectó con esa mentalidad.

Primero trabajó en la magnitud. Un arco tres veces más grande que el de París, tres veces más triunfal. Una cúpula dieciséis veces más grande que la de San Pedro, tan grande que el símbolo que debía coronarla era el globo terráqueo. Un boulevard dos kilómetros más largo que el mall de Washington, que se nombró de la victoria a pesar de que la guerra aún no se ganaba.

Después trabajó en el concepto de ruina. Si el reino duraría mil años, había que preparar los edificios para que envejecieran con belleza. Desde la primera piedra, las construcciones habían de levantarse con la certeza de que se volverían ruinas, mas ruinas románticas y clásicas y majestuosas, templos que la destrucción del tiempo sólo lograra agraciar. El polvo sería el verdadero ornamento.

El reino debía durar mil años.

Y los edificios también.

Mil.

Albert Speer no conocía tan bien el continente asiático como el europeo. Si ahora le era difícil pronunciar los nombres de los lugares en

su camino, imaginar los paisajes, los habitantes y las construcciones le era casi imposible. Su recorrido por Europa había sido vívido porque había antes visitado la mayoría de las naciones, y en los pocos casos de las que le eran ajenas, siempre hallaba en su memoria un escritor o un arquitecto que abastecían de autenticidad las visiones. También le venían a la cabeza los panoramas que había coleccionado en cientos de viajes como ministro del Reich por los cielos de Europa. Pero el ejercicio comenzó pronto a perder gracia a través del continente asiático. La cortedad de sus visiones era la de un explorador miope. Por momentos la caminata alrededor de la pista del jardín no era más que eso, una simple e insípida ejercitación. Después de un par de vueltas sin espejismos, Albert Speer se detenía y volvía a la celda. Con frecuencia ponderaba si lo que estaba haciendo no era acaso una maniobra de locos.

Fue por ese entonces que Rudolf, el amigo que había organizado el fondo económico para los gastos de su familia, empezó a incluir en sus cartas información sobre los lugares por los que su antiguo jefe pasaría. Eso mejoró la experiencia. Rudolf le hacía recomendaciones sobre qué pueblos visitar, le describía paisajes a detalle y le advertía acerca de los obstáculos naturales en su camino, tales como montañas imposibles, ríos salvajes y barrancos. El afecto que Rudolf sentía por el prisionero se filtraba incluso en las frases más objetivas de su correspondencia. A menudo le pedía a su amigo que tomara un tren para cruzar cierta región complicada o que se abrigara con pieles animales en tal parte del viaje, a pesar de que en Berlín fuera verano. Albert Speer le pedía ayuda de vez en cuando para conseguir las distancias entre algunas ciudades; en más de una ocasión se enteró de que Rudolf le proporcionaba cantidades menores a las reales.

Hay una colina realmente bella en casa. Toda esa área es de una familia amiga de la mía y no sería muy difícil convencerlos de que me la vendan, dijo Adrian.

Había pasado tanto tiempo desde que cualquiera de los dos había

hablado, que Albert Speer ya no consideraba que eso seguía siendo una conversación.

Estoy seguro de que no les importaría en absoluto. Tienen muchas tierras y esa colina no tiene nada especial. Pero ese es su encanto, señor Speer. No tiene nada especial. Es lo más cercano a una colina común y corriente que he visto en mi vida.

Albert Speer estaba hincado sobre la tierra, arrancando algunas raíces por entre los helechos del jardín. Adrian estaba de pie a las espaldas del prisionero, a un par de pasos; aunque su postura tenía la rigidez de la milicia, la frecuencia con que reacomodaba los pies sobre el césped manifestaba la inquietud de un niño.

Tiene una buena cantidad de árboles. Se puede tener algo de privacidad ahí arriba. ¿Mencioné que es en New Hampshire?

Desde hacía un tiempo el arquitecto sabía que en el jardín había conejos, pero no los había visto. A veces encontraba vegetales roídos y excremento. Cómo habían llegado los animales era mágico y misterioso; cómo se irían, incierto.

Pongamos que quisiera levantar ahí una casa, algo pequeño, nada extravagante. No le importaría demasiado a usted, señor Speer, echarme una mano con el diseño, ¿verdad?

Albert Speer se levantó y miró al guardia a los ojos, ese par de ojos de anciano.

Sería un placer, Adrian.

Luego caminó hacia la cama de margaritas y cogió una larga rama que guardaba entre las flores. Era una escoba improvisada. Con ella se dedicó a remover las hojas del pequeño estanque.

He pensado que me gustaría considerar en el diseño un detalle. Digamos que es una circunstancia especial del cliente. No, es más bien un motivo.

Adrian no había seguido al arquitecto hasta el estanque y entre los dos había quedado una distancia tanto más larga que la adecuada para una conversación. Al decir las últimas palabras, el guardia se acercó al estanque y clavó su mirada en el agua.

Sí, es un motivo. Y quizá en esto usted me pueda ayudar.

Albert Speer detuvo su labor, sin soltar la escoba.

Lo que sucede es que en mi familia hubo dos casos en los recientes años bastante lamentables. Dos tíos, por parte de mi madre, fueron diagnosticados con el síndrome de Alzheimer. Ambos murieron.

Los ojos de Adrian eran los de un anciano; sus manos, las de un niño.

Supongamos que la casa va a ser habitada por alguien con esta condición. Supongamos que el diseño tiene que considerar esta circunstancia. Usted me ayudaría, ¿verdad, señor Speer?

Adrian miraba con intensidad el estanque. El prisionero pensó que, aunque le respondiera al guardia, éste no escucharía su respuesta, así que no lo intentó. Pensó por un instante en cómo podría resolver el proyecto de la casa de la colina y tuvo un par de ideas. Por algún motivo se podía imaginar a sí mismo viviendo ahí. Cuando siguió con la tarea de limpiar el estanque, la mirada del guardia se reanimó.

No dijeron otra palabra, ni siquiera cuando Adrian comenzó a irse de esa manera indecisa de siempre, como si caminara sobre una cuerda floja. Ambos sabían que no volverían a verse en tres meses, cuando los estadounidenses retomaran la administración, pero no dijeron palabra.

Al final de la jornada, Albert Speer volvió a guardar la escoba improvisada entre las margaritas. Cuando se agachó para acomodarla, advirtió un par de ojos de roedor bajo la sombra de las flores.

A principios de 1958, llegó a las ruinas de Nalanda, en el noreste de la India. Era evidente que el sitio llevaba una eternidad en abandono, pero Albert Speer no creyó que el aire que se respiraba en las plazas vacías y las escaleras quebrantadas era de decadencia, sino de sosiego. Nalanda había sido un centro de enseñanza budista, hacía más de un milenio. Ahora las instalaciones de la gran escuela se habían vuelto la materialización de la armonía que tanto habían perseguido los estudiantes en su tiempo. Los tabiques de Nalanda habían adquirido el

espléndido color rojizo de una llama antes de apagarse.

Caminó por los patios de los diferentes monasterios y entró a los templos. No pudo dejar de pensar en los miles de monjes que solían vivir ahí, en sociedad. El baño matutino, el canto de himnos, las labores, las horas de meditación y las de lectura, las ceremonias, todo era parte de una vida que ellos habían elegido, ascética y repetitiva. Pensó en los monjes como hubiera pensado en los niños durante una visita a una escuela en el verano. La vida invisible de Nalanda le evocaba sonidos y olores, y podía incluso hacerse una idea de la manera calmosa en que los alumnos se movían por el sitio.

Nunca estimó tan ridículo el concepto de poder como en ese momento, en su recorrido por los patios y los templos. Por el exterior los edificios eran sencillos y estaban vacíos en el interior, pero le parecían perfectos objetos arquitectónicos. Primero los habitantes se habían desprendido de las cosas, y ahora Nalanda se desprendía de sí misma, derruyéndose a diario.

En un templo Albert Speer halló un panel esculpido en relieve. Pudo hallar en él belleza, a pesar de no entender una pizca de sánscrito. Pasó las manos por el panel completo. Sin alguna razón en particular, se le ocurrió de pronto que quizá sus anteojos de lectura le permitirían interpretar el relieve. Funcionó. Aunque no se le revelaron las palabras una por una, cuando se colocó los anteojos pudo concebir la esencia del panel. Era la crónica de la llegada de un monje a la ciudad de Pagán, donde había más de diez mil templos budistas. Acto seguido Albert Speer se sentó de rodillas en el medio del templo y cerró los ojos. Mientras se hincaba, dejó caer los anteojos al suelo y los cristales se rompieron.

Al cabo de la meditación, se dispuso a partir de Nalanda. Se levantó y salió del templo. El aire estaba tan quieto que no podía llamarse viento. El verde de las plantas brotaba por entre los muros de las ruinas. Pronto se dio cuenta de que había olvidado los anteojos en el templo y regresó por ellos. Temía que alguien, en una eternidad,

entrara al lugar y se cortara con los cristales.

En la celda del antiguo prisionero número tres, el diplomático, había un fantasma que atormentaba a Albert Speer. La celda estaba cerrada desde que el número tres había sido condonado por motivos de salud, en 1954, pero nadie se había molestado en cerrar la ventanilla de la puerta. A diario, cuando Albert Speer pasaba frente a la celda volvía la mirada hacia el interior, movimiento que por unos segundos le generaba escalofríos. No solía detener su marcha, sino apenas giraba la cabeza, pero el reflejo no tardó en convertirse en hábito. El fantasma era una silla. El arquitecto la había diseñado en 1938, junto con otras piezas de moblaje para la nueva cancillería del Reich, en Berlín, que él mismo construyó.

La tapicería damasco de la silla estaba roída y su color carmesí se había desteñido casi por completo. La madera tampoco estaba en la mejor condición; no tenía brillo y la chapa resquebrajada le daba al mueble un aspecto exagerado de decrepitud. Aun así el diseño era digno de cualquier palacio. La elegancia se había mantenido intacta. La amplitud del asiento y la altura de los brazos inspiraban autoridad y esplendidez, y el peso, poderío.

Un año antes de salir en libertad, el prisionero número tres había recibido la silla por indicaciones médicas. Cuando Albert Speer la vio por primera vez, creyó en verdad que la silla era un mueble de otro mundo. Por supuesto que era un objeto cargado de recuerdos y aflicción. Entre el hombre que había diseñado la silla y el hombre que entonces la miraba en Spandau se extendía el árido terreno de la desgracia; la silla era la encarnación de la decadencia del arquitecto, pero también del proyecto nacionalsocialista. Albert Speer tenía treintaidós años cuando le fue asignado el proyecto de la nueva cancillería del Reich, en enero de 1938. Tal era su confianza en su talento y presteza, que prometió que el edificio estaría listo en un año exacto. La magnitud y la ruina fueron conceptos base de la estética de la nueva cancillería. Los pasillos y las cúpulas, los materiales y la

decoración, el arquitecto resolvió cada detalle teniendo en consideración el efecto que crearía la obra en el visitante. La fachada de la nueva cancillería sería la fachada del reino entero; tenía que ser fuerte porque fuerte era el reino, y lo mismo con otros aspectos involucrados a los que aspiraba el régimen, como el tamaño, la eficacia y la superioridad.

El 7 de enero de 1939 Albert Speer entregó finalizada la obra, dos días antes de lo prometido. Había realizado la proeza. La buena reputación que la nueva cancillería le trajo como genio organizativo fue la misma que respaldó su nombramiento como ministro de armamento, tres años más tarde.

Cuando la silla llegó a Spandau para el prisionero número tres, Albert Speer quedó atónito. Lo que lo fulminó no fue el impetuoso flujo de evocaciones que la silla le provocaba, sino el simple hecho de que la silla hubiera sobrevivido a las embestidas de la guerra. La última vez que él había estado en la nueva cancillería del Reich había sido el 22 de abril de 1945. Todo había terminado. Berlín era una burbuja en el fondo del océano. Antes de entrar al búnker del *Führer* y decir adiós por siempre, caminó por los vestigios de la nueva cancillería. El mármol de las paredes y del piso y de las estatuas se había roto en pedazos como cristal; los cristales de las ventanas eran polvo y el polvo caía de los techos, inagotable. El edificio se estaba desmoronando, y los tambores del enemigo anunciaban que lo peor estaba por venir.

El hombre que ahora miraba de reojo todos los días la fantasmal silla en Spandau era a su vez fantasma del que había sido a sus treinta y tantos años de edad.

Era un rumor. En caso de que los prisioneros murieran dentro de la prisión, su cuerpo sería enterrado en el patio. Los cuatro poderes evitaban tocar el tema cuando los prisioneros y sus abogados planteaban el escenario. No era sensata la elucubración sobre asuntos inciertos, decían. Pero los guardias, en su discurso ya afectado por la melancolía y la clausura, habían desatado el rumor de que ni siquiera la muerte les traería a los prisioneros la libertad.

En 1959, el mayor de sus hijos tenía veinticinco años de edad y el menor diecisiete. Albert Speer llevaba más de una década fuera de la vida de sus seis hijos y su esposa, Margarete, y el trato con ellos había perdido desde hacía tiempo todo rastro de intimidad. Las visitas nunca rebasaban la media hora y el entorno crudo de la prisión de Spandau establecía el tono de la conversación. Incluso las cartas que intercambiaban eran frías. El prisionero se esforzaba siempre por lucir animado durante las visitas y por llenar de adjetivos esperanzadores su correspondencia, pero casi nunca convencía a su familia acerca de la legitimidad de su optimismo; a menudo tampoco se convencía a sí mismo. Sólo se entusiasmaba en verdad cuando recibía noticias de sus amigos en el exterior sobre su posible liberación temprana. Era Rudolf quien hacía más por recuperar su libertad. Uno tras otro, los mensajes clandestinos de esperanza encontraban su camino hasta la celda número cinco. Una carta firmada por un grupo de los más importantes industriales de Europa, el apoyo de altos funcionarios de los cuatro poderes, un centenar de reuniones con abogados, los mensajes no dejaban de prometer que el indulto estaba a punto de lograrse. El empeño de Rudolf no era ficción; tocaba todas las puertas de todas las oficinas gubernamentales en nombre de su antiguo jefe, su amigo, y ponía a prueba su suerte tanto en los medios diplomáticos más legales como en la pericia de los sobornos. Ni siquiera el paso de los años salvaron a Albert Speer de leer con esperanza las noticias del lento avance de la lucha por su libertad. Una pequeña parte de su mente comprendía que ni el propio Stalin podría sacarlo de ahí, que habría de cumplir los veinte años de su condena con todos sus días y que era mejor olvidarse de litigios milagrosos. Pero la ilusión corría por su sangre. Se repetía: «El que tiene perdida la batalla, hasta que no lo maten, considera viable la intervención de la divina providencia».

A la mañana siguiente se enteró de lo que había sucedido. De tanto elaborar teorías, no había conseguido dormir bien, y cuando escuchó la noticia tardó en comprenderla.

La tarde anterior había habido bastante movimiento por el pasillo de las celdas. Los pasos apresurados se multiplicaron con rapidez y pronto los susurros se volvieron bullicio. En su celda, Albert Speer supo que algo sucedía en la número siete. El movimiento en el pasillo ventiló el ambiente de las celdas con novedad, pero tras un par de horas la agitación no terminó por refrescar el aire, sino por enrarecerlo. La tensión de la circunstancia fue tal que el paseo vespertino del número uno y cinco quedó cancelado, y ni el uno ni el otro recibieron explicación alguna.

Desde hacía un tiempo el prisionero número siete daba la impresión de inestabilidad. Por la noche hacía ruidos extraños, similares al llanto de un felino, y por el día se negaba a comer, a hablar y a salir de la celda. Por momentos le murmuraba a su almohada palabras de esquizofrenia y rencor. También se sospechaba que ingería pequeñas cantidades de detergente a la hora de lavar su ropa; eso explicaba los constantes dolores de estómago que padecía.

Mientras la multitud desfilaba por el pasillo, Albert Speer cayó en la cuenta de que no había visto al prisionero número siete en al menos tres días. La última vez que había interactuado con él había sido sin mirarse, cuando el arquitecto invitó al otro a escuchar música en la capilla; el número siete, sin salir de la celda, se limitó a gruñir con fastidio.

Albert Speer mantuvo en la cabeza la historia del número siete toda la noche. Su apellido era Hess. Años atrás había sido el tercer hombre más importante de Alemania; fue secretario del *Führer* y jefe del partido nacionalsocialista. En plena guerra, en mayo de 1941, abordó un avión sin aviso alguno y voló en solitario a Escocia. Cerca de Glasgow, el combustible se terminó y tuvo que saltar con paracaídas. Fue arrestado y después encarcelado en Inglaterra, hasta el final de la guerra. Albert Speer recordó el impacto que le causó su reencuentro con Hess en los juicios de Núremberg. Tenía una expresión de travesura en el rostro. Acaso la impresión de inestabilidad era parte del carácter de Hess.

El arquitecto pasó la noche entera revolcándose en la cama. Lo

asaltaba la imagen del número siete y la extrema pérdida de masa corporal que había sufrido las semanas anteriores. Ahora pesaba tan sólo cuarenta y cinco kilos.

A la mañana siguiente, Albert Speer se enteró de que Hess había roto sus anteojos de lectura y se había cortado las venas de los brazos con los cristales. Por tres horas se desangró sin que nadie lo advirtiera. Al fin, un guardia ruso se asomó a su celda y llamó de inmediato a un cuerpo de médicos. Albert Speer tardó en comprender lo ocurrido, en parte por su falta de sueño. Cuando en los días siguientes terminó de digerir la noticia, tuvo enseguida que adaptarse al giro anímico de su compañero. En menos de dos semanas, Hess recuperó catorce kilos y mejoró su humor.

Un guardia abrió la celda número cinco. La mañana aún seguía oscura. Albert Speer estaba dormido en la cama, abrazando un libro. El guardia se acercó a él, lo tomó por el hombro y lo movió con brusquedad. Albert Speer escuchó un par de palabras en inglés, y antes de interpretar el significado, asimiló el paso del tiempo. Era otra vez el turno de los estadounidenses al frente de la administración de Spandau.

Venga conmigo, señor Speer.

Se sentó sobre la cama sin dejar de abrazar el libro. La mañana era fría. Simuló más cansancio del que en realidad tenía, con el fin de ganar tiempo y conjeturar por qué el guardia estaba ahí. Su pulso se aceleró. Hizo un repaso de sus acciones durante los pasados días. Quiso recordar si había olvidado saludar a un oficial, si había dejado sus escritos a plena vista, si había omitido alguna labor. No pudo pensar en nada.

Es Adrian, señor.

El temor del prisionero se esfumó de inmediato, pero la calma que experimentó fue fugaz; la incertidumbre de lo que le sucedía a Adrian le agitó de golpe el corazón. Mientras pensaba en las últimas pláticas que había tenido con el de los ojos de anciano, el prisionero miró al guardia y se concentró en el mechón de pelo blanco que tenía éste

sobre la frente.

Vamos, dijo el guardia.

El prisionero guardó el libro bajo su almohada. Se puso de pie, se dio un par de palmadas en las mejillas y asintió.

Caminaron por el pasillo. Albert Speer asumió que irían a una de las oficinas o incluso a la enfermería, pero el guardia se enfiló hacia el patio. Hasta entonces el prisionero se dio cuenta de que había olvidado sus botas. Iba a decir algo al respecto, pero a cada paso el guardia aceleraba su marcha. Por un segundo el prisionero imaginó que estaba escapando. Visualizó de súbito los titulares de la prensa y las reacciones de sus cercanos, y luego una casa humilde frente al mar. Una breve sonrisa se le dibujó en el rostro.

El guardia abrió la puerta que conducía al patio y le cedió el paso al prisionero. Una corriente de viento frío les pegó en la cara. Apenas puso los pies sobre la tierra, Albert Speer entendió que el guardia no tenía intenciones de acompañarlo más.

Adelante, señor Speer. Adrian está en el estanque, dijo el guardia y cerró la puerta. Albert Speer se quedó mirando la puerta hasta que el rostro del guardia y su mechón blanco se desvanecieron de su mente.

Nunca había salido al patio tan temprano, y ahora lo lamentaba. La imprecisión del contorno de las cosas le pareció irresistible. La mañana aún seguía oscura, pero desde el cielo una luz ligerísima comenzaba a despertar a los bichos del jardín. También le agradó al prisionero la sensación de caminar descalzo sobre el rocío matutino. Se condujo hacia el estanque, sin prisa; aquel espacio, por el que se movía a diario, de pronto lo absorbió con el hechizo de los lugares desconocidos.

Halló a Adrian dentro del estanque, fumando. El arquitecto se sentó de rodillas a su costado y lo miró en silencio. La bañera estaba vacía, pero si hubiera tenido agua las rodillas y el pecho del guardia hubieran salido sobre la superficie. Adrian había dejado sus botas y su chaqueta en el césped, y al alcance de su mano había un paquete de cigarrillos. Miraba el cielo; tenía los ojos de un anciano.

Está fresco, ¿eh?, dijo Albert Speer.

No está tan mal. Se puede vivir, dijo Adrian sin despegar la mirada del cielo.

Si un soldado los hubiera mirado desde una torre de vigilancia, tal vez hubiera creído que se trataba de dos hermanos en el baño, contándose secretos.

¿Puedo?, dijo Albert Speer señalando con un dedo el paquete de cigarrillos.

Por supuesto, dijo Adrian todavía con la mirada fija en el cielo.

A esa hora del alba, y en especial en Spandau, el silencio de Berlín prometía durar un milenio.

Con lo que no se puede vivir, carajo, es con esta oscuridad. Se lo prometo, señor Speer, no se puede.

El arquitecto encendió un cigarrillo.

¿Qué quieres decir, Adrian?

Nada, no me haga caso. Fue una noche de locos. Son los astros los que me ponen así.

¿Los astros?

Adrian bajó su mirada vieja del cielo y la depositó en el prisionero. Le dio una chupada a su cigarrillo y luego apuntó con su mano de niño hacia lo alto, sobre el hombro de Albert Speer. Antes de girar el torso, el prisionero estudió por unos instantes el rostro del guardia. En el cielo, un astro luminoso le robaba jerarquía a la luna.

Venus, señor Speer.

El prisionero no le prestó mucha atención.

¿Así que la oscuridad es demasiado?

Adrian soltó una risa delirante.

Demasiado es decir poco, señor Speer. Uno ya no puede ver ni por dónde camina. Pero quizá usted no lo entienda.

Vamos, hijo. Haz un esfuerzo. Explícame.

Albert Speer lo sintió a la perfección. La palabra hijo había sonado extraño. Adrian volvió a reírse con delirio. Pasaron varios minutos sin decir palabra. El silencio de Berlín duraría mil años. Los bichos despertaban. Adrian miraba al cielo y Albert Speer había guardado su

libro bajo la almohada.

Cuando aquello dejaba de ser una conversación, Adrian abrió la boca.

En la guerra había minas por todos lados. Tenías que cuidar cada paso que dabas. Todo era una amenaza en potencia. Un arbusto, una piedra, un montón de tierra. Había que desconfiar de todo. En el momento más inesperado un pobre bastardo gritaba a tus espaldas. La mina saltaba un metro en el aire, a veces más, y luego explotaba. Una lluvia de metralla. Era el mismo diablo escupiéndote a ti y a tus amigos. Te tirabas al suelo y te cubrías la cabeza con las manos. Los oídos te reventaban. Te tomabas tu tiempo para comprobar si aún sentías todas tus partes. Te tomabas un buen tiempo. Después levantabas la mirada y veías a todos los desgraciados que habían olvidado las instrucciones. Siempre tenías que tirarte al suelo. Pero unos corrían y otros se petrificaban. Y entonces venían los gritos. Y no podías moverte porque estabas descalzo y alguien había tirado un vaso de cristal. Y así todo el tiempo y así a través de toda maldita Europa.

Adrian, dijo Albert Speer.

Les llamábamos Bouncing Betties, ¿sabe?

Adrian.

Y usted las fabricaba, señor.

Adrian encorvó el cuerpo y se metió por completo a la bañera. Unos segundos después se volvió a sentar, como si emergiera del agua.

Ahora mis pesadillas son las piedras y los arbustos y la tierra. Me enloquece ver a la gente caminar por la calle. No lo soporto. Vivimos en la oscuridad total y no sabemos por dónde pisamos.

El lucero del alba brillaba en el cielo. Adrian lo miró hasta quedarse dormido. Su cuerpo volvió a encontrar el modo de acomodarse en el fondo de la bañera. Albert Speer siguió sentado de rodillas, sobre los talones. Trató de distraerse con la idea del proyecto de la casa de la colina, pero fracasó una y otra vez. Al cabo de media hora, dos soldados se aparecieron en el estanque y le ordenaron que regresara a su celda; obedeció de inmediato. Mientras los soldados despertaban a

Adrian, Albert Speer pensó que aquel jardín era el más grotesco que había visto jamás. La oscuridad todavía deformaba el contorno de las cosas, pero para él era mediodía y todo era preciso.

Le habían enseñado que los edificios viven más que los arquitectos, sin excepción.

Su padre y su abuelo habían sido arquitectos. Le habían enseñado que la arquitectura es la voluntad del hombre en pleito con el tiempo. El arquitecto que construye puede morir con la tranquilidad de dejar atrás embajadas de trascendencia. Los edificios de su padre y su abuelo se levantaban sobre la aspiración de que las generaciones venideras atestiguaran la solidez del apellido de la familia.

Después, en sus trabajos para el Tercer Reich, Albert Speer recibió la orden de diseñar edificios que vivieran más que los siglos. Se enseñó a sí mismo el artificio de la soberbia en la arquitectura. Tergiversó conceptos y estéticas, filosofía y política, y dibujó proyectos que querían pasar a la historia a cualquier precio. Asumió que la dimensión de las construcciones debía corresponder a la fuerza con que el hombre desea vencer al tiempo.

Nada ocurrió según el plan. Su vida fue más larga que la de sus edificios. La suerte le impuso presenciar el derrumbe de todo lo que jamás construyó. Sólo dos obras se mantuvieron de pie, ambas en Berlín. Una era un cilindro de concreto de veinte metros de altura, construido para determinar la estabilidad del terreno; la presión que el cilindro ejercía sobre el suelo simulaba la que crearía el gigante arco del triunfo. Albert Speer había planeado demoler la construcción en cuestión de años. La otra obra que sobrevivió a la guerra y la ocupación subsiguiente fue una farola, que se multiplicaba y multiplicaba por algunas de las avenidas más importantes del centro de Berlín. Eso fue todo.

En la prisión entendió que el polvo es lo único que el tiempo respeta.

Desde Estambul su marcha había ido descendiendo en latitud a través de Asia. Mandalay, Birmania, marcó el final de la prolongada caída sobre el mapa. El resto de sus pasos por el continente asiático fueron hacia el norte.

La primera gran ciudad de China que visitó fue Kunming, en la provincia de Yunnan. Comprobó que su reputación como la ciudad de la eterna primavera tenía razón de ser. Más que atavío, la multitud de flores parecía una plaga. Albert Speer se sintió culpable de pisarlas, y el perfume de flores caídas se volvió con los kilómetros el perfume de su remordimiento.

Quiso descansar en el templo de Yuantong, el mayor templo budista de la ciudad. Lo cautivaron los estanques cristalinos que rodeaban los edificios varios, y aun más los largos corredores sobre el agua. La mitad de la belleza de la arquitectura del templo residía en los muros y los techos y los puentes; la otra mitad, en su reflejo. Halló una gran cantidad de estatuillas de dragones por el lugar; todas eran diferentes; las líneas del cuerpo siempre eran iguales y también los ojos y los hocicos y las orejas y las patas, pero todos los dragones eran diferentes. Tal diversidad lo hizo pensar en el alfabeto, en los días y en las religiones.

En las espaldas del templo había una colina. El esplendor de los árboles apenas dejaba ver la entrada de las dos famosas cuevas. La leyenda decía que un par de dragones habitaban en el interior. Albert Speer se introdujo en una y caminó por un buen rato en la oscuridad. Al final de la cueva no encontró ningún dragón; la intimidad del espacio sólo intensificó el perfume floral de su remordimiento.

Cuando abandonó el templo de Yuantong, se fijó Beijing como meta a largo plazo y comenzó a caminar.

El recuerdo de Margarete y él a orillas de una laguna. Era mediodía en punto. Por la mañana habían salido del albergue y habían dado una larga caminata por la montaña. Ahora descansaban recostados sobre la hierba fresca, a orillas de la laguna. De vez en cuando se besaban; cada

beso era distinto.

Las humildes campanas del lejano pueblo anunciaron un cuarto de hora pasadas las doce. Igual que los cinco días anteriores, apareció en ese momento la mujer de pelo rojo, al otro lado de la laguna; llevaba un bulto en las manos. Miró hacia el agua, hacia el bote de remos. Un hombre pescaba. La mujer colocó el bulto a sus pies. Se llevó las manos a la boca para darle dirección a su voz e hizo el llamado. No era un grito ni un canto ni un chillido. Era un llamado. Era una melodía completa resumida en cinco segundos. Luego ocurrió una pausa. El pescador levantó la cabeza, pero no se volvió a mirarla. De nuevo, la mujer hizo el llamado, esta vez un grado más suave. Otra pausa. El pescador la miró al fin y se puso de pie sobre el bote. Otra pausa. Se miraron. Se saludaron con el brazo. Enseguida el pescador enrolló los sedales de sus cañas y se dispuso a remar. Era importante el detalle de que le dio la espalda a la mujer de pelo rojo mientras remaba hacia ella. Cuando llegó a la orilla, el pescador se puso de pie sobre el bote y la miró. La mujer le arrojó el bulto. El pescador lo atrapó. Se sonrieron. Asintieron apenas. La mujer se dio la media vuelta y caminó. El hombre esperó de pie hasta que ella desapareció de su mirada para volver a remar agua adentro.

Margarete y él habían visto al pescador y a la mujer repetir la acción los cinco días anteriores, y ahora los habían visto por sexta ocasión. La voz, las pausas, la velocidad, todos los detalles eran idénticos. Consideraban la acción encantadora y les provocaba querer besarse más y revolcarse sobre la hierba fresca.

Era un recuerdo de su luna de miel. En Spandau, Albert Speer aún retenía con precisión los pormenores de ese momento y el orden en que sucedieron. Le gustaba pensar que desde aquel día, hacía más de treinta años, la mujer de pelo rojo no había dejado de aparecer en la laguna quince minutos pasadas las doce y que sin falta el pescador realizaba los mismos movimientos. De ser así, su coreografía habría conseguido sublimar su encanto, a fuerza de repetición. En cierto sentido, cada vez que Albert Speer evocaba el momento, la claridad de

las acciones del pescador y la mujer se pulían dentro del recuerdo, y también el encanto del recuerdo se volvía cada vez más sublime.

Si Albert Speer hubiera reproducido en su mente la escena quince minutos pasadas las doce desde aquel día a orillas de la laguna, y si la mujer de pelo rojo y el pescador hubieran, en efecto, seguido haciendo los mismos movimientos a diario, entonces ambas escenas, la virtual y la real, hubieran ido perfeccionándose paralelamente. Ambos mundos podían alcanzar el mismo grado de belleza, quería creer Albert Speer. Cuando empezaba a convencerse a sí mismo, una pequeña voz incontrolable le decía lo siguiente desde donde la lógica reside en la cabeza: «Te equivocas, compañero. La escena real sería más bella que la virtual porque en la realidad el pelo de la mujer se aclararía con el paso del tiempo y al pescador le costaría más trabajo remar».

La casa de la colina sería un largo pasillo. No conduciría a ningún lado ni vendría de ninguno; el pasillo, de seis metros de ancho, sería circular. La casa *sería* el pasillo; habitarla significaría en todo instante transitarla.

El diseño circular apostaba por el bienestar del residente y su síndrome de Alzheimer. El propósito era que, después de un arrebato de olvido, el residente pudiera determinar su ubicación temporal a partir de su ubicación espacial. La distribución de las áreas del proyecto se podía explicar con la cara de un reloj. Dividiendo la planta en doce secciones, la recámara se hallaba en el espacio que correspondía entre las doce y las dos; entre las dos y las tres, el vestidor; entre las tres y las cuatro y media, el desayunador; entre las cuatro y media y las siete, el estudio; entre las siete y las nueve, el comedor; entre las nueve y las once, la sala, y entre las once y las doce, el mirador. El paso del tiempo ordenaba la disposición de las estancias. (Vale mencionar que entre las estancias no había puertas ni paredes). Entre avanzaba el día, el residente había de moverse en sentido de las agujas del reloj. El diseño arquitectónico era asimismo el diseño de la rutina del residente. La jornada iniciaba en la recámara, por supuesto, y también terminaba ahí, tras una vuelta completa a la casa. Si de pronto, confundido, abría los

ojos y se hallaba en el estudio, el residente había de interpretar que antes había estado en la recámara, en el vestidor y en el desayunador, y que los siguientes pasos eran tomar la cena en el comedor, pasar a la sala a tomar un digestivo y acaso prender la chimenea, salir al mirador para ver el ocaso y por último acostarse a dormir en la recámara. El diseño suponía ventanas solamente en el muro interior del pasillo, que daban hacia un jardín redondo, en el centro de la casa. El otro muro tenía pintada una gráfica de la progresión de las horas, que señalaba el sentido de las manecillas del reloj. La cocina y el baño se ubicaban fuera del pasillo circular, en dos pequeñas construcciones aledañas.

Para habitar la casa sería inevitable entrar en la dinámica del tiempo; el único modo de esquivar el propósito del diseño sería ubicarse en el centro del jardín redondo, en el centro inmóvil del eje giratorio.

Hacia finales de 1959 había perdido ya la costumbre de los asientos. Había leído en algunos textos de budismo que las cosas más importantes de la vida ocurren a ras del suelo. Durante los primeros diez años de encarcelamiento, había hecho de la cama su nido irremediable. Las horas que no pasaba en el jardín, las solía pasar ahí. Leía, dibujaba, comía y dormía en la cama, y los dolores de espalda que una posición le producía los contrarrestaba con los dolores distintos de otra posición. Cuando comenzó a leer acerca de las religiones en Asia, en especial del budismo, se interesó de inmediato en las posturas de meditación; quizá le intrigaba más el beneficio del cuerpo que de la mente. Y así decidió evitar los asientos cada vez que fuera posible y recostarse en la cama sólo para dormir. Conoció las diferentes sensaciones de los materiales del piso del interior de la cárcel y de las superficies del jardín, y distinguió mejor el cambio de temperatura a lo largo del día, del mes y del año. Pronto se le reveló el hecho de que a través de la quietud corporal se lograba la mental, y así, sin demasiado esfuerzo, aprendió a consumir un par de horas sin hacer nada más que sentarse. Todavía caminaba por Asia cuando leyó que la experiencia

zen es igual a la común, pero diez centímetros por encima del suelo. Aquella experiencia fue su ambición durante un buen tiempo.

El nombre del prisionero número uno era Baldur von Schirach. Había sido líder de las Juventudes Hitlerianas y gobernador de Viena; en los juicios de Núremberg fue condenado a veinte años de prisión, sobre todo por su involucramiento en la deportación de 65000 judíos vieneses. A los pocos años de encarcelamiento, su esposa, que sostenía un amorío ya bastante conocido, consiguió el divorcio. La gran pena de Baldur von Schirach, sin embargo, era la que le causaba la idea de haber maltratado su apellido. Era miembro de una antigua familia, noble y eslava, que era semillero de destacados artistas, historiadores y abogados. En su ascendencia se hallaban dos firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, su padre había sido director de teatro y su hermana era cantante de ópera. Baldur von Schirach se dedicó a convencer a una generación entera de alemanes de que su raza era superior que el resto. Si no se derrumbó durante su condena, fue debido a la esperanza de ver que sus descendientes alzaran otra vez el apellido.

En el cuarto de visitas, el mayor de sus hijos le dio la noticia de que acababa de recibir el diploma de ingeniería. No había nadie que los vigilara; los oficiales de costumbre no habían aparecido, y el guardia francés que había acompañado al prisionero desde la celda había tenido la consideración de esperar fuera del cuarto. Por eso, Albert Speer se animó a extender el brazo sobre la mesa que los separaba y a tomarle la mano a su hijo por primera vez en casi quince años. Fue un contacto entre hombres; él tenía cincuenta y cuatro años y su primogénito, veinticinco. Le sostuvo la mano al menos por un minuto, en el aire. Consideraba la formación universitaria una parte fundamental del ser moderno y la única manera de hacerse de un oficio; también, lo reconocía, los estudios universitarios le parecían una suerte de reafirmación de la burguesía. Él mismo, durante los doce años de

servicio para el Tercer Reich, se había valido de su formación académica para distinguirse entre los cabecillas del régimen, que por lo general venían de la milicia o del ejercicio político; él era distinto entre el clan, él era un licenciado, un artista, un burgués.

No le soltó la mano a su hijo por que se hubiera cansado o por que el contacto fuera incómodo o por que alguien se estuviera acercando; todo lo contrario: sintió que podía quedarse ahí, sosteniéndolo, un día y una noche enteros. Le soltó la mano porque su hijo dijo a continuación algo que lo impresionó.

—Quiero ser arquitecto.

La mano cayó sin resistencia sobre la mesa.

El nombre del hijo era Albert Speer Jr.

Inauguraba la cuarta generación de arquitectos en la familia.

Según sus cálculos, para llegar a Beijing había recorrido catorce mil doscientos sesenta kilómetros por el continente asiático. La satisfacción que el hecho le provocó no duró demasiado. Visitar la Ciudad Prohibida y el Templo de los Cielos fue un tremendo golpe interior. Los complejos arquitectónicos le revelaron los equívocos métodos de diseño con que había querido construir durante el Tercer Reich. La dimensión imperial de la arquitectura de Beijing era tan monumental como la que él había soñado para la Alemania nacionalsocialista; las explanadas y los ejes de la ciudad le recordaron su propia ambición para Berlín. Lo que lo golpeó fue la ligereza y serenidad de los complejos chinos, cualidades que los edificios que él había diseñado, ahora se daba cuenta, jamás habían conseguido. El problema era cuestión de método. La cultura china había refinado su estilo arquitectónico a lo largo de los siglos antes de levantar tales portentos, a diferencia del régimen nacionalsocialista, que había sellado una estética en un par de años.

Abatido, se apresuró a salir de Beijing. No tenía ningún destino en mente. Sólo quería alejarse de la capital. Sentía que otra vez sus edificios se derrumbaban, acaso en un mundo paralelo o en el de su

mente; se caían sin remedio y se caían despacio, y las ruinas ni siquiera sobrevivirían como eso, sino que serían barridas por la historia. Albert Speer quiso seguir dirigiéndose al norte, al norte, al norte.

Era mediodía. El prisionero caminaba en la pista del jardín. Los estadounidenses habían tomado la administración de Spandau. Adrian había de aparecer en cualquier momento. Más que por avanzar en el mapa, el prisionero caminaba para dominar su emoción por exponerle la casa de la colina a Adrian. Era el primer proyecto arquitectónico que había completado desde el final de la guerra. Los dibujos de edificios que había hecho en los años de encarcelamiento no eran más que fachadas especulativas. Para la casa de la colina había elaborado los planos y algunos cortes, e incluso había calculado los costos y el tiempo de construcción; también tenía ya en la mente el mobiliario para el lugar, pero quería hablar antes con Adrian.

Había caminado casi diez kilómetros cuando advirtió que un guardia había tomado el lugar de Adrian, a la sombra del árbol grande. Tenía un mechón de pelo blanco sobre la frente. Albert Speer se acercó a él y se saludaron; platicaron durante cinco minutos.

En ese periodo de tiempo, desde una torre de vigilancia, dos soldados siguieron con binoculares a una muchacha que caminaba por la calle con un vestido entallado; un camión con provisiones se detuvo en la puerta de la prisión; una cuadrilla de cinco soldados recorrió el pasillo de celdas para la inspección rutinaria; una enfermera dejó caer un frasco de agua oxigenada en el consultorio; sentado en una banca del jardín, el prisionero número uno leyó en el periódico las ofertas de empleo y el número siete, a su lado, tarareó una vieja canción de guerra.

Al término de la plática, Albert Speer volvió a la pista. Su pelo rubio brillaba bajo el sol de mediodía. Todos los que estaban en el patio de la prisión de Spandau no tardaron en entender que algo grave sucedía con él. Ya había caminado diez kilómetros ese día, pero continuó con su marcha tres horas más. Caminó y caminó, y por única

vez en toda su condena lo hizo en sentido contrario a las agujas del reloj. El guardia de mechón blanco recién le había hecho saber que, días atrás, en un parque de Berlín, Adrian se había disparado en la cabeza.

Mediodía

El muchacho alcanza la cima de un barranco. Una multitud de templos se despliega frente a él, como un ejército de barcos. Por fin ha llegado. Su corazón palpita con violencia, espoleado por la carrera de dos días y dos noches. La excitación que el panorama le provoca no le ayuda a recuperar la estabilidad de sus latidos. Allá abajo se alzan miles y miles de agujas; cada templo tiene diez, más o menos, aunque los grandes tienen veinte, treinta, o más. Al muchacho se le envejece la mirada con tan sólo admirar esa locura de ciudad. Las agujas de los templos bien pudieran ser los mástiles de todos los barcos de todos los tiempos. Al sol no le falta demasiado para tocar el punto más alto en el cielo.

Todavía no ha ocurrido la invención de los minutos, y por eso la prisa es una práctica poco frecuente, pero el muchacho siente la precipitación del paso del tiempo en la sangre. Quisiera arrojarse al vacío y llegar a la ciudad en un instante y recorrerla entera a paso veloz, entrando a cada uno de los templos. Quisiera gritar. Y quisiera que alguien, esa persona que busca, le contestara con un grito igual de claro y urgente que el suyo. El muchacho percibe la tentación de la prisa, pero decide tomárselo con calma. Aún con la respiración agitada, se sienta de rodillas, sobre los talones, al borde del barranco.

La ciudad de templos está vacía. Él lo sabe. La esplendidez de los edificios reside sólo en el exterior; dentro nunca hay nada. Ese es el famoso mérito de la ciudad. Los templos fueron construidos hace unas décadas, pero simulan pertenecer a la época en que los reinos duraban mil años. Las construcciones tienen todas las cualidades de un templo verdadero, excepto que no están dedicadas a ningún dios. No hay altares en el interior, sino muros lisos, y tampoco hay cruces ni lunas crecientes sobre las cúpulas, tan sólo agujas. Unos árboles espléndidos se encargan de llenar el espacio entre las construcciones; son lo único

antiguo de verdad.

El muchacho sabe que en la ciudad hay una cantidad abrumadora de templos y ningún dios; el hombre a quien el muchacho busca es el único habitante. Desde la cima del barranco, resuelve que no puede ir de templo en templo; el mediodía se acerca y no tiene tanto tiempo. La solución de su problema debe nacer ahí, en lo alto. Tiene que concentrarse y elegir un templo. Tiene que hablar con alguna divinidad y precisar el sitio exacto donde se halla la persona que busca. Tiene que conectarse con su alrededor y dejarse guiar por el instinto.

Ha corrido durante dos días y dos noches, casi sin descanso y sin alimento. Eso que se llama prisa pero pocos conocen lo ha traído hasta la ciudad de templos con una pequeña ventaja; no sabe medir el tiempo, pero entiende que falta un rato para que el sol alcance el punto más alto en el cielo. Ahora su tarea es convertir la urgencia de los pasos en una urgencia mental, y para ello es inminente calmar el corazón; necesita recorrer cada uno de los templos en el interior de su mente. Mientras respira profundo, intenta razonar si es más sencillo encontrar a una persona en una ciudad deshabitada o en una sobrepoblada.

El hombre a quien busca el muchacho es más bien un anciano.

El fundador de la ciudad de templos.

Hace dos días y dos noches el muchacho ha escuchado algo.

Que el fundador se va a suicidar.

El día de hoy.

A mediodía.

Después de muchos años de servicio, Wilbur le anuncia al emperador sus intenciones de retirarse del palacio. Quiere construir su propio sueño. El emperador, que está muy agradecido, conviene que las intenciones de su colaborador son sensatas, y le pregunta qué es lo que necesita para construir su sueño. Wilbur contesta que un valle virgen y hombres, muchos hombres. El emperador acepta lo del valle, pero lo de muchos hombres le suena demasiado.

Voy a construir una ciudad de templos, dice Wilbur.

El rostro del emperador se endurece.

Una ciudad de templos falsos.

El rostro del emperador se relaja.

Voy a levantar tantos edificios en el valle que para verlos todos al mismo tiempo será necesario estar muy alto, en una montaña, por ejemplo. Pero los templos estarán vacíos. Dentro sólo habrá aire y soledad. A simple vista parecerán templos idénticos, pero serán distintos. Todos van a tener agujas hacia el cielo y escalinatas y pórticos y grabados y ventanas y cúpulas, pero no serán iguales. Darán la impresión de ser antiguos. Los templos van a respetar el estilo de nuestros antepasados, de los mejores de nuestros antepasados. Sí. Desde la fundación de la ciudad, lo nuevo quedará prohibido. Todo será nuevo, claro, pero le llamaremos viejo. Prohibido plantar un árbol que no rebase la media vida. Prohibido sacarle brillo al metal. Vamos a construir la ciudad desde la raíz, pero el proceso va a ser algo así como desenterrarla. Y quiero ser muy claro en lo siguiente: nadie vivirá en mi ciudad. No le robaré al imperio ningún alma. Viviré yo solo. Una multitud de edificios vacíos, nuevos pero viejos, en el valle, y yo viviré ahí, yo y mi mujer, solos.

El sueño tardará una eternidad, Wilbur, dice el emperador.

Por eso necesito hombres, muchos hombres.

Wilbur es consciente de la fascinación que le genera al emperador. Sabe que es su colaborador más querido. Mucho de ello se debe a la sangre noble de Wilbur y a su rostro, que, a decir del emperador, es la suma de todos los rostros del imperio. Esta vez, no obstante, esa singular fascinación no es suficiente para convencer al emperador. El problema es que no hay pueblo en el imperio que pueda costearse la pérdida de miles de manos de un solo golpe. El emperador le da vueltas y vueltas al asunto, y termina por hacer una oferta final. El número de hombres que ofrece el emperador no es ni la décima parte de lo que Wilbur tiene en mente. El silencio que los asalta anuncia que no hay remedio para la situación. El sueño comienza a esfumarse. El emperador suspira. Wilbur suspira. Ninguno de los dos está

acostumbrado a los sueños irrealizables. Cuando el emperador está a punto de dar por terminada la conversación, Wilbur propone algo; no piensa demasiado las palabras, pero antes de terminar de decirlas sabe que son irresistibles. Al emperador le sucede lo mismo; no termina de escuchar la idea cuando su boca dice que sí.

Cada pueblo tiene que enviar a un hombre.

Uno solo.

Al valle virgen.

Para construir el sueño.

Una ciudad de templos.

De pronto al emperador eso de muchos hombres no le suena demasiado. Wilbur, que conoce mejor que nadie las extensiones del imperio, hace un rápido cálculo y concluye que si, en efecto, puede contar con un hombre por cada uno de los pueblos, ha conseguido diez veces más manos de las que planeaba.

Una ciudad de templos falsos.

Ya recuperada la serenidad cardiaca, el muchacho comienza con las técnicas mentales para hallar al fundador de la ciudad. Está en la cima de un barranco, sentado de rodillas, y observa los incontables templos, todos y ninguno a la vez.

Lo primero que intenta en su mente es hacer llover sobre el valle. Con los ojos abiertos, imagina una fuerte lluvia que poco a poco inunda la ciudad. En este ejercicio, la percepción del muchacho es el agua. Llueve y llueve sobre las agujas de los templos, a pesar de que en realidad el cielo está despejado. El nivel del agua va subiendo, hasta que supera los primeros peldaños de los templos. La percepción del muchacho alcanza el interior de los templos de menor altura. El agua recorre las galerías vacías, removiendo el polvo y los insectos. Llueve. El muchacho va eliminando de su mente los templos que el agua comprueba vacíos. Llueve y llueve. Cuanto más sube el nivel del agua, más templos allana la mente del muchacho. El agua fluye en busca del fundador de la ciudad, que se halla en alguno de los templos. El

mediodía se acerca y el muchacho quiere evitar que el fundador se suicide, pero la prisa termina por descomponer el ejercicio. El muchacho exprime tanto las nubes y apresura tanto la caída de la lluvia, que, antes de inundar la mitad de los templos, el diluvio se detiene.

Agotado, el muchacho se recuesta sobre la tierra y cierra los ojos.

Es increíble. De cada uno de los pueblos del imperio llega al valle virgen un hombre. Se puede asumir que los pueblos han enviado al hombre menos deseado de la comunidad; en su mayoría son extranjeros. No queda bien claro cuándo comienzan a llegar los hombres ni cuándo terminan de hacerlo, pero para el momento en que Wilbur concluye los planos de la ciudad de sus sueños, el valle ya no es virgen. La muchedumbre es por sí misma un reino entero. Mientras Wilbur mira a los hombres llegar, se pregunta cuántos reinos contiene en realidad el imperio.

Además de los hombres, Wilbur cuenta con una tropa de soldados que el emperador le ha otorgado. Ellos han de mantener el orden y la disciplina en el valle. Antes de comenzar a trabajar, los soldados les pintan a los hombres con tinta indeleble un número en el dorso de la mano. Se montan tres campamentos. Uno es para los hombres, aunque más bien parece el exilio de una población arruinada; otro es para los soldados, quienes se encargan de alejarse lo suficiente de los hombres para dejar en claro que hay una diferencia; el último campamento es sólo una tienda, la de Wilbur y su mujer, que no se deja ver jamás.

El proceso de construcción es silencioso. Los hombres van comprendiendo que están ahí en estado de esclavitud. Los soldados tienen látigos y puñales, y los usan con más frecuencia de lo que usan las palabras. El valle no se vuelve un baño de sangre, sin embargo. Que los soldados demuestren un par de ocasiones la seriedad del asunto basta para establecer el nivel de trabajo. Wilbur, desde la cima de la jerarquía, supervisa hasta el último detalle; tiene una habilidad organizativa tan prodigiosa que a los pocos meses es capaz de vaticinar, sin duda alguna, que en diez años exactos, a mediodía, la construcción

terminará.

La distribución de los templos por el valle no es simétrica ni responde a ningún patrón, pero obedece cierta armonía, como la de los astros. Wilbur traza caminos entre ellos, de modo que todos estén conectados, aunque a menudo idear la vía entre un templo y otro es poco menos que imposible. El provechoso podría ahorrarse el problema caminando en línea recta entre los templos, a través de los árboles y el césped, pero Wilbur se lo prohíbe a los hombres y a los soldados.

Al par de años ocurre un milagro. Los soldados encuentran niños en el campamento de los hombres, a pesar de que no hallan a ninguna mujer. Mientras se decide qué hacer con ellos, los soldados los marcan con tinta indeleble en el dorso de la mano; dos líneas paralelas para los niños y una cruz para las niñas.

Las leyes de prohibición son tantas como los templos. Se prohíben las sillas, por ejemplo. Los bailes, prohibidos. Prohibidos los dioses. Prohibidos los profetas. Escaparse, prohibido. Quedarse a vivir, prohibido. Alterar el diseño de la ciudad. Se prohíbe comer de más o matarse de hambre. Follar entre hombres, prohibido. Follar con mujeres, prohibido. Hablar de sueños está prohibido. Prohibido lo nuevo. Cortarse la mano. Prender fuego por las noches. Mirar a la mujer de Wilbur, prohibido. Hablar en idioma extranjero.

Con el paso del tiempo, el deterioro de los hombres es evidente; adelgazan y se van encorvando, y sus movimientos se entorpecen. Uno que otro comienza a quedarse atrás, a caerse, a desaparecer. En tanto, el florecimiento de la ciudad es imparable; nadie logra descifrar si es más asombrosa la anchura en que los edificios se extienden o la altura con que se levantan.

Año con año, los días transcurren del mismo modo, así como para los hombres como para los soldados. Siempre las mismas órdenes y amenazas y golpes, siempre las mismas piedras y columnas y muros. Para la sorpresa de todos, a excepción de Wilbur, claro, los templos resultan ser diferentes. La rutina invariable ha modelado una diversidad

brutal de edificios. No hay dos agujas con la misma longitud y grosor en todo el panorama, dos cúpulas del mismo volumen, dos ventanas con las mismas dimensiones.

A medida que se va acercando el plazo de los diez años, los hombres, uno a uno comienzan a morir; los matan los azotes y los soles impetuosos y los silencios. Los soldados, en cambio, se marchan de regreso a sus hogares, entristecidos. Los niños marcados con líneas paralelas o en cruz huyen con el disimulo con que aparecieron. Todo es parte del plan de Wilbur, quien, en lugar de afligirse por la rapidez con que se vacía la ciudad, se deleita. Cuando el último hombre muere, Wilbur ve la realización de su sueño.

La vida de Wilbur y su mujer en la ciudad de templos arranca.

Ante el panorama del valle, el muchacho se sienta ahora con los pies cruzados; endereza la espalda y apoya las manos sobre sus rodillas. El mediodía se acerca; puede sentir el sol trepando por su nuca; cuando los rayos caigan en vertical, allá abajo, en alguno de los templos falsos, el fundador se matará.

Después de unas cuantas respiraciones profundas, el muchacho decide probar con el método del anochecer. Sin cerrar los ojos, hace caer la noche sobre el valle. Le cuesta mucho trabajo ignorar la luz del sol, que irradia entonces con más intensidad que en cualquier otro periodo del día. Comienza por imaginar que atardece. El cielo se mancha del color del fuego. Los pájaros chillan porque la jornada se termina. Atardece y el valle logra verse incluso más inmóvil, aunque nunca, en ningún momento, se puede percibir ninguna acción. Oscurece. Una sombra general viene a desterrar a las sombras particulares de las cosas. La luna se muestra. El anochecer aumenta la resonancia de la música de la naturaleza. En la imprecisión de un instante, el muchacho pierde de vista la línea de las cúpulas de los templos; de inmediato piensa que la infinitud de agujas se ha vuelto infinitamente más afilada. El panorama es ya sólo penumbra. Aunque el muchacho se esfuerza, no puede advertir nada, ni un solo árbol, ni

un solo edificio. Ahora sólo le queda esperar, mirar y esperar; mirar la negrura y esperar que el hombre que busca encienda una luz allá abajo, en uno de los templos. El muchacho sólo necesita un fuego mínimo y durante un instante. Una chispa le marcaría un destino, y después lo único que habría de hacer sería bajar del barranco y caminar hasta ahí, hacia el fundador, y evitar el suicidio. Pero ningún fuego se manifiesta, y el muchacho no puede mantener por mucho la ilusión de oscuridad. En su mente ocurre algo idéntico al final de un eclipse. El ejercicio fracasa y trae de vuelta el esplendor del sol.

El muchacho se vuelve a recostar sobre la tierra y cierra los ojos.

Dos días y dos noches atrás, el muchacho llega al atardecer a un pueblo que no conoce. Disfruta la sensación de llegar sin nada a lugares desconocidos y marcharse de ellos sin nada. No hay muchos rincones por dónde caminar, así que recorre todos los caminos del pueblo un par de veces. Cuando pasa por tercera ocasión frente a una casa sin puertas, unos hombres sentados alrededor de un tablero con guijarros le ofrecen agua y comida. El muchacho acepta. El lugar es sencillo; tiene techo y piso de madera, y tiene apenas unos cuantos muros. El muchacho no está seguro si se encuentra todavía en el exterior o ya en el interior. Los hombres juegan con los guijarros sobre el tablero, divertidos; están sentados en círculo, en el piso. Alguien le sirve al muchacho algo de arroz en un recipiente que éste lleva consigo. En silencio, el muchacho se sienta a unos pasos del círculo de amigos, que siguen en lo suyo sin prestarle atención. El muchacho come mientras escucha la plática.

Zaw ha cometido un grave error.

Qué mal tiro el de Zaw.

Pésima decisión.

Imperdonable lo de Zaw.

Tengo la cabeza en otro lugar.

Sí, lo sabía.

¿Dónde la tiene?

Eso explica el mal tiro.

Mi mujer me ha contado algo y eso me ha afectado los nervios.

Ah, es su mujer.

Ya lo creía.

Resulta que hay noticias de la ciudad de templos.

Qué mal tiro.

No me pregunten cómo lo sabe, pero mi mujer me ha dicho que la mujer del fundador ha muerto.

¿Tenía mujer el fundador?

Zaw está distraído.

Mi mujer dice que la mujer del fundador había dejado de entender la realidad de este mundo. Que sus ojos ya estaban huecos.

No podía ser de otro modo.

Me dice que la pobre mujer, de tanto vivir en templos vacíos, se volvió uno ella misma.

Eso puede ocurrir.

La mujer de Zaw sabe muchas cosas.

Mi mujer dice que hace unos días la mujer del fundador se subió a lo alto de un templo.

A lo mejor quería mirar el valle.

¿Era bella la mujer del fundador?

La mujer no le había dicho al fundador dónde iba a estar, y al poco rato él estaba preocupado porque no la veía. Ese lugar es como un laberinto. La mujer se quedó allá arriba un buen rato.

Yo conozco muchos laberintos.

Me aflige que Zaw esté tan distraído.

La mujer sintió de repente un gran temblor.

¿Cuándo?

Yo no sentí nada.

Y la aguja de la que estaba cogida la mujer se quebró.

Es verosímil.

La mujer no gritó durante la caída. Quedó estrellada sobre la tierra. Mi mujer dice que el temblor ocurrió sólo dentro de ella.

Zaw no pudo haber realizado un tiro más equivocado.

¿Es posible caerse y no gritar?

Dice mi mujer que el fundador enterró a su mujer y pensó mucho en lo que había pasado.

Era de esperarse.

Ahora él ha decidido quitarse la vida. Le da miedo volverse un templo vacío.

Eso es lo que altera tanto a Zaw.

El fundador se va a suicidar, en dos días y dos noches, a mediodía.

La mujer de Zaw sabe muchas cosas.

Tiene sentido.

Y eso es todo, amigos. Perdonen mi condición. Me he equivocado al tirar.

Bien.

Juguemos.

Muy bien.

Sí, juguemos.

¿Alguien sabe a dónde se fue el muchacho?

Por tercera ocasión, el muchacho se sienta allá arriba, en la cima del barranco. Esta es su última oportunidad para dar con la ubicación del fundador. El mediodía está por llegar, y ahora más que antes siente la urgencia en la sangre; la idea de levantarse y echarse a correr por entre los templos contamina su mente. La respiración lo mantiene templado. No olvida que, en su situación, la inmovilidad es la manera más rápida de recorrer el valle.

Esta vez hace que los templos se derrumben en su mente. No cierra los ojos, así de aguda es su imaginación. No se trata de explosiones o colapsos violentos; los templos se desmoronan como montoncitos de arena con el viento. Un edificio se cae allá, cerca del horizonte y hacia el poniente; otro, casi a los pies del muchacho. Los derrumbes son silenciosos y ocasionan una leve nube de polvo. El ejercicio va tomando velocidad, aunque el muchacho procura no

acelerar la respiración ni abusar del instinto para elegir los edificios. Las agujas se precipitan contra el suelo, como castigo de los cielos. El proceso que realiza el muchacho es similar al retroceso de la fundación; el ejercicio es la contracción de la historia. Al final queda un solo templo en la vastedad del valle.

Un templo.

El muchacho se pone de pie. Distingue el templo elegido entre los demás; ahora es evidente que ese es el indicado. El sol sigue alzándose, aunque ya casi comienza a descender. El muchacho considera estudiar la vía por los caminos para llegar hasta el templo, pero enseguida resuelve inventar un camino propio. Baja por las espaldas del barranco, con eso que se llama prisa. La velocidad de sus pies no le permite tropezarse con nada. Tiene una sonrisa en el rostro.

Cuando por fin llega a las faldas del barranco, siente el sol en la coronilla. No se detiene. Lo asalta la idea de que existen muchas posibilidades de que se haya equivocado. Reconoce que las técnicas mentales descubren sólo la verdad propia. Pero no se detiene. También reconoce que a veces la verdad propia coincide con la verdad del mundo. Corre por la ciudad a través de los árboles y el césped, inaugurando su sendero. Por primera vez en mucho tiempo, se puede percibir acción en el panorama del valle entero.

Se acerca al único templo que se ha mantenido de pie en su mente. Por alguna razón, quiere contar las agujas del templo, pero el impulso que lleva no se lo permite. Antes de asimilarlo, se encuentra subiendo los peldaños de dos en dos, y un soplo después está en la entrada principal. En el centro de la magnífica galería, sentado de rodillas, Wilbur se dispone a darse muerte; con la espalda hacia la entrada, no advierte al muchacho; tiene los brazos estirados hacia enfrente y sobre las palmas de las manos sostiene un puñal. El muchacho se petrifica con la apariencia del espacio vacío. Todo es tan blanco que no es posible comprender la altura de los muros. Ningún ejercicio mental puede salvar al muchacho del miedo de volverse un templo vacío. Wilbur toma el puñal con ambas manos y lo alza sobre su cabeza. El

muchacho cruza la galería a zancadas y se abalanza sobre el otro, deteniendo el golpe final. Es justo mediodía en ese instante. Forcejean. El muchacho se hace del puñal y le corta la garganta a Wilbur. Lo último que ve el fundador de la ciudad de templos antes de morir es la mano del muchacho; en el dorso tiene dibujadas dos líneas paralelas.

Rusia
(1960-1962)

En la prisión de Spandau reinaba la quietud de siempre. El día era un espejo del día anterior y también del de mañana. Atardecía. Los tres prisioneros habían regresado a sus celdas y no habían de volver a salir durante el resto de la jornada. No se registraba ningún ruido ni movimiento en el pasillo de celdas, pero en la número cinco, en secreto, ocurría una fiesta. Albert Speer cumplía años.

Para ese entonces ya no pensaba en su edad. Había comenzado su condena a los cuarenta y un años, en Núremberg, y un año después fue trasladado a Spandau, con los otros seis prisioneros. Cuando se instaló en la celda en que había de pasar diecinueve años, comprendió que su edad se había congelado al cruzar la enorme puerta de Spandau. Adivinaba que los años de aprisionamiento se harían tarde o temprano unidades vagas y sin significado, y que si bien sería difícil hacer una distinción entre un año y otro, la idea de distinguirse a sí mismo a través del tiempo no era más que una utopía. Su edad había de mantenerse así, congelada en la cantidad de cuarenta y dos años, durante toda su condena.

Esa tarde, Albert Speer disfrutó un banquete digno de las mejores veladas de su pasado. Hacia el año de 1960, la monotonía y el tiempo habían relajado las medidas de seguridad de la prisión. Había que pagar, pero era posible contrabandear cualquier capricho. Rudolf, con esa absoluta procura por su antiguo jefe, había arreglado que llegara hasta la celda número cinco una cena de caviar y champán. El prisionero, que no había sentido ninguna emoción en todo el día, quiso escuchar algo de música al ver el banquete; tuvo el súbito antojo de bailar y celebrar, pero sin brindar por los años que cumplía aquel día, sino por cualquier otra cosa. Además del caviar, se deleitó con el jamón

de Westfalia y el hígado de pato con trufas, y tomó un poco de fruta como postre y café con crema.

Antes de irse a dormir, escribió una carta para Rudolf. Comenzó con la descripción de la cena y el éxtasis que le había provocado, en especial el vino. Escribió algo acerca de que los sabores le habían traído a la mente ciertos sonidos instrumentales, y por instantes había temido que los sonidos se escucharan en realidad y alguien viniera a su celda y lo reprendiera. Después se tomó algunos renglones para criticar el caviar de Beluga, que, aunque le había parecido bueno, no se comparaba con algunos que había probado en Rusia, durante la invasión alemana. Terminó la carta con la noción de la edad congelada. Albert Speer temía que al salir de Spandau, en tan sólo seis años, el tiempo se descongelaría sobre su cabeza y le caería encima con la fuerza del llanto de una nación.

Su colaboración con el Tercer Reich comenzó en 1933, cuando el nuevo ministro de propaganda, Joseph Goebbels, lo contrató para renovar las instalaciones de su dependencia en Berlín. Ese fue el primer trabajo que el arquitecto hizo para el régimen ya en el poder, aunque un año antes había participado en la renovación de la sede del Partido Nazi. Albert Speer consideró por un tiempo que estas acciones fueron el prólogo de su destino; luego dedujo que su camino lo había elegido él mismo incluso antes, el 1 de marzo de 1931, día en que solicitó la adhesión al Partido.

Después todo ocurrió con la naturalidad del éxito.

Doce años duró su colaboración con el Tercer Reich.

Fue comisionado de la presentación artística y técnica de los ralis y demostraciones.

Fue jefe de la oficina de construcción del Partido.

Fue inspector general de construcción de la capital del Reich.

Durante la guerra, puso su organismo a disposición de la milicia y se hizo cargo de las obras de los ejércitos de Tierra y Aire.

Y no fue sino hasta 1942 que lo nombraron ministro de gobierno.

Durante el encarcelamiento, los doce años de su colaboración no le parecían corresponder con la vastedad de acciones que habían ocurrido. Albert Speer podía jurar que cada uno de los doce años había contado como cinco. En retrospectiva, entendía el progreso de su carrera profesional como un encadenamiento lógico de eventos y casi inevitable, pero de vez en cuando creía recordar que años antes, envuelto en la cotidianidad de la vida, las cosas sucedían más lentas de lo que ahora figuraban. A veces también reconocía que en aquellos tiempos las posibilidades del mañana eran inagotables pero inciertas. De tan brillante que parecía el futuro terminaba por ser tenebroso.

En algún momento entre la medianoche y el amanecer, acaso un jueves o un viernes, no antes del mes de abril ni después de mayo, el prisionero número cinco escuchó el murmullo de una conversación. No estaba dormido. Recostado sobre la cama, miraba la oscuridad del techo y trazaba líneas imaginarias.

—Mi dinero está con el oso.

—El mío se queda con el león.

El prisionero distinguió dos voces.

—No. El oso gana, sin dudas.

—Los felinos siempre se salen con la suya.

Una voz era dulce.

—El oso es grande.

La otra era grave.

—El león es veloz.

La conversación se desenvolvía a buen ritmo, pero las voces no se apilaban una sobre la otra. Primero la dulce decía algo.

—En fin, no lo sabremos nunca.

Y un segundo después la voz grave contestaba.

—A veces los gitanos echan a pelear animales exóticos.

Albert Speer asumió que se trataba de un par de guardias que habían perdido el sueño y se habían plantado al otro lado de la puerta de su celda. Hablaban en francés y en tono bajo.

—¿Sabes a quién me gustaría ver en acción, Henri? —dijo la voz dulce.

—No empieces, Paul.

—Daría mi vida por verlos pelear de nuevo, en serio. ¿Puedes adivinar?

—A los marines norteamericanos de la batalla de Belleau Wood —dijo la voz grave.

—A los marines norteamericanos de la batalla de Belleau Wood.

El prisionero se interesó de pronto más en la conversación que en el trazo de líneas imaginarias.

—La segunda y la tercera división de la infantería norteamericana no tenían soldados, Henri.

—Tenían demonios.

—Tenían demonios. Pelearon con valor y voracidad, y sólo llevaban bayonetas, pero no necesitaban más. Era como si su cuerpo les fuera suficiente.

—Como si sus brazos fueran bazucas —interrumpió la voz grave.

—Como si sus brazos fueran bazucas. Y cuando atacaron el bosque, nunca vi algo más bello. Por dios que tenían coraje los marines. Primero atravesaron un campo de trigo bajo el fuego alemán, y luego pelearon entre los árboles. Era increíble. Un marine contaba como cinco alemanes.

—Los marines eran como caballos de ajedrez.

—Los marines eran como caballos de ajedrez.

—Los alemanes eran peones.

—Los alemanes eran peones.

Albert Speer comenzó a sentir una quemazón en el pecho.

—En fin, me encantaría volver a verlos en acción, Henri.

La quemazón se esparció sobre su pecho y alcanzó la boca del estómago. También sintió que la garganta se le cerraba.

—Los marines son excelentes tropas, Henri. Ahora que lo pienso, los marines son como osos. Son invencibles, te lo digo.

—Me gustaría ver a los marines con mis ojos, Paul.

—Habría que hacerlos pelear con un rival de su tamaño, Henri.

—Con leones.

Cuando la quemazón terminó de cubrir el tórax del prisionero, el ardor se hizo más intenso.

—Lo tengo, Paul —dijo la voz grave—. Los marines deben pelear con el batallón paracaidista número 500 de las Waffen SS.

Se escucharon un par de aplausos.

—Perfecto, Henri. Mi dinero está con los osos.

—Yo le apuesto a los leones.

Con una fogata en el pecho, Albert Speer imaginó que los soldados entonces estrechaban las manos.

—Carajo, Henri. ¿Acaso no somos unos sádicos?

—Puede ser, Paul.

—Meter al cuadrilátero animales tan dispares. Tan bellos.

—Somos gitanos.

La quemazón terminó por volverse reconfortante, como la de la cera derretida sobre la piel.

La organización fue siempre para él un modo de salvarse.

Ante la duda, la organización. Ante la carga de trabajo, la organización. En la casa y la oficina, la organización. Cuando las musas no acariciaban sus dibujos, cuando el aburrimiento lo asaltaba y cuando los compromisos no lo dejaban respirar, la organización.

Una serie de corredores idénticos ocupaban su mente, y en ellos se alzaban limpias estanterías que organizaban todos los asuntos de su vida. Los sueños y los pendientes, los sentimientos y los negocios, los recuerdos y los gustos y los secretos, todo estaba organizado ahí, por áreas, por cronología y por alfabeto. La colindancia de asuntos disímiles, como los de la moral y los de la ambición, no le suponía ningún problema.

La prisión de Spandau no fue excepción. Desde los primeros días, él supo que la única manera de sobrellevar el confinamiento sería la organización. Nunca dejaba de hacer planes, de inventarse tareas y de

diseñar calendarios ajetreados. En otras épocas de su vida, el reto había sido incorporar una gran cantidad de ocupaciones en un corto lapso; esa había sido su realidad cuando se las arreglaba para presentarse en cinco obras en construcción, un par de citas con políticos, un almuerzo con un amigo y una gala por la noche, todo en menos de veinticuatro horas. Ahora su problema era el opuesto. Tenía demasiado tiempo y tan pocas cosas que hacer. El jardín y la caminata eran las tareas en que más tiempo invertía. También la lectura y la escritura significaban buena parte de su rutina. Luego estaban los deberes, como la lavandería y la limpieza de la celda y los pasillos, y otros espontáneos, como el pintar las paredes, que a veces se les ocurrían a las administraciones. Si las enlistaba, las posibilidades de mantenerse ocupado no parecían pocas, pero la lentitud del tiempo de Spandau hacía que una semana ocurriera con el ritmo de las décadas.

La organización se volvió en su vida el único modo de salvarse. Adoptó la obsesión de sistematizar todas sus operaciones. Comenzó por programar las horas de despertar y de dormir, del ejercicio físico y del intelectual, y de la escritura de sus memorias, su correspondencia y su correspondencia clandestina. Luego la especificidad aumentó. Programó el orden en que saludaba a sus compañeros y a los guardias, las pausas para mirar al cielo, los ejercicios de respiración, las idas al baño, los vasos de agua, los periodos para estar de pie, recostarse y sentarse, las reflexiones sobre el pasado y los estiramientos del cuerpo.

El verdadero reto durante su estancia en Spandau fue la organización de la nada.

El 2 de octubre de 1960, al atardecer, Albert Speer llegó al puerto de Vladivostok. Lo que encontró no cumplió sus expectativas. Según las guías de viaje y los libros que había conseguido, Vladivostok era el puerto ruso de mayor importancia en el Pacífico. Pero el día de su llegada, no había movimiento alguno, ni siquiera un periódico viejo arrastrado por el viento. Albert Speer había leído que Vladivostok era el San Francisco de Rusia, por lo que había imaginado calles largas y

puentes portentosos. No tardó en estimar que la ciudad no era más que un pueblo de pescadores.

Decidió no desperdiciar más tiempo en las calles. Semanas atrás, en el camino, había señalado en mapa la ubicación de los principales faros del puerto, y desde entonces no dejaba de pensar en aquel tipo de construcciones. Tenía la ubicación de cinco, pero decidió visitar sólo los dos principales, que eran también los más lejanos del centro de la ciudad. Atardecía cuando se echó a andar por la orilla del mar de Vladivostok.

El primer faro se llamaba Tokarevsky. La torre medía doce metros de altura; era blanca, a excepción de la punta, que estaba pintada de rojo. El faro se hallaba apenas unos metros sobre el nivel del mar, al final de un banco de arena largo y estrecho. El arquitecto se afligió con la angostura del último tramo del trayecto. Al sitio lo rodeaba una transparencia inquietante. Los bordes de las nubes del cielo eran tan precisos como los de los cerros de Vladivostok. Una cerca oxidada rodeaba el faro. La luz del sol aún no permitía que la del faro resaltara. Albert Speer se conformó con darle una vuelta y otra a la construcción para estudiar su diseño. Entonces le sucedió algo sin precedentes. Por más que observó la torre, no pudo detectar ningún rastro de estilo o escuela. El faro era un faro y nada más, una mera abstracción del concepto, un edificio insípido. Nada en el diseño le recordaba a nada que hubiera visto antes, pero tampoco le transmitía novedad. Antes de marcharse, por un breve lapso, tuvo el deseo de ser como ese faro.

El camino al segundo faro fue de más de dos horas. Cuando el arquitecto llegó a la torre, al atardecer le quedaban apenas unos minutos de vida. El faro se llamaba Basargina. Era idéntico al anterior en tamaño y diseño, y era blanco en totalidad, incluso la punta. Ninguna cerca rodeaba la torre; Albert Speer lo interpretó como un llamado. Antes de entrar, observó la construcción por un tiempo. Algo había cambiado. Seguía sin poder descifrar la estética vacía del faro, pero ahora la luz de la lámpara era visible. El haz giraba en sentido de las manecillas del reloj y el arquitecto en sentido contrario. La luz tenía

un efecto directo sobre el diseño del edificio. Comenzaba a oscurecer. Mientras siguió caminando alrededor del faro, Albert Speer se permitió toda clase de distracciones. Por unos instantes, se entretuvo con el planteamiento de si la transparencia de las cosas deja de existir en la oscuridad; imaginó un cristal y un río en completa oscuridad, y se atrevió a formular un par de respuestas. A continuación arrojó hacia el abismo de su mente la posibilidad de que las estrellas que parpadean en la noche sean sólo luces giratorias. Al fin, entró al faro y subió por una escalera de caracol. El ejercicio le ayudó a vaciar su mente. Desde el mirador contempló la anchura del mar de Vladivostok. Lento como el atardecer, concluyó que el segundo faro le había parecido más bello que el primero. La presencia de luz hacía toda la diferencia; no importaba el sinsabor del diseño, en la luz estaba el carácter completo de la arquitectura. Albert Speer deseó ser como esa luz.

En marzo de 1961, el reloj figurado del prisionero marcaba las 17:40. A medianoche lo liberarían, o sea, en cinco años y algunos meses. Albert Speer arrastraba desde varias semanas atrás la percepción de que el tiempo avanzaba con más lentitud que nunca. Creía hallarse en ese momento muerto del atardecer en el que el sol flota náufrago y la existencia se vuelve inmóvil.

Spandau le había enseñado ya que los cambios de humor durante el encarcelamiento ocurrían por etapas. Las rejas lo prolongaban todo. Un suspiro de tristeza podía durar un verano, una leve alegría, un par de semanas, y unos nervios insomnes, un ciclo lunar. Era conveniente pensar a largo plazo. Cuando entraba en una etapa baja, el prisionero se convencía de que en unos meses se sentiría mejor con la naturalidad con que se dice que mañana será otro día. Las rachas de optimismo a veces duraban medio año, pero no las disfrutaba nunca a plenitud, pues había que prepararse para los meses de resaca sucesivos.

La lentitud de marzo de 1961 rebasó la tolerancia de Albert Speer, y a mediados del mes lo conquistó la creencia de que no había de soportar las seis horas que faltaban para la medianoche; antes su

espíritu se quebraría. No abandonó las tareas de rutina, pero las hacía de manera mecánica. Perdió el apetito, se mantuvo en silencio por días y durmió más que de costumbre. La mala racha le trajo al menos el beneficio de una prosa sencilla, casi elemental.

Margarete lo visitó antes de que el mes terminara. La convivencia fue incómoda y fría. Al inicio intercambiaron frases sin novedad, luego palabras sin significado y por último monosílabos sin afecto. Albert Speer experimentó súbitos arranques de molestia. La sola presencia de su mujer lo irritaba; sus movimientos y aspecto, todo en ella le pareció insufrible. Ni siquiera su silencio era el indicado. Comparó el semblante de Margarete y sus ojos ausentes con el de un niño que visita una tumba de un ancestro al que no conoció. La súbita molestia era lo primero que sentía en semanas. Margarete fumaba y, si nadie hablaba, se podía escuchar el cigarrillo quemarse. En esa media hora interminable, al prisionero se le vino a la cabeza el diseño de un reloj de arena de tres niveles; antes de que la arena cayera al contenedor inferior, tenía que pasar por un contenedor intermedio. Albert Speer necesitaba que el cigarrillo se consumiera, que Margarete se marchara, que pasara ya esa mala racha anímica, que se cumplieran las veinticuatro horas de ese día de encarcelamiento y que por fin lo dejaran salir en libertad. Pero aquel marzo era eterno. La arena del tiempo caía a un contenedor y luego a otro.

Albert Speer clasificaba su obra arquitectónica en dos categorías igual de funestas: lo derrumbado y lo no construido.

La guerra había arrasado con todo lo que había edificado. Lo único que le quedaba era el consuelo de los planos. A veces tenía la sensación de que nada se había construido en realidad. Sus edificios habían sido borrados de la faz del planeta, y los diseños, sin duda, no habían de volverse a materializar jamás. Los planos eran la única prueba de que los edificios derrumbados no habían sido sólo un sueño.

También existían los planos de aquello que no se había construido,

y acaso eran más numerosos estos proyectos que los derrumbados. La guerra imposibilitó el alzamiento de varias obras y suspendió el de tantas más. Para el arquitecto, los proyectos irrealizados de todas las épocas encarnaban las más altas aspiraciones del hombre; pensaba que si lo no construido se había quedado sólo en papel, era con frecuencia debido a que la ambición del hombre rebasaba las posibilidades constructivas de su tiempo. Así, creía, varios de sus diseños representaban las más altas aspiraciones del Tercer Reich; en su caso, la razón por la que los planos no se habían realizado no había sido ninguna insuficiencia constructiva, sino la derrota militar.

Un proyecto se escapaba de estas funestas categorías: la catedral de la luz. El diseño había sido ideado para el rali del Partido de 1934, en Núremberg. El proyecto consistía en ciento cincuenta reflectores antiaéreos que rodeaban a la audiencia multitudinaria; las columnas de luz se alzaban más de cuatro kilómetros en el cielo de la noche, produciendo un efecto de sólida levedad. El nombre del proyecto se derivó de un comentario del embajador británico en Alemania, que describió su experiencia en el rali como estar en el interior de una catedral de hielo. Nadie había derrumbado la catedral de la luz porque era intangible, pero que había sido construida era indiscutible. El proyecto se consagró como uno de los precursores de la arquitectura de la noche, tendencia del siglo xx. De todas las obras de Albert Speer, la efímera catedral de la luz fue la más trascendental.

Un domingo, el prisionero número cinco se despertó con la noticia de que un muro dividía Berlín en dos. La ciudad se había ido a dormir el sábado sin novedad y horas después amaneció con un muro de cuarenta y cinco kilómetros de largo. La noticia sonaba más como una hechicería que como una medida política. Berlín dejó de ser una ciudad en singular.

El prisionero cinco se mantuvo escéptico hasta que varios guardias le aseguraron que el muro existía, que lo habían visto ellos mismos y que provocaba escalofríos. El prisionero entonces pensó en los planes

urbanísticos que había tenido para Berlín años atrás; si antes habían quedado inconclusos, ahora simplemente se habían desvanecido. Tuvo que conformarse con el consuelo de que Spandau se hallaba en el lado occidental de Berlín.

Los otros dos prisioneros y los guardias pasaron el día discutiendo el significado del muro y sus consecuencias; también hablaron del milagro constructivo de los rusos y su secrecía. El número cinco se pasó el día, por el contrario, en silencio, trabajando en el jardín; examinaba si una cárcel se volvía más hermética si fuera de sus vallas construían otras.

El 1 de septiembre de 1961, un ángel visitó al prisionero número cinco. Era un ángel pálido, más bien delgado y frágil, discreto, silencioso y joven. Pero era un ángel, o eso le pareció al prisionero, porque llevaba un vestido de bodas y la media sonrisa que se empeñaba en mostrar resplandecía más que una entera. Era Hilde, la mayor de sus hijas. Tenía veinticinco años. Se había casado el mes anterior. Después de varios intentos, el prisionero al fin había conseguido el permiso de visita, tanto para ella como para su marido, que había estado ahí un día antes.

—¿Y bien? ¿Qué piensas de él? —dijo Hilde apenas entró al cuarto de visitas.

Albert Speer la miró avanzar hacia él y no pudo pronunciar palabra; en su mente, los tres oficiales de rigor tomaron de pronto el papel de invitados y el guardia francés a sus espaldas, de ministro de bodas.

—Vamos, dime. Ya lo conocías, podría decirse, por sus cartas. Pero ¿cómo ha estado Ulf? —dijo Hilde cuando tomó asiento frente a su padre.

El vestido era blanco y sencillo, y parecía que no se ajustaba bien al cuerpo de Hilde, o viceversa. El prisionero se afligió por un instante con el pensamiento de que el vestido había sido diseñado para otra persona.

—Tan mal les ha ido, ¿eh?

—No. Perdón. Me congelé un instante.

—Lindo vestido, ¿verdad? —Hilde se puso de pie y dio un giro completo—. Mamá escuchó sobre una modista y la buscamos. Hizo un trabajo fenomenal, ¿no lo crees?

Los tres oficiales levantaron la mirada y juzgaron el vestido. Albert Speer supuso que el guardia a sus espaldas había hecho lo mismo.

—Te ves hermosa, Hilde.

—Me sentí un poco extraña al registrarme allá fuera, ¿sabes? —Se volvió a sentar—. Los guardias y la seriedad y todo eso, y yo vestida así. Pero quería que me vieras con el vestido, quería que me vieras con tus ojos.

—Espero que haya valido la pena.

—Claro que lo ha valido. Míranos. Seguramente soy la única novia que ha pisado este lugar. Y además, me has dado una excusa para vestirme así de nuevo. No muchas novias tienen la oportunidad de usar su vestido dos veces.

—Tienes razón.

—Pagué una pequeña fortuna por el vestido y ahora lo he vuelto a usar. Ulf trató de convencerme de que no lo hiciera, de que sería inapropiado presentarme así, pero me alegra que no lo escuché.

—Ulf es un buen hombre.

—Sí, me siento bien de haber venido con el vestido. Quería que me vieras.

—Él es como lo describías en tus cartas.

—Con tus propios ojos.

—Hemos tenido un buen primer encuentro, Ulf y yo.

—Y aquí me tienes, la novia de Spandau.

—Es un buen hombre.

Hilde y el prisionero hablaron por media hora, sin pausas. Albert Speer había arreglado el envío de treinta rosas para el día de la boda. Creía con sinceridad que a Hilde le iría bien con su matrimonio, como con cualquier otra cosa que se propusiera en la vida. Desde que se

enteró de la boda, el prisionero lamentó no asistir y no decir unas palabras y no embriagarse, corrompido por la nostalgia. El día de la boda, sin embargo, se olvidó por completo del asunto. No pensó en su hija ni en su familia ni en la fiesta ni en nada. Pasó el día trabajando en el jardín y caminando; la lectura de un libro acerca de los copos de nieve y su clasificación lo mantuvo maravillado durante esa semana.

—Me voy —dijo Hilde cuando los tres oficiales comenzaron a susurrar.

—Dale a Ulf un abrazo de mi parte. Y a todos. Dales un abrazo a todos de mi parte.

—Podría aprovechar la oportunidad e ir ahora al cine o a un lugar por el estilo, sólo para despistar a todos.

—Felicidades, Hilde.

—Me voy, me tengo que ir.

Albert Speer vio a la novia salir del cuarto de visitas y la imaginó cruzar un pasillo y luego otro. Camino a la celda, escoltado por el guardia francés, se dijo a sí mismo que de ningún modo era posible que el vestido hubiera sido diseñado para ella; creyó más plausible que fuera de segunda mano. Su hija le mentía.

Desde el principio se refirió al proyecto como *Historia de la ventana*. Quería hacer una investigación sobre el estilo y la forma de las ventanas a través de diferentes épocas y civilizaciones. El proyecto había de ayudarlo con la lentitud de los días. La exploración arquitectónica comenzaría por coleccionar toda la información posible. Ahora, cada vez que el prisionero hojeaba en la celda un libro de arquitectura, escribía notas. La proporción de las ventanas con respecto a la superficie de los muros era algo que le interesaba en particular. Tenía curiosidad por saber con precisión la cantidad de luz que el hombre había decido dejar entrar a las edificaciones a lo largo del tiempo.

El 7 de febrero de 1942, Speer aterrizó en la Guarida del Lobo, en

Rastenburg, entonces Prusia Oriental. Había pasado una semana en la ciudad ucraniana de Dnipropetrovsk, donde su equipo de técnicos, la Plana Mayor de Construcciones Speer, se disponía a reparar las instalaciones ferroviarias al sur de Rusia. Era su primera visita a la Guarida del Lobo, uno de los principales cuarteles del ejército alemán. Se hallaba ahí por casualidad, pues su intención era regresar a Berlín. En Ucrania la nieve había imposibilitado el paso de trenes, así que aprovechó la fortuna de que un avión alemán se dirigía a Rastenburg y avanzó mitad del camino.

En el cuartel se encontró con Fritz Todt, su amigo y jefe, entonces ministro de armamento, y tomaron una copa de vino. El mítico constructor de carreteras se veía derrotado en ánimo; minutos antes había tenido una reunión con el *Führer* y habían discutido con brusquedad. Speer y Todt se sentaron sin decir mucho y se dejaron distraer con el ruido de coches y tanques del cuartel. El ministro de armamento le hizo saber a Speer que al otro día, a primera hora, volaría a Berlín y que podía venir con él si le acomodaba. Speer aceptó y, vencido, Todt se marchó a dormir.

A la una de la madrugada, el *Führer* solicitó ver a Speer. Platicaron con cierta informalidad sobre los proyectos arquitectónicos de Berlín y Núremberg y luego sobre las impresiones de Speer durante su estancia en Ucrania. Dos horas más tarde se despidieron. Speer se fue a la cama decidido a perder el avión de Todt, pues necesitaba más horas de sueño.

Una llamada lo despertó a la mañana siguiente. El avión de Fritz Todt se había caído. Speer no pudo salir del estado de sorpresa ni siquiera con un baño. En el cuartel, a la hora del desayuno, la noticia eclipsó los temas ordinarios de la guerra. Algunos se lamentaban y elogiaban al fallecido, otros se ocupaban en elaborar teorías de conspiración. Speer no dejó de pensar en el semblante abatido de su jefe del día anterior.

A la una de la tarde de ese 8 de febrero de 1942, el *Führer* llamó a Speer a su despacho. Esta vez su encuentro tuvo un aire de seriedad y

ceremonia. Luego de intercambiar pesares, el *Führer* nombró a Speer sucesor inmediato de Todt. No fue una propuesta o una consulta; fue una orden directa y firme. Speer aún no salía del estado de sorpresa primero, cuando este segundo suceso lo golpeó.

Su nombramiento como ministro del Tercer Reich inauguró el periodo más vertiginoso de su vida. Ni siquiera con la vejez había de terminar de entender a profundidad los tres años de guerra próximos y su participación personal. Durante el encarcelamiento, Speer recordaría ese día de triunfo profesional como el sello definitivo de la fatalidad de su vida.

Las voces no se apilaban una sobre la otra.

—Me pregunto a quién le hubiera apostado Charles, al oso o al león.

—A los marines norteamericanos o a los paracaidistas alemanes.

Hablaban en francés y en tono bajo, al otro lado de la puerta de la celda número cinco.

—Charles era un buen tipo.

—Buen tipo, sí.

La conversación sucedió entre la medianoche y el amanecer, acaso un jueves o un viernes, no antes del mes de abril ni después de mayo.

—Pero Charles siempre apoyaba a los desvalidos.

—En el futbol le aplaudía al equipo perdedor.

Albert Speer escuchaba la conversación recostado sobre la cama.

—Ni osos ni leones. Charles le hubiera apostado a un maldito venado.

—A una pandilla de niños armados con piedras y cuchillos.

Una voz era dulce.

—Charles te estimaba mucho, Henri.

La otra era grave.

—Era un buen tipo, Paul.

Albert Speer había dejado de trazar líneas imaginarias en la oscuridad; ahora intentaba darles apariencia a las voces.

—Cuando vi su cuerpo, alguien ya le había quitado el abrigo. Ahora cada vez que pienso en él, me da frío. Comenzaba a oscurecer y su cuerpo estaba entre la nieve. Alguien le había quitado el abrigo. El abrigo, Henri.

—Venga, no hablemos de eso. Es muy tarde, Paul.

A una voz le dio un cuerpo rechoncho y bajo; a la otra, uno delgado y largo.

—Todavía nos disparaban y sólo tomé su placa. No se me ocurrió despedirme o dejarle mi abrigo. No me dio tiempo de pensar. Todavía nos disparaban, Henri. Pero después me arrepentí. Le hubiera dejado mi abrigo.

—Es muy tarde, Paul.

—Y me hubiera gustado tomar algo suyo, cualquier cosa.

—No hablemos de eso.

A una voz le dio ojos azules; a la otra, cafés.

—¿Sabes qué me gustaría haberme quedado, Henri?

—No menciones su encendedor, por favor.

—Su encendedor.

—Por favor.

—Charles era su encendedor.

A las dos voces les dio nariz puntiaguda.

—Cuando todavía no oscurecía y estábamos tumbados sobre la nieve, Charles sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció uno.

—Charles siempre ofrecía cigarrillos.

—Charles siempre ofrecía cigarrillos. Pero no se lo acepté. Cogió su encendedor y lo miró antes de abrirlo.

—A veces Charles sólo miraba las cosas.

—A veces Charles sólo miraba las cosas. Luego encendió el cigarrillo y la flama le iluminó la mirada. Nos quedamos ahí tirados, sin movernos y sin escuchar nada.

—No hablemos de eso, Paul.

—Esa tarde le dispararon. Hacía frío y comenzaba a oscurecer, y le dispararon en el pecho. Cuando vi su cuerpo, alguien ya le había

quitado el abrigo. No pude tomar nada más que su placa.

—Todavía nos disparaban.

—Todavía nos disparaban. Lo dejé sobre la nieve y sin abrigo. Se quedó con los ojos abiertos y el pecho lleno de sangre.

—Charles a veces sólo miraba las cosas.

—Charles a veces sólo miraba las cosas.

—Me hubiera gustado tomar su encendedor.

—Me hubiera gustado tomar su encendedor. Charles era su encendedor. Siempre ofrecía cigarrillos.

—Y luego te acercaba su encendedor.

—Y luego te acercaba su encendedor.

Albert Speer asumió que se trataba de un par de guardias que habían perdido el sueño.

—Charles era su encendedor.

—Es muy tarde, Paul.

—Él te estimaba mucho, Henri.

—Era un buen tipo.

Primero la voz dulce decía algo y un segundo después la grave contestaba.

Tras marcharse de Vladivostok, se había encaminado hacia Ojotsk, a más de dos mil kilómetros al norte. Después de un año, con cuatrocientos kilómetros aún por recorrer, entendió que el viaje se había convertido en una misión desquiciada. Avanzaba en promedio tres kilómetros diarios debido a la brutalidad de la taiga rusa; las temperaturas bajas, el espeso herbaje, la nieve interminable, todo en su rutina intentaba frenarlo. Su organismo también se manifestó en contra de la hazaña. Con frecuencia se le inflamaban las amígdalas y sufría episodios de temblor incontrolable. La travesía le trajo de vuelta una vieja lesión en la rodilla, y tenía que detenerse cada tanto a descansar; a veces la única manera de medir el tiempo era la frecuencia con que se le rendía la rodilla. (La variabilidad del sol a través de las estaciones del año enrarecía su percepción del tiempo).

La distancia entre Vladivostok y Ojotsk correspondía a un viaje ida y vuelta de Berlín a Roma, pero lo que torturaba a Albert Speer no era la extensión, sino el vacío. Las señales de civilización eran inexistentes, y si por milagro advertía alguna choza podía estar seguro de que no había nadie en el interior, que nadie lo había estado desde hacía un buen tiempo y que nadie lo estaría en los próximos años. Detrás de toda montaña había otra idéntica, y los ríos conducían a otros igual de transparentes y fríos. La taiga rusa lo hizo desconocer la razón por la que ciertas religiones habían ingeniado el infierno como un lugar en llamas.

Al inicio, la marcha lo había forzado a deshacerse de todo objeto no indispensable; ahora, la crudeza del camino lo forzaba a deshacerse de todo objeto mental no indispensable. Simplificó su lenguaje porque un puñado de palabras describían su alrededor, se olvidó de su formación académica y religiosa y abandonó el arrepentimiento. A cada paso desmoronaba su identidad y en el proceso hallaba un misterioso placer de decadencia y de ligereza. Se vaciaba sin piedad y no paraba de caminar; dejaba atrás las migajas de su ser, con la esperanza de que pronto se perdieran entre la nieve.

La producción de armamento en Alemania se triplicó entre febrero de 1942 y julio de 1944. Desde el primer año, la hazaña comenzó a considerarse un milagro, y no había otra persona a quién darle el crédito sino a Albert Speer, el ministro. Desde su nombramiento, impuso ciertas medidas organizativas que habían de sacudir la industria armamentista. Una de las más controversiales fue la de favorecer que los directivos de su ministerio no superaran los cincuenta y cinco años de edad y los suplentes, los cuarenta; él mismo era un modelo de esta fórmula, pues al momento de su nombramiento se volvió el ministro más joven del Tercer Reich. La tarea que asumió fue la de mejorar el motor de la producción. Su esquema dispuso que las fábricas se concentraran en un solo producto, que no se desperdiciaran esfuerzos

en el acabado de las armas, como el pulido y el barnizado, y que los industriales compartieran conocimiento técnico, a pesar de que en tiempos de paz fueran competencia directa.

Una buena y constante cualidad de Albert Speer como ministro fue la de rodearse de expertos. El gabinete del Tercer Reich, en cambio, era una exhibición de la manía de comisionar personas sin la preparación adecuada para el trabajo; el nombramiento de Albert Speer había sido un claro ejemplo de esta lógica, pues el arquitecto no tenía ningún tipo de experiencia en la industria de armamento. Sin embargo, cuando estuvo a cargo del ministerio, supo enmendar esa manía del régimen nacionalsocialista; tuvo gran habilidad para escoger especialistas y delegar tareas. Demostró que la arquitectura puede organizarlo todo, incluso lo que está destinado para derribar ciudades.

Durante el encarcelamiento de su antiguo jefe, Rudolf se volvió parte de la familia Speer. Además de la administración del fondo económico que había abierto, se mantenía al tanto de las necesidades de Margarete y los seis hijos, incluso de las emocionales. Rudolf asumió el papel de figura paterna durante los veinte años de ausencia de Albert Speer, a expensas del descuido de su propia familia. También se aseguraba de que la transcripción de los escritos de su amigo marchara bien; aunque con frecuencia estaba en desacuerdo con el tono en que Albert Speer se expresaba del Tercer Reich, procuraba omitir sus opiniones en la correspondencia.

Quizá la función que más le agradeció la familia Speer fue la de intermediario. Ni el confinamiento ni el tiempo hicieron que Albert Speer disminuyera su afán por afirmarse como el jefe de la familia; se involucraba en la vida de su mujer y sus hijos, y se pronunciaba en cuanto a cada acontecer como si la prisión no significara vivir en otra realidad. Su temperamento hacia con los suyos siguió siendo el de un ministro del Tercer Reich, firme e implacable. Rudolf sabía tratar con él; conocía mejor que nadie, incluso que Margarete, su mecanismo emocional. Rudolf se valía de todos los recursos de la persuasión; sus

cartas se columpiaban entre la nostalgia del ayer y el optimismo de una pronta liberación, entre halagos por los avances de los escritos del prisionero y sus proyectos personales, entre consuelos y bromas. Rudolf se prestó a jugar todos los juegos que su antiguo jefe quiso, incluyendo el de la caminata alrededor del mundo. Cuando Albert Speer parecía no ceder en alguna cuestión, Rudolf acudía al recurso de los regalos y de los placeres del paladar.

El 10 de agosto de 1946, Albert Speer le escribió a Rudolf una carta que más bien era un testamento. Faltaban veinte días para el veredicto de los juicios de Núremberg. Como la probabilidad de que le dictaran pena de muerte era alta, resolvió dejar algunas instrucciones. Desde la prisión en Núremberg, Albert Speer pidió que recolectaran información sobre su vida y obra y la compilaran en un manuscrito, pues quizá en el futuro a alguien le sería relevante. Visualizaba el contenido dividido en cuatro partes: su obra arquitectónica, su trabajo como ministro del Tercer Reich, su vida privada y, por último, unas cuantas cuartillas de memorias en las que estaba trabajando. Nadie más indicado para el trabajo que Rudolf, que había sido su cronista oficial desde que era inspector general de construcción de Berlín; Rudolf había llevado una bitácora con todas las actividades y proyectos de su amigo y su oficina. Si había de volverse una costumbre política del nacionalsocialismo el nombrar un heredero, Albert Speer, sin duda alguna, haría de Rudolf el suyo.

Rudolf no persiguió nunca los favores de Margarete ni quiso relegar a su amigo al olvido. Si durante veinte años hizo del bienestar de la familia Speer el máximo propósito de su vida, fue sólo por un amor necio hacia su amigo. Lo admiraba desde siempre, tanto a nivel artístico como personal, y creía, desde luego, que la circunstancia en que se hallaba el prisionero nada tenía que ver con la justicia. Estaba convencido de que el genio de Albert Speer pasaría a la historia en letras mayúsculas, y él sólo pretendía facilitar que ello ocurriera. Al cabo de su vida, Rudolf no obtuvo nada a cambio, ni siquiera el agradecimiento de su amigo. Heredó algo similar a una nación

devastada.

Los cuatro periódicos que llegaban a la prisión de Spandau compartieron el mismo encabezado el martes 23 de octubre de 1962: «Crisis de misiles en Cuba». El día anterior, en Washington, el presidente Kennedy había advertido a la nación y al mundo acerca de los misiles nucleares soviéticos y había anunciado la cuarentena naval sobre la mayor de las Antillas.

Tanto el prisionero número cinco como el uno estaban a cuatro años de su liberación; el prisionero número siete, en cambio, había de morir ahí dentro. Desde hacía semanas escuchaban murmullos de la tensa situación política, en especial en Berlín. Los murmullos en inglés decían que los rusos se estaban preparando para invadir Alemania Occidental, que tenían submarinos incógnitos alrededor del mundo y que veían la administración de Kennedy como la de un grupo de universitarios sin agallas. Los murmullos en ruso decían que los norteamericanos estaban buscando una mínima provocación para soltar sus misiles desde Italia y Turquía y que, pasara lo que pasara, no podían permitir que Castro siguiera en el poder. Los murmullos en francés decían que la humanidad no había de ver el próximo milenio. Nadie murmullaba en alemán, idioma oficial del olvido.

La prisión de Spandau era un espacio en que Occidente y Oriente tenían que colaborar, sí o sí. Los soldados de una nación tenían que entregarle la guardia a los de otra mes con mes, y para resolver cualquier asunto era necesario que los directores de los cuatro poderes se vieran la cara y hablaran. La competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética había hecho a un lado la memoria de la guerra; el Tercer Reich ahora parecía lejano y casi nadie lo mencionaba, a pesar de que aún no se cumplían dos décadas desde su caída. Aun así, la prisión de Spandau era una cuestión de orgullo entre las naciones vencedoras, en especial para las dos que ahora se disputaban el poder global. El control sobre el destino de los prisioneros, que apenas eran más que viejos caballos de guerra, era para los gobiernos de Occidente

y Oriente una manera de reiterar su poder. La tensión que gobernaba los kilómetros que separaban Cuba y Florida era idéntica a la que gobernaba Spandau.

Los prisioneros número cinco y uno creían inminente, como buena parte del mundo, la invasión rusa en Berlín Occidental. Estaban convencidos de que los rusos utilizarían aquello de los misiles en Cuba, o bien como una pieza de negociación para hacerse de la otra mitad de Berlín, o bien como una distracción para invadirla. Los prisioneros consideraban que su peor escenario sería caer en las manos de los rusos, quienes de seguro harían de ellos un ejemplo más de la implacable resolución soviética.

La semana posterior al 23 de octubre, las actividades de rutina se suspendieron dentro de Spandau. Los soldados estaban tan ensimismados con la amenaza de guerra, que descuidaron por completo a los tres prisioneros; a quienes había que observar era a los soldados rivales. Los prisioneros experimentaron la confusa sensación de total libertad tras las rejas. Durante siete días decidieron sus horarios de comida y sueño, y pudieron darse el lujo de pasar el día entero en el jardín o en la cama. Aunque al principio fue refrescante, el contrasentido de la situación los terminó por paralizar al cabo de unos días. Muy distinto a la normalidad, en que podían pasar semanas sin dirigirse la palabra, convivieron muchas horas en tal periodo inédito, unidos para aliviar su orfandad. El menor de los prisioneros, el cinco, tenía cincuenta y siete años; el mayor, el siete, sesenta y ocho. Durante los siete días de incertidumbre, el trío no hizo más que esperar los disparos lejanos, la marcha de numerosas tropas, los gritos desesperados, las granadas cada vez más cercanas y, por fin, el enfrentamiento sin cuartel en el patio de Spandau. Pero nada se escuchaba, salvo la ansiedad. Buena parte de la pena de los prisioneros se debía a la incertidumbre de su destino, pero lo que más los afligía era el hecho de que la historia de la humanidad estaba ocurriendo allá afuera y ellos, que tiempo atrás se habían implicado tanto en su curso, no formaban parte de ella.

El día 28 de ese octubre, Estados Unidos y la Unión Soviética llegaron a un acuerdo, que había de mantener el delicado equilibrio de paz. En Spandau las jornadas recuperaron su ritmo y todo volvió a la normalidad.

Para su proyecto trabajó en un archivo con todas las distintas formas de ventana que pudo encontrar, investigó el costo de un metro cuadrado de luz a través del tiempo, estudió la relación entre clima y presencia de ventanas en los edificios más relevantes del mundo y, lo que más le emocionaba, intentó comprobar la hipótesis de que el deseo de luz en la arquitectura describe el espíritu de cada época.

Su Historia de la ventana le confirmó el desprecio que profesaba hacia el modernismo, que se había vuelto ya la estética más admirada de la época. Aborreció los primeros rascacielos con fachadas por completo de cristal. En cuestiones de iluminación, no veía ningún milagro; siglos atrás, varios arquitectos habían conseguido más altos porcentajes de área de ventanas con respecto al área que iluminaban. No necesitó que pasaran demasiados años para entender que su legado como arquitecto sería arropado antes en los libros de historia que en los de diseño. Él, que había seguido las maneras clásicas de la arquitectura, hallaba en el éxito del modernismo la tumba de su propia obra.

A pesar de que tanto en las memorias como en el diario se permitía varias reflexiones arquitectónicas, la naturaleza de estos libros no era la adecuada para exponer sus ideas a fondo. Siempre quería más. Deseaba escribir sobre aquello que su artista interior había callado durante las pasadas décadas debido a su yo político. Acaso la Historia de la ventana había de darle una oportunidad de regreso al mundo de la arquitectura, pero lo cierto es que nunca lo terminó.

Albert Speer se hallaba en la nada. Le era difícil precisar su ubicación porque hacía mucho que no advertía ningún poblado, pero calculaba que le faltaban dos mil kilómetros para alcanzar el punto más al este de

Rusia (acaso ya había que considerarlo oeste). Atravesaba una región de volcanes y géiseres; la armonía de hielo y fuego lo convencía de que también las almas pueden contener una moral doble. Como todo movimiento a su alrededor estaba relacionado con los elementos naturales, comenzó a dotarlos de significado. Hallaba en una cascada una metáfora del vínculo entre pasado, presente y futuro y en el follaje de un abedul, una gráfica de la repartición de la riqueza.

Nunca se acercó tanto a la encarnación del infinito como a lo largo de su marcha por la naturaleza rusa; ninguna tierra, podía afirmarlo, tenía tantos horizontes. La vastedad del territorio le dio una lección de humildad; no sólo se sintió diminuto, también experimentó la angustia de que ninguna acción que realizara trascendería más que unos cuantos días a lo sumo. Por ejemplo, se encontraba con un árbol y lo sacudía hasta hacer caer la nieve acumulada en lo alto; luego descansaba al pie del árbol unos minutos, satisfecho con la empresa. Cuando se levantaba y se disponía a continuar con su camino, la humedad y las ventiscas parecían ya haber vuelto a guarnecer con escarcha el árbol; Albert Speer se iba con la certeza de que más tarde el árbol recuperaría toda la nieve derribada y más. Y así con todo. Las flores que pisaba, las piedras que amontonaba, las ramas que cortaba. Su presencia era, ahora comprendía, fugaz e insignificante, sin consecuencias. Incluso los animales le regresaban la mirada con indiferencia. Era un voyerista a pesar de su voluntad, y el fenómeno de la vida no tenía efecto sobre de él.

El espectáculo más bello que habría de regalarle la caminata sería el de la aurora boreal. La emoción que le causaban los colores proyectados sobre la noche lo fulminaba, casi al grado de paralizarlo. Las luces del norte eran una verdadera exhibición de la arquitectura de la noche. En el cielo se enarbolaban arcos y columnas y ventanas, y eran diseños más bellos que los que cualquier humano podía dibujar; levitaban sobre el suelo, pero tenían cimientos; estaban hechos de luz, pero pesaban; cambiaban cada segundo, pero el tiempo no los tocaba. Uno de los atributos más mágicos de las luces del norte era el sonido;

las esplendorosas líneas bailaban bajo el encanto de un silbido ligero y uniforme, misterioso porque no venía de ningún lado en específico pero se repartía por toda la superficie. La aurora boreal había de ser el único caso en que Albert Speer reconociera que la arquitectura, rígida disciplina, era capaz de adaptarse a la fluctuación de la naturaleza. Era un espectáculo de la nada.

El prisionero escuchaba la conversación recostado sobre la cama.

—¿Sabes qué sería bello, Henri? Que no se atacaran el oso y león.

—Para prevenir eso están los azotes, Paul. Hay que tener un buen látigo, siempre.

Las voces hablaban en francés y en tono bajo.

—Pero hay que tener cuidado, supongo. No quieres lastimar demasiado a los animales, Henri. No quieres que peleen sin todas sus fuerzas.

Estaban al otro lado de la puerta.

—Exacto. Los quieres alborotar sólo un poco, sólo lo necesario para la pelea.

De la celda número cinco.

—Entonces no gana la bestia más fuerte o veloz, Henri. A lo mejor gana la bestia mejor azotada, ¿entiendes? La bestia mejor alborotada.

—Es un arte fino.

El prisionero distinguió dos voces.

—Quizá fino no es la palabra.

—¿Tal vez minucioso?

Una voz era dulce.

—Sí, perfecto. Minucioso.

La otra era grave.

—Bien, Paul. Azotar a las bestias es un arte minucioso.

La conversación sucedió entre la medianoche y el amanecer, acaso un jueves o un viernes, no antes del mes de abril ni después de mayo.

—Tengo el estómago vacío, Henri.

—Detente, Paul. Ya casi termina nuestro turno.

Las voces no se apilaban una sobre la otra.

—He tenido el estómago vacío por meses.

—Ya casi, vamos.

—La comida no me satisface, Henri. Hace meses que estoy así y no hay alimento que me distraiga el hambre.

—El hambre es astuta. No la puedes distraer.

—El hambre es astuta. No la puedes distraer.

Albert Speer asumió que se trataba de un par de guardias que habían perdido el sueño.

—Daría un brazo por una tarta Tatin de mi madre, Henri. Daría un brazo y un ojo, te lo juro.

—Calma, Paul. Tranquilo. No pasa nada.

—Sólo una tarta Tatin de mi madre y un vaso de leche, en serio. Pero quisiera que ella sirviera la leche, Henri. Eso lo cambia todo. Eso lo cambia todo. Eso lo cambia todo.

—Tranquilo. Respira. En menos de lo que imaginas vas a estar en casa y a tener la tarta frente a ti. Y tu madre, ¡Dios!, cuánto gusto le va a dar servirte un vaso de leche. En menos de lo que imaginas, ya lo verás.

Primero la voz dulce decía algo.

—Me da miedo, Henri.

Un segundo después la grave le contestaba.

—No empecemos, Paul.

—Me da miedo que ya ni las manzanas caramelizadas me sepan dulces.

—Miedo que la leche esté agria.

—Miedo que la leche esté agria.

—Que mi madre haya olvidado cómo preparar tarta Tatin.

—Que mi madre haya olvidado cómo preparar tarta Tatin.

—Ella, que decía que en todos sus sueños cocinaba también.

—Ella, que decía que en todos sus sueños cocinaba también.

Albert Speer distinguió que la voz dulce ya no era tan dulce.

—Daría un brazo y un ojo, te lo juro, Henri.

Y que la voz grave ya no era tan grave.

—En menos de lo que imaginas volverás, Paul.

El prisionero se sentó en la cama.

—A lo mejor el oso no atacaría al león.

Se escuchó un golpe contra la puerta de la celda número cinco.

—A lo mejor el león no atacaría al oso.

Se volvió a escuchar un golpe contra la puerta.

—A lo mejor nadie tendría que azotarlos.

Albert Speer se puso de pie y se acercó a la puerta. Intentó abrir la ventanilla pero estaba cerrada por fuera. Los golpes comenzaron a intensificarse.

—Un marine contaba como cinco alemanes.

La voz que hablaba no era ni grave ni dulce.

—Charles siempre ofrecía cigarrillos.

El prisionero escuchó el tintineo de llaves a lo lejos.

—Los marines deben pelear con el batallón paracaidista número 500 de las Waffen SS.

Los golpes contra la puerta continuaban.

—Charles a veces sólo miraba las cosas.

Un tropel de pasos apresurados atravesaron el pasillo de celdas y se detuvieron frente a la número cinco. Albert Speer se alejó de la puerta un poco. Escuchó gritos en francés. Las luces se encendieron. Escuchó algunos forcejeos. La ventanilla de pronto se abrió y apareció el rostro de un soldado.

—¿Qué diablos pasó aquí? —dijo el soldado.

Albert Speer no pudo pronunciar palabra. El soldado lo miró por un instante y enseguida se volvió hacia donde otros dos intentaban someter a quien se golpeaba aún contra la puerta.

—Calma, Paul-Henri —le decían—. Todo está bien.

El prisionero se asomó entonces por la ventanilla. Los soldados habían derribado al que había perdido el control y ahora trataban de esposarle las manos detrás de la espalda.

—Paul-Henri, hombre, necesitas controlarte —le decían—. Carajo,

nadie te va a lastimar.

Cuando el viento lavó el humo de los cielos de Europa.
Cuando se pronunciaron todas las atrocidades.
Cuando los soldados durmieron por horas.
Cuando se encontraron los rostros familiares.
Cuando se atendió el hambre.
Cuando levantaron los libreros de las escuelas.
Cuando desenterraron lo que creían que no volverían a ver.
Cuando vino la noticia de una guerra al otro lado del planeta y de otra y otra más.

Hasta entonces la historia halló la serenidad para hacer un balance a profundidad de lo sucedido en el Tercer Reich.

Habían de pasar décadas para que algunos investigadores echaran abajo la creencia de que Albert Speer había tenido que ver con el milagro armamentístico alemán.

Los archivos indicaron que el éxito profesional del ministro era sólo el fruto de lo que sus antecesores habían preparado, incluso antes de que la guerra estallara.

Su innegable talento organizativo terminó de exprimir los recursos, sí, pero la industria tenía ya su propio impulso.

La producción de guerra hubiera tenido más o menos el mismo éxito bajo la dirección de cualquiera.

La turbación de la guerra engañó a todos, incluso a Albert Speer. Había llovido mientras él bailaba, y eso lo hizo creer que tal abundancia había sido obra de su invocación.

Lo sabía desde tiempo atrás, pero evadía el pensamiento por temor a que le destrozara los nervios. Que una racha de desaliento lo hiciera abandonar la caminata antes de cruzar el territorio ruso, sonaba plausible. Pero ningún desaliento fue tan contundente. Existía la posibilidad de que su salud se viniera abajo, o que alguno de los

directores de la prisión le prohibiera el proyecto, o que la guerra se extendiera en Berlín. Nada de esto ocurrió tampoco. Lo sabía desde tiempo atrás y había decidido bloquearlo de su mente, pero cuando su caminata lo llevó al borde más oriental de Rusia no tuvo otra opción más que encararlo: llegaría al continente americano a través del estrecho de Bering. Ese era el secreto que había arrastrado consigo desde el primer paso; él lo desconocía, pero mientras se acercó al borde oriental de Rusia fue sintiendo que estaba escrito en alguna parte inaccesible de su suerte. Albert Speer consideraba que cruzar hacia América aumentaría la dimensión de su marcha, y eso lo hacía perder la calma. Lo estremecía la intuición de que su viaje ya no tenía regreso.

Atardecer

El señor Atom ve el éxodo a lo lejos. Las personas avanzan lento y en fila. La altura de la nieve alcanza sus rodillas. Las personas morirán congeladas si nadie les indica hacia dónde caminar. El señor Atom morirá de hambre si no come algo pronto. Las montañas y los árboles y los valles están cubiertos de nieve hacia todas las direcciones y por distancias que la mente humana no puede comprender. El ruido del viento es congruente con la desolación de las personas que avanzan sin rumbo. Las personas colgarían del cuello al señor Atom si lo encontraran en su camino. Él es en parte responsable del éxodo. La lentitud con que la nieve cae del cielo dilata el paso del tiempo. No hay niños entre las personas. Eso cree por lo menos el señor Atom. Atardece. Si el señor Atom se entrega las personas lo matarán, pero antes le darán algo de comer. El señor Atom ve el éxodo a la distancia y su posición elevada le permite advertir que no avanzan hacia ningún lugar más que hacia la agonía del frío y del vacío. La blancura de la nieve uniforma todo sobre la Tierra. Si hubiera niños en el éxodo habría que llevarlos sobre los hombros. Las personas le darían algo de comer antes de matarlo, no porque sean blandas, sino porque acostumbran matar al enemigo con el primer rayo del día. No antes, no después. El señor Atom encuentra más digna la horca que la inanición. Los niños estarían más cerca del cielo sobre los hombros de los adultos. Las personas están condenadas porque no conocen la región. La nieve entorpece como el lodo y ahoga como el agua. El señor Atom está condenado porque tiene el estómago vacío. La nieve quema como el fuego y sepulta como la tierra. El señor Atom decide acercarse al éxodo de personas y comienza a caminar.

El señor Atom se cruza con el éxodo exactamente en el punto que ha

calculado. O eso cree. Es difícil de saberlo con precisión. Mientras da los últimos pasos antes del encuentro, piensa en si es posible fijar con la mirada un punto sobre un río. Si el punto se mueve con la corriente o permanece fijo como una piedra, no lo puede responder.

El cruce de su camino con el de las personas es un milagro geométrico. Dos líneas perpendiculares sobre una superficie infinita. El éxodo es una fila de cerca de cien personas. Marchan hombres y mujeres, y todos rebasan la edad de la inocencia. El hombre que va al frente es lo más cercano a un líder, pero cuando se detiene para evitar chocar con el señor Atom parece apenas darse cuenta de que encabeza el éxodo. Las personas que lo siguen se detienen. El líder es el más fuerte entre los que caminan, naturalmente. El señor Atom apunta la mirada hacia abajo. Es evidente su inexperiencia en la sumisión.

—Te conozco —dice el líder.

—Lamento lo que te ha pasado.

—Eres el que dibuja líneas.

—Lo que le ha pasado a tu pueblo.

El líder le suelta un puñetazo en la cara al señor Atom.

—Morirás —dice el líder, calmado. Sabe que sus palabras no contienen ninguna sorpresa.

El señor Atom no se cae debido a que la nieve le llega a las rodillas.

—Morirás al amanecer.

Una pincelada de sangre marca la intersección de los caminos sobre la nieve.

—Quiero ayudarlos. Déjame ayudarlos hasta que amanezca. Entonces me puedes matar —dice el señor Atom, aún con la mirada gacha.

La centena de personas aguardan. El segundo en la fila le dice lo que ocurre al tercero y el tercero al cuarto y el cuarto al quinto, y así se corre la voz hasta la última persona.

—Morirás al amanecer —repite el líder, de nuevo con calma.

—Lo sé, pero mientras tanto quiero ayudarlos. Conozco esta región. Ustedes están perdidos y yo conozco esta región.

El líder piensa un rato. El señor Atom tiene sangre en la boca. El segundo en la fila aprovecha el silencio para describir un poco la escena.

Cae la nieve.

—Ya has hecho suficiente por este pueblo —dice el líder.

—Si de todos modos me vas a matar al amanecer, habrías de aprovechar mi ayuda y salvar a tu gente. Dame la oportunidad de redención.

—Más que suficiente.

—Me tendrás un buen tiempo antes de matarme. —El señor Atom entonces mira al líder directo a los ojos—. Apenas atardece. —Levanta un dedo hacia el cielo—. Y aquí la noche dura meses.

Cuando el éxodo retoma la marcha, al último en la fila le llega apenas el siguiente diálogo:

—Ustedes están perdidos y yo conozco esta región.

El éxodo cambia de rumbo. La recreación de lo que ha ocurrido al frente sigue pasando de boca en boca. La nieve le rebasa ya las rodillas cuando el último en la fila escucha el diálogo final de la escena.

—Está bien, lo seguimos. Hasta que amanezca.

El señor Atom guía a la centena de personas. Es verdad que conoce la región. La blancura redundante del paisaje es para el resto más indescifrable que la claridad del agua, pero para él es un mapa repleto de indicaciones. Lo único que encuentra difícil es la desolación. Si todo hubiera salido de acuerdo con el plan, si la guerra se hubiera ganado y si el reino no hubiera caído, la región por la que ahora avanza el señor Atom y el éxodo habría sido un centro de edificaciones grandiosas. A fuerza de trabajo sobrenatural y terquedad, se hubieran alzado palacios de cristal, ciudades simétricas, mausoleos para los héroes de guerra. El señor Atom tuvo que hacer de esa región su hoja de dibujo. A diferencia de muchos colaboradores del reino, él consideraba que la lejanía y el vacío del territorio eran atributos provechosos para el proyecto. La dificultad de las heladas durante ciertos períodos era

ínfima si se pensaba en el beneficio de la tabla rasa. El comienzo de una ciudad desde ceros.

El remordimiento del señor Atom crece a lo largo de días y días, mientras atardece. No deja de pensar en el proyecto que jamás se construyó en la región. Si tan sólo la guerra hubiera resultado de manera distinta. El remordimiento del señor Atom se debe a que la gente que ahora marcha detrás de él es originaria de esa región. Sus antecesores, más bien. Cuando le fue encomendado al señor Atom el diseño de una ciudad nueva, en realidad el territorio no estaba deshabitado. La tabla no era rasa. Varios pueblos estaban asentados desde hacía siglos, pero el señor Atom había de proyectar como si nadie viviera ahí. Un ejército se encargaría de evacuar la región. Así fue como el señor Atom realizó el ejercicio mental de borrar una civilización entera. A la cabeza del éxodo, le acongoja que las personas han olvidado en unas cuantas generaciones la geografía de su tierra. Ahora no saben volver a casa.

El clima le permite al éxodo avanzar sólo un poco cada día. Aun así el señor Atom comprueba ser de utilidad. Los conduce a un valle en donde hay una capa más fina de nieve. El frío que trepa desde los pies se vuelve soportable. Permanecen un tiempo en ese sitio, recuperándose. El líder ordena que el señor Atom sea alimentado para apenas sobrevivir, ni un bocado más. Atardece lento, muy lento, pero atardece. El señor Atom parece contento con la cantidad de alimento que recibe. Tiene siempre un gesto de satisfacción. Pasa las horas viendo el cielo gris, casi negro. Desde su llegada, se conduce con mucha propiedad. El modo en que habla, camina y come empieza a exasperar al líder. Algunas personas sospechan que el señor Atom ríe a carcajadas por dentro, que no se arrepiente de nada y que pronto les causará más daño. Otros creen que quien ordenó las atrocidades contra su gente y quien ahora los guía son personas tan diferentes como cualesquiera.

—Con cada comida recibirás tres azotes —le dice el líder un

tiempo después de llegar al valle.

—Ya veo.

—Es para asegurarnos de que no te rías por dentro.

—Claro.

La medida entra en función de inmediato. Los azotes son tres y siempre los propina el líder con idéntica fuerza. El señor Atom se coloca de rodillas y se abraza de una piedra, de un árbol o de lo que sea; no se queja al recibir los azotes en la espalda.

—Ese señor disfruta cada golpe —dicen unos.

—Ese señor es inocente —dicen otros.

El señor Atom los ha salvado de momento, pero la tregua del clima no durará mucho más. Hay que decidir qué hacer. El señor Atom le explica al líder la situación. Al norte, está el océano; sin buenas naves, no hay a qué ir allá; la gélida brisa embrutece más que los cantos de sirena. Al oeste está la gran cordillera; sería una buena posibilidad para los más fuertes, que lograrían superarla; lo cierto es que al menos una tercera parte del éxodo marcharía hacia una muerte segura. Al sur está el lugar donde murió el profeta de los ancestros de las personas; es el cráter de un volcán apagado; es asequible, pero para dirigirse a ese sitio hay que cruzar una zona donde la nieve es tan abundante que figura brotar del suelo. Al este reside un mito: un mar que durante una parte del año se congela; de ser verdad, el puente de hielo los llevaría a un territorio del que no se tienen registros precisos; el paraíso y el infierno son destinos finales plausibles. El líder escucha al señor Atom con atención y se va sin decir una palabra. Poco después regresa, a la hora de la comida y los azotes. El señor Atom se abraza de inmediato a un árbol.

—El sur suena como la mejor opción —dice el líder a las espaldas del señor Atom.

—Sí.

Primer azote.

—Antes de partir cazaremos animales, muchos animales. Nos

protegeremos del frío con pieles.

—Buena idea.

Segundo azote.

—Más te vale que no estés tramando algo.

—Lo sé.

Al tercer azote el señor Atom se suelta del árbol, aunque no se vuelve hacia el líder.

—Pase lo que pase, morirás al amanecer.

—Sí.

—Aunque nos salves.

—De acuerdo.

El líder entonces libera una lluvia de azotes.

—¿Te estás riendo por dentro?

Azote y azote y azote.

—¿Te estás burlando de nosotros?

Azote y azote.

—¿Sigues siendo un miserable?

Azote.

El señor Atom cae inconsciente.

Parte el éxodo de personas hacia el lugar donde murió el profeta que veneraban sus ancestros. Ya es de noche. El frío es impetuoso pero todos van bien abrigados. El señor Atom guía. El tiempo es inasible. Sólo caminan, comen y duermen. Nadie nunca sabe cuándo, pero no importa. Tienen una meta, que es el cráter del volcán, y tienen una hora de llegada, que es antes del amanecer. Eso les basta. A cada paso sube el nivel de la nieve. Las personas toman turnos para marchar al frente y abrir paso para el resto. El que camina al final del éxodo lo hace sobre un tapete de escarcha parejo. Todos piensan que la dinámica de los turnos es justa y alguien propone que esa sea la manera de organizar su vida al llegar al cráter.

La prolongación de la noche les concede un espectáculo. Unas luces de colores resplandecen en el cielo. Fluctúan como el agua, pero

suenan como arena cayendo sobre más arena. Algunas personas comienzan a decir que pueden ver las luces incluso cuando cierran los ojos. El espectáculo es tomado en general como un augurio feliz.

El señor Atom se mantiene con buen carácter, cuidando cada palabra que pronuncia. El frío y la alimentación lo han hecho adelgazar bastante, y una de sus rodillas le molesta después de un rato de camino, pero no se queja nunca. Los azotes continúan acompañando su alimento. Cada vez más personas se convencen de que el señor de ahora no es el mismo que el de antes, el que maltrató a su pueblo.

La nieve no se detiene nunca. Cuando alcanza la altura de sus hombros, las personas ya se han acostumbrado a ella. Han aprendido a dormir y amarse entre la nieve, a reanimarse los dedos con el aliento y a comer hielo para matar la sed. Unas cuantas personas aseguran que la nieve les ha borrado en parte los recuerdos. La blancura de la sustancia es tan absoluta que la mayoría lo cree verdadero. Incluso temen que la memoria del señor Atom se perjudique y el éxodo termine por ser un naufragio.

Las personas no saben mucho acerca del lugar hacia donde se dirigen. A unos cuantos les suena familiar eso del cráter y del profeta, recuerdan que los padres de sus padres mencionaban algo similar, pero nadie conoce la historia en profundidad. Sin embargo, no necesitan conocerla. Algo en la sangre les dice que es ahí a donde tienen que ir. Ese retorno a casa es lo más cercano a la esperanza que han sentido desde el inicio de la guerra. Van en busca de su origen.

La conversación ocurre a lo largo de semanas de camino.

—Le quiero preguntar algo, señor Atom.

—Adelante.

—¿Qué diablos lo hizo acercarse a nosotros?

—El hambre.

La noche dura meses en esa región y ya ha pasado la mitad.

—¿Entonces eso de redención es mentira?

—No, es parte de lo que me motiva a estar aquí. Pero el hambre

fue lo que me hizo acercarme a ustedes. Estaba a punto de morir.

El señor Atom y su interlocutor creen que conversan con el ritmo normal de una conversación.

—¿Y cómo sabía que teníamos comida?

—Su gente siempre tiene comida.

Lo cierto es que tardan días en contestar.

—Mi gente, ¿eh? Ya veo. Usted nos conoce.

Suena como la voz de un niño.

—¿Y antes de eso? ¿Qué lo hizo estar en medio de la nada?

La oscuridad de la noche, la blancura de la nieve y la dilatación del tiempo le impiden al señor Atom precisar quién es su interlocutor.

—La guerra, claro.

Olvida a cada rato el rostro de la persona con quien habla. Luego lo mira y lo reconoce.

—La guerra y qué más.

—La guerra y la derrota.

El hechizo consiste en no recordar una palabra y aun así pronunciarla.

—¿Pero qué más? No todos los derrotados se largaron a deambular entre la nieve.

—Cuando la derrota se avecinaba y era evidente, los colaboradores del reino comenzamos a sentir miedo.

El señor Atom piensa que así se perciben las conversaciones desde el lecho de muerte.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a la sumisión, a lo mejor. Algunos sentían miedo por primera vez. Y entonces cundió la desesperación. Nos traicionamos los unos a los otros. Comenzamos una guerra dentro de nuestro bando.

—A su gente le encanta comenzar guerras.

—Y dentro esa guerra, yo perdí.

De alguna manera, el señor Atom se encuentra ya en su lecho de muerte.

—Perdió la guerra grande y la guerra chica.

—Y me enviaron a la nada, a la tierra de la nada donde nunca construí nada y donde ya no queda nadie.

—¿Y cómo sabía que no lo íbamos a matar de inmediato?

El señor Atom sonríe.

—Ah, ya veo. Usted nos conoce, ¿cierto? Usted conoce a nuestra gente.

El amanecer se aproxima.

La silueta del volcán se insinúa en el horizonte. El color del cielo apenas es más claro que el negro, pero la nieve en la cima del volcán es más blanca que la del resto del paisaje. El primero en advertir la silueta es el señor Atom. La imagen del volcán es el anuncio final de su muerte, pero su gesto de satisfacción no desaparece. Nieva poco. Algunas personas dicen que ahora recuerdan los relatos, que ese es el lugar del que tanto habían hablado los padres de sus padres, que es tremendo el parecido con las descripciones. El éxodo conoce el entusiasmo por primera vez desde quién sabe cuándo. Entre más se acercan al volcán, más indicado les parece el lugar. Piensan que ese ha sido su destino desde siempre. Durante el indefinido tiempo que tardan en llegar a las faldas del volcán y en alcanzar la cima, el líder cancela la medida de los azotes. Se siente algo culpable ahora que puede ver con sus propios ojos lo que el señor Atom ha prometido. Las personas se convencen de que el señor Atom se ha redimido con ellas. Si el camino les ha enseñado algo, es que la nieve lo borra todo.

Llegan a la cima. El cráter, a sus pies, parece inaccesible. La depresión está repleta de nieve. El diámetro del cráter, calculan, equivale a medio día de caminata.

—El lugar sagrado. La cuna de su pueblo —dice el señor Atom, a manera de bienvenida.

—Si intentamos entrar nos ahogaremos con la nieve —dice una persona.

—No, nos quemaremos —dice otra.

—Si entráramos moriríamos de frío —dice una más.

El líder mira con asombro el cráter, sin hablar.

—Es un terreno muy bello. Hay una buena cantidad de árboles y la tierra es fértil. Ya lo verán. Sólo necesitan esperar a que la nieve se derrita. Es muy verde —dice el señor Atom.

El líder continúa impresionado con el cráter. Su dimensión lo inquieta.

—Podrían instalarse un tiempo alrededor del cráter y esperar. No tardará demasiado en derretirse la nieve. La tierra absorbe mucha agua y el resto corre en magníficos ríos hacia allá abajo. Es bellísimo.

Las personas se emocionan. No gritan porque lo sienten equivocado. Es un lugar sagrado. Unos murmullan que pueden ver algunas ramas por allá y que escuchan gotas de agua. El líder no digiere el panorama. Su mirada sólo expresa introspección. O le excita lo que ve o le aterra.

—Sí, hagamos eso —dice el líder sin ver a nadie a los ojos—. Instalémonos aquí por lo mientras.

Las personas duermen con la tranquilidad de haber dejado de ser un éxodo. Una nevisca los abriga. Son un pueblo otra vez. El señor Atom se despierta con el primer rayo del sol. La luz penetra en un mundo que ha permanecido en la oscuridad por meses. Enseguida se escucha el canto de pájaros resucitados. Lo primero que ve el señor Atom es al líder, que eclipsa el sol, y entiende que lo ha mirado dormir por un buen rato.

—Amanece —dice el líder.

—Ya era hora —dice el señor Atom.

El líder le extiende una mano al señor Atom y lo ayuda a ponerse de pie. Caminan por el borde del cráter, alejándose de los que duermen. El líder se detiene de pronto y atiende el panorama. Nieva apenas.

—Necesitamos instalarnos en este lugar. Tenemos que hacer de esto nuestra casa.

—Sí.

—Habrá que construir techos y organizar a las personas.

—Claro.

—Ayúdanos y no te colgaremos. Ayúdanos y serás uno de los nuestros.

—Gracias, acepto.

—Bien. Ahora mira cómo amanece.

Ha dejado de nevar. No se han dado cuenta.

El señor Atom ingenia un plan de trabajo. Divide a las personas en grupos y les encomienda tareas específicas. Ha decidido que el pueblo se asentará alrededor del cráter. En el futuro recorrer el pueblo será algo así como atravesar un largo pasillo circular. El centro del cráter, una vez que la nieve se derrita, será exclusivo para la veneración. Es territorio sagrado, después de todo.

El sol ha traído de vuelta la sensación del paso del tiempo. Las personas lo agradecen. Dicen que los meses en oscuridad fueron una pesadilla embrollada. Nadie sabía distinguir entre el antes, el mientras y el después. El señor Atom les aconseja que no se confíen. Ahora es el turno invariable del sol en el cielo. Dice que la luz perturba más la temporalidad de las cosas.

La nieve en el centro del cráter se va derritiendo.

Se levantan decenas de casas a la orilla del cráter. Son estructuras sencillas y de madera, pero su construcción significa para las personas más que un gran palacio. No tarda en saberse que una decena de mujeres han quedado preñadas. La alegría eleva el nivel de trabajo. Los niños han de asegurar la continuidad del pueblo. Mientras tanto las mujeres preñadas se encierran en su casa. Temen que el reflejo del sol sobre la nieve ciegue a sus crías.

El líder cada día habla menos. Su rostro se va confundiendo con el del resto de los hombres, hasta que resulta imposible diferenciarlo. Nadie advierte la abdicación y todos se olvidan de la existencia de esa figura. El liderazgo se llama ahora cooperación.

Quien también desaparece es el señor Atom. No lo encuentran por ningún lado. Su desaparición coincide con el final de su proyecto. La construcción de las casas ha terminado. La mayoría piensa que el señor Atom ha pagado lo que tenía que pagar.

La consistencia del sol casi termina por derretir la nieve al centro del cráter. El agua corre colina abajo, formando bellas cascadas. Cuando las personas se aventuran a explorar la depresión, descubren que el terreno es un lodazal. No hay rastro de fertilidad, de color verde o de vida. El lodo los deja avanzar sólo un poco. Huele a desgracia mineral. Por fin dan con las ruinas de lo que parece haber sido un templo. La nieve se derrite por completo. Alrededor del templo las personas encuentran miles y miles de esqueletos. Alguien propone guardar silencio un segundo. Los restos son en su mayoría de niños. Una risa viaja con el viento. No hay manera de esconder el holocausto bajo ese sol que durará por meses.

Norteamérica
(1963-1965)

El nombre era Annegret. Lo repitió en su mente durante el día, a todas horas, hasta que al anochecer, en la soledad de la celda, lo dijo en voz alta. El nombre se desbarató en el vacío de Spandau. Annegret. Albert Speer creyó que era un nombre bello y pensó en las veces que lo había pronunciado en la vida, sin detenerse jamás a apreciar la consonancia de la palabra. Annegret. Ya en oscuridad y silencio totales, pensó en cómo la mayoría alguna vez menciona el año de su muerte, sin sospechar nada. Annegret. Lo cautivó luego la idea de vivir año con año el día en que tarde o temprano había de morir. Acaso también ya había caminado sobre la tierra en que sería sepultado. Annegret. Así se llamó su primera nieta.

La discreción del tiempo lo abrumó por días. Margret, la cuarta entre sus seis hijos, tenía ocho años al final de la guerra y ahora ya era madre. Cuando Albert Speer inició su condena, se introdujo en un congelador en el que las novedades del exterior llegaban sólo a través de palabras, y el no mirar directamente lo que ocurría le causaba la sensación de que la vida allá afuera era en parte ficción. Pero a veces noticias como esa rompían el conjuro de que el tiempo estaba congelado. «La pequeña Margret es madre», pensaba sin entenderlo. «Soy abuelo», se decía, aunque no adivinaba el verdadero significado del hecho.

Al cabo de unos días, hizo las paces con el asunto. Terminó por convencerse de que es tan injusta como bella la discreción del tiempo. Aceptó el hecho de que alguien tan cercano a él viviera allá afuera sus primeros soles. Era alguien muy cercano a él y a la vez era tan lejano como quien más. No había de conocer a Annegret sino hasta que saliera en libertad y estaba de acuerdo con eso. Spandau era el último

lugar que había de visitar un niño.

Por ahora, Albert Speer no conocía el rostro de su nieta. Para él todas las facciones eran verosímiles en cuanto imaginaba a Annegret. Era un conocimiento que sólo podía adquirir con la libertad. Y lo mismo le ocurría con Alemania. Al invocarla, sólo le venían a la mente fisionomías imprecisas. Que en los últimos años su patria hubiera cambiado en cualquier sentido era también verosímil. Annegret era la nueva Alemania.

Corría el mes de agosto de 1963.

Anochecía.

El 20 de noviembre de 1945 comenzaron los juicios de Núremberg, en los que se procesaron a los dirigentes del régimen nacionalsocialista alemán. Albert Speer fue acusado de los siguientes cargos:

1. Conspiración contra la paz.
2. Crímenes contra la paz.
3. Crímenes de guerra.
4. Crímenes contra la humanidad.

Durante los trescientos cincuenta días que duró el proceso, Albert Speer no había de hallar una imputación en su contra tan pesada como la de haber participado en la organización e implementación del trabajo forzado en el Tercer Reich. Se presentó a sí mismo como un artista envuelto a su pesar en la maraña política. Sus modales y su personalidad le favorecieron para venderse como un hombre apolítico, interesado sólo en la eficacia de la industria y la tecnología. Asumió el papel de un tecnócrata que había dirigido su ministerio como si se tratara de cualquier empresa, es decir, con la mirada puesta en los resultados, no en la circunstancia social. Albert Speer tuvo gran éxito con la tramposa representación de su imagen. Entre los veintidós acusados, cuya negación de responsabilidad fue general, él resaltaba con su aparente inteligencia y honestidad. Pero su involucramiento en

la explotación del trabajo forzado era innegable. Había testimonios y documentos irrefutables. Desde el primer interrogatorio supo que no había razón para mentir acerca del asunto. La difícil y sangrienta victoria les había ocasionado a los Aliados un afán tenaz de justicia. Alguien tenía que responder por tantos crímenes. Sobrevivir los juicios de Núremberg era cuestión de estrategia, y Albert Speer lo sabía.

Tres años antes de su liberación, el reloj figurado del prisionero número cinco marcaba las 20:15. El final del día no se encontraba tan lejos. Al inicio de su condena, Albert Speer pensaba en su libertad como una meta que alcanzar, como algo que sin duda deseaba, como la única motivación para mantenerse vivo. En cuanto los años pasaron (mientras el día avanzó), la idea de salir de la prisión de Spandau fue tomando distintos giros. En los primeros años de encarcelamiento, la libertad fue una llama al final de un túnel largo y oscuro; una década después, una idéntica llama, sólo que ahora al final de un túnel oscuro e infinito. Su libertad fue sinónimo de esperanza, de justicia y de redención, y luego fue antónimo de lo mismo. Durante algunos años, que ahora su mente no podía precisar, la libertad significó confrontación. Salir de Spandau lo haría volver a casa y encarar la rutina familiar, la cama compartida con esa desconocida que se había vuelto su esposa, la mesa llena de hijos y silencios, las ciudades remodeladas y los amigos que habían dejado de serlo. En ese tiempo ambiguo, la prisión se volvió, en consecuencia, una especie de refugio, un lugar confinado, sí, pero en el que podía leer y dedicarse a la jardinería y caminar, sin otra responsabilidad que matar el tiempo.

Cuando estuvo a tres años de su liberación, comenzó a experimentar un ansia tremenda. Su reloj marcaba las 20:15 y era evidente que no estaría en paz de ahí hasta la medianoche. Pasaba horas haciendo planes para el futuro. Imaginaba detalles tan triviales como las primeras meriendas en libertad y el cambio de vestimenta, del mismo modo que sucesos mayores, tales como la primera entrevista, el quehacer profesional y la pasión nueva de una mujer. Tres horas y

algunos minutos lo separaban de todo eso. A menudo sufría ataques de ansia. Sus pulmones dejaban de aspirar el oxígeno del aire y su corazón se aceleraba. Durante el día, se deshacía de la inquietud por medio del esfuerzo físico. Podaba el césped aunque un día antes lo hubiera hecho y reacomodaba las piedras del jardín. A veces se engañaba con la presunción de que entre más rápido caminara sobre la pista, más rápido marcharía el tiempo. Por la noche, no le quedaba más remedio que realizar algunos ejercicios de respiración y entregarse a la inclemencia del insomnio.

A partir del antepenúltimo año de su estancia en Spandau, Albert Speer se propuso alistarse para la reintegración en la vida cotidiana. Con respecto a su profesión, buscó actualizarse en técnicas y estilos arquitectónicos, pues daba por hecho que sus antiguos trazos no le interesarían a nadie. Era consciente de que, aunque leía a diario por lo menos un par de periódicos, juzgaba todas las noticias desde un punto histórico muy definido. No se había deshecho de raíz de la premisa de que el mundo estaba en guerra. Era verdad que el panorama internacional anunciaba la llegada inminente de una tercera guerra mundial, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero eso a él ya no había de concernirle. Tenía que hacerse de la mentalidad de que la guerra había terminado y que Alemania se estaba redescubriendo. Era necesario interesarse en las notas de la farándula y el deporte. Eso lo ayudaría a volverse un ciudadano común. Para mejorar la salud, decidió abandonar el hábito de fumar. Renunciar al tabaco, después de dieciocho años de vicio, fue una manera de demostrarse a sí mismo que aún era capaz de cambiar su persona. Después de todo, lo que se proponía era una reinvención a los cincuenta y ocho años de edad.

El puente era de cristal. Albert Speer cruzó el estrecho de Bering sobre el mar congelado. En un extremo del puente era Asia; en el otro, Norteamérica. A la mitad del camino, en esa tierra que no era tierra sino agua, se sintió más lejano que nunca. No podía especificar de dónde se sentía lejos, porque ni siquiera tenía ya en mente su patria.

Caminaba con inseguridad. O se debía al hielo quebradizo o a su espíritu quebradizo. Quedarse sentado a la mitad del puente y esperar el descongelamiento fue un impulso latente a lo largo de los ochenta y dos kilómetros del estrecho.

La dimensión del viaje, sentía, incrementaba. No era sólo por la distancia, que ya sobre el mapa era considerable, sino también por el hecho de atravesar esa región en específico. El gélido viento le arrancaba de a poco los pedazos de su identidad. A cada paso se olvidaba de una parte de su historia. La marcha, creía, rendía homenaje a quienes habían migrado hacia América durante la última glaciación. Cruzar el estrecho de Bering establecía una relación invisible con esos hombres. Como todo migrante, al llegar al otro lado, había de inaugurar una nueva existencia. Llegar a otro continente correspondía a renacer.

La gran sorpresa de Albert Speer al pisar Norteamérica fue la similitud geográfica. Las ventiscas y los témpanos y el horizonte vacío y los animales y la vegetación eran idénticos a lo que había visto en los últimos kilómetros de Rusia. Deliró con la existencia de un espejo a la mitad del puente de cristal que replicaba de este lado lo que había en el otro. Se esforzó por repetirse que ahora se hallaba en Norteamérica. Pronto el mar había de descongelarse y el rastro de sus huellas se desvanecería. Adelante tenía mucho territorio que recorrer.

Al llegar a Alaska, el viaje de pronto perdió los atributos de un escape. A sus espaldas no había nada; la vida estaba por delante. Albert Speer pisaba el continente americano por primera vez. Pensó unos minutos en los alcances del acontecimiento. Era un momento importante en su existencia. Decidido a renacer, comenzó a caminar hacia donde no había caminado en mucho tiempo: el sur.

La mañana del 26 de noviembre de 1963, se enteró del asesinato del presidente Kennedy, en Dallas, Texas. Su primera reacción fue creer que la noticia era falsa, pero enseguida, entre más la digería, creyó que el asesinato tenía todo el sentido del mundo. No quiso participar en la

invención de teorías a la que sus dos compañeros y algunos guardias se dedicaron esa mañana. En cuanto terminó de leer los periódicos, se dirigió a su celda y se recostó en la cama. No se sentía cansado, pero se esforzó por cerrar los ojos. La luz del sol le llenó de manchas multicolores los párpados.

Cuando abrió los ojos, un segundo después, se hallaba a inicios del año de 1945, en Berlín. Alemania no ganaría la guerra, era evidente. Albert Speer mantenía a flote la industria armamentística, pero cada día el Tercer Reich perdía territorio y, con ello, valiosos recursos naturales y fábricas. La caída era cuestión de tiempo. El Führer lo sabía, y aun así les tenía prohibido a sus colaboradores hablar sobre la derrota; su régimen caería, y estaba decidido a que la nación entera cayera también. Dispuesto a acabar con tal necedad, Albert Speer ingenió un plan para asesinar al Führer, su gran amigo. Creía que la mejor manera de hacerlo era introducir gas venenoso en el búnker donde el Führer se reunía todas las noches con sus asesores, en Berlín. El conducto de ventilación respiraba a ras del suelo, entre algunos matorrales del parque de la cancillería. La guerra había probado que ningún filtro neutralizaba el gas venenoso alemán.

En nombre del pueblo, Albert Speer hizo algunos intentos por conseguir el gas, pues lo gobernaba la ironía de que, a pesar de su alta jerarquía, no tenía al alcance las armas. Antes de que pudiera hacerse del gas venenoso, el conducto de ventilación fue elevado tres metros sobre el suelo y se estableció una guardia de uniformados alrededor. El plan no trascendió del papel.

Recostado sobre la cama, Albert Speer se vio a sí mismo durante los primeros meses de 1945, cuando la derrota era inevitable. Se distinguía a sí mismo con facilidad entre las manchas multicolores que le provocaba la luz del sol. Lo veía todo: el conducto de ventilación, las solicitudes secretas para conseguir el gas venenoso, la nación cayéndose a pedazos. Pero después de tantos años, dieciocho, para ser exactos, ya no sabía si en verdad había tenido la intención de asesinar al Führer ni si la guardia de uniformados había arruinado su plan. Se había contado

esa historia tantas veces, que había terminado por confundirse él mismo.

Cuando abrió los ojos, pensó en el asesinato de Kennedy. Las noticias decían que un hombre le había disparado desde un edificio, aprovechando que viajaba en un descapotable. Albert Speer se permitió elaborar sus propias teorías de conspiración. Ninguna lo convenció. Luego de un par de horas de pensamiento, llegó a la conclusión de que para matar a cualquiera sólo se necesita una pistola y determinación. Fuera verdadera o falsa la historia de su plan de asesinato, la realidad era que él no había tomado ninguna acción. Y no había nada que discutir.

Esa vez el obsequio no fue para el paladar. Con la ayuda de un guardia, llegó a su celda una cámara miniatura Minox. Parecía un juguete. Su dimensión le permitió al prisionero llevarla consigo sin preocuparse por ser descubierto. Era tan pequeña que podía incluso esconderla entre las manos. En los recientes años, la cámara, de diseño alemán, se había ganado la reputación de ser uno de los artilugios preferidos de los espías internacionales. Y justo como un espía se sintió Albert Speer al fotografiar la prisión de Spandau, sin que nadie lo advirtiera. Agotar los tres rollos fotográficos fue una de las actividades más emocionantes que había de realizar en los veinte años de la condena. Sin embargo, no quería que su excitación afectara la calidad de las composiciones. Era probable que aquellas fotografías constituyeran el único registro visual de Spandau.

Comenzó por el patio. El jardín sería el elemento central de la colección. Pensó en su familia, que habría de recibir la cámara de vuelta y revelar los rollos. Creyó conveniente que las fotografías mostraran el entorno de la manera más optimista. Quería compartirles a su esposa e hijos el jardín, el más querido de sus proyectos de los pasados años. Aunque fuera mentira, la belleza del jardín les haría saber que su ímpetu y su visión arquitectónica seguían intactos. En el patio también capturó las torres de vigilancia, la pista de caminar y las espaldas de sus

dos compañeros, sentados sobre una banca.

En el interior del edificio, fotografió el pasillo de celdas, la puerta de metal con el número cinco pintado y lo que había detrás de esta. Cuando al último rollo le restaba una sola fotografía, sintió algo de tristeza, pero también se exigió encontrar una toma original. Después de intentar un ángulo y otro, cogió la cámara y extendió el brazo, apuntando el lente hacia su rostro. El clic del disparador lo hizo sentir un poco ridículo y solo. Pensó que cuando estuviera en libertad, la colección de fotografías sería un buen recordatorio de lo pequeña que fue su vida durante dos décadas.

El dolor en la rodilla izquierda lo venció al fin, y el 18 de enero de 1944 se internó en un hospital. Pasó veinte días con la pierna inmovilizada, aunque pronto se hizo evidente que su malestar no se limitaba a la rodilla en exclusivo. Una segunda opinión médica dedujo que lo que había sufrido el ministro no había sido otra cosa que un infarto. Lo cierto era que desde meses atrás llevaba un ritmo de trabajo tan vertiginoso como el de pocos en el Tercer Reich. Llevó la preocupación mental y el agotamiento físico a tal límite, que ni siquiera la fuerza de sus treinta y ocho años lo pudieron salvar del colapso.

En los tres meses y medio que estuvo bajo cuidado médico, Albert Speer vivió en tres lugares; primero en un hospital a cien kilómetros al norte de Berlín, luego en un palacete cerca de Salzburgo y por último en el castillo de Goyen, en Meran. En ningún momento se alejó de su labor como ministro de armamento. Controlaba todo desde la cama. Daba instrucciones a través de correspondencia y de teléfono, dictaba reportes y recibía visitas de colaboradores con frecuencia. Prefirió que las secretarias lo acompañaran en su recuperación antes que Margarete y los niños.

La crisis vino cuando otros ministros y líderes del Tercer Reich vieron en la ausencia de Albert Speer el momento oportuno para quitarle poder. Que el arquitecto estuviera aislado en convalecencia

también lo aislaba políticamente. La lucha por debilitarlo fue feroz, y el enojo que le provocaba escuchar sobre esas conspiraciones sólo lo hundía más en la enfermedad. Tampoco tardó demasiado en esparcirse el rumor de que su estado era terminal.

Muchos años después, durante el encarcelamiento, Albert Speer recordaría esa etapa como la oportunidad más grande que había tenido para renunciar a sus responsabilidades en el régimen. Su figura había desaparecido de los actos públicos, varias personas se peleaban por arrebatarle poder e incluso el Führer se mostraba, por primera vez en la vida, algo desencantado con él. Si hubiera abandonado el cargo, nadie lo hubiera culpado de deserción o deslealtad. El quebranto de su salud era algo que ni siquiera él, que se las arreglaba para incrementar la producción a pesar de cualquier obstáculo, él, el genio organizativo, podía solucionar.

Pero no consideró aquella posibilidad durante los meses de enfermedad. Desde la cama defendió su posición con carácter. La quietud de su circunstancia le dejaba apreciar con mayor claridad lo que ocurría alrededor. Incluso fue por ese entonces que tuvo la primera sospecha de que la guerra se perdería. A pesar de que hizo todo a su disposición para mantener el poder, lo que lo terminó por salvar fue, una vez más en su carrera, la palabra del Führer. Fue él quien detuvo la disputa entre el resto de sus colaboradores y quien reiteró la solidez de Albert Speer en el ministerio de armamento.

En la prisión de Spandau, Albert Speer a veces se preguntaba en qué habría cambiado su suerte si hubiera renunciado en ese tiempo. ¿Estaría aun así tras las rejas?

Entre una decena de documentos que un guardia le entregó en secreto, Albert Speer encontró una carta mecanografiada y sin fechar. La comenzó a leer al anochecer, cuando nadie había de entrar a su celda.

«Papá:

He querido escribirte con el propósito de compartirte un sueño recurrente en las pasadas semanas de mi vida. No se trata de una

escena cifrada, llena de simbolismos o algo por el estilo. Es más bien un recuerdo. Por ello, la angustia que me causa el sueño no se termina al despertar. Me ha afectado mucho y he creído que la única manera de conseguir algo de alivio es escribiendo estas líneas. No es importante que sepas quién de tus hijos está detrás de esto. Sé que harás algunas suposiciones, pero te suplico que no intentes llegar al fondo del asunto. He escabullido esta carta en el paquete que te envía la familia y me gustaría que nadie lo supiera. Te lo repito: esto sólo es alivio para mí. La única manera en que me puedes ayudar es leer lo que escribo y callar.

Bien. El sueño comienza contigo despertándonos a los hermanos a primera hora. Estamos en la casa de campo del Obersalzberg. La guerra ha comenzado, pero aún el ambiente es de tranquilidad en nuestra casa. La noche anterior nos hemos ido a dormir sin saber dónde está nuestro padre. Por supuesto que no tenemos la esperanza de que al otro día se aparezca por ahí. Por eso, cuando nos despiertas, nos emocionamos mucho. Creemos que seguimos soñando. Te saltamos encima. Tú lo permites por un instante. No te importa que te desacomodemos la corbata y el peinado. Nos abrazas y juegas con nosotros, forcejeando sobre las camas. Quizá mamá está recargada en el marco de la puerta. De repente, se te borra la sonrisa de la cara. Siempre puedes sonreír y dejar de hacerlo a tu antojo. Nosotros entendemos que el juego ha terminado. Nos dices: "Vístanse y bajen a comer algo". Aunque es dulce, tu voz nos estremece. Te hacemos caso. Te acomodas el nudo de la corbata y desapareces.

De tan emocionados que estamos, no podemos siquiera decidir sobre nuestra vestimenta. No nos decimos nada los unos a los otros, pero nos miramos y nos damos cuenta de que nos sentimos todos igual porque no dejamos de sonreír. Tiene que venir la nodriza para ponernos en orden. Incluso ella, que nunca tiene buen humor, parece estar alegre. Es que iluminas todo, papá. La casa es otra cuando tú estás. Nos volvemos más ricos con tu presencia. La nodriza nos elige los atuendos más lindos y nos ayuda a vestir. Apenas estamos listos,

nos apresuramos hacia abajo y ella nos grita que no corramos. Sólo por ese día ella no tiene poder. Tu luz opaca al resto.

Mamá nos sienta a la mesa y nos sirve fruta. Por dios, hasta la fruta sabe distinto. Mamá también sonríe y también se viste con algo lindo. Tú le ocasionas rejuvenecer. De un día para otro pierde varios años. Me causa la impresión de que es nuestra hermana mayor. Se mueve por la cocina con gracia y ligereza. Aunque ella no acostumbra a preparar el desayuno, esa mañana insiste en hacerlo, y lo disfruta. Mis hermanos y yo sorteamos nuestra emoción viendo las montañas verdes por los ventanales de la cocina. Pensamos que si existe una guerra, es en un lugar muy lejos de ahí. Huele al café que preparan sólo cuando tú vienes.

Nos terminamos el vaso de leche de un trago al escuchar el sonido inconfundible de tus pasos. Todos, incluso mamá y las personas del servicio, volteamos hacia la puerta con expectación. Tú entras en la cocina como si nada, como si fuera de lo más normal tu presencia, como si entraras a diario ahí a tomar el desayuno. Intercambias unas palabras con mamá que nosotros no escuchamos. Ella te mira con mucho respeto. Por más que te hagas el gracioso, que intentes hablar relajado, ella te mira con respeto. En un momento nos señalas a nosotros y dices algo. Yo adivino enseguida de qué se trata. Mamá sólo asiente. Te quiere abrazar, creo, pero se conforma con tomarte del brazo. Luego vienes hacia nosotros. Descansas una mano sobre la mesa y la otra te la llevas a la cadera; te inclinas hacia enfrente y nos dices con una de tus sonrisas controladas: "Señores, vamos a dar una vuelta en auto". Mis hermanos gritan. Mamá ríe de verdad y se lleva una mano a la boca para esconderlo. Con un aplauso nos indicas que nos levantemos, que te sigamos hacia fuera. El día está por comenzar. Mis hermanos se levantan corriendo, pero yo me quedo en mi asiento. En el vaso que está frente a mí todavía caen algunas gotas de leche. Mamá se acerca. Me acaricia la cabeza. "¿Qué ocurre?", me dice. Escucho el motor de tu coche, allá afuera. "Me da miedo ir en el auto con papá. Parece que nos quiere matar", le contesto. Mis hermanos

gritan de emoción mientras tú pisas el acelerador una y otra vez para calentar el motor».

Aquí el prisionero hizo una pausa en la lectura e intentó hacer memoria. No pudo evitar que su mente comenzara a realizar hipótesis sobre cuál de sus hijos había escrito la carta.

Incluso antes de la resolución de los juicios de Núremberg, Albert Speer había de ganarse el sobrenombre de *el nazi bueno*. Algo tenía que ver la reconstrucción de su imagen y su distanciamiento del resto de los líderes del régimen durante los juicios, pero lo que terminó por merecerle tal etiqueta fue su aceptación de responsabilidad por las acciones del régimen nacionalsocialista. De los veintidós acusados presentes, el arquitecto fue el único en hacer una declaración de esta naturaleza; los demás insistieron en que habían hecho lo que habían hecho porque así se los habían ordenado, en que durante la guerra los actos del hombre habían sido igual de atroces en ambos lados de la trinchera y en que la validez de los juicios de Núremberg era nula. Albert Speer se declaró inocente, como lo hicieron todos, pero aceptó la responsabilidad que implicaba su gestión como ministro de armamento desde 1942 hasta el final de la guerra.

En sus intervenciones, destacaba la frecuencia con que advertía sobre los riesgos del avance tecnológico. Reflexionaba que el Tercer Reich jamás habría llegado tan lejos sin el uso de la tecnología tanto en el armamento como en la comunicación. Consideraba que el mundo, y en especial la cultura occidental, haría bien en mantener un especial cuidado en el empleo de las innovaciones tecnológicas.

Aunque la personalidad del arquitecto surtía efecto sobre la mayoría de las personas que lo escuchaban, algunos creían ver en él un peligro mayor que en los demás acusados. Albert Speer hablaba con tranquilidad y elegancia, pero también con algo de frialdad, y aunque admitía cierta culpa, eso podía ser sólo una estrategia para resaltar su humanidad. Mientras la corrupción moral de otros acusados era reconocible con facilidad, la verdadera naturaleza de Albert Speer era

difusa. Lo sorprendente era la facilidad con que un aristócrata tan bien educado se había puesto al servicio de la indecencia; lo aterrador era que nada en él parecía aterrador.

La locura se propagó en el patio de la prisión. Primero se vio que un día un guardia caminaba alrededor de la pista, pero en general se creyó que sólo paseaba para sacudirse el aburrimiento. Luego se dio la coincidencia de que dos guardias caminaban en la pista, además del prisionero número cinco. Los guardias iban separados y, más que marchar, deambulaban distraídos, pateando piedras, apuntando con los dedos a los pájaros del cielo. Nadie quiso leer las señales de que el contagio de la locura era real. Que dos o tres guardias caminaran alrededor de la pista se fue volviendo un escenario normal. Cada vez su marcha revelaba mayor determinación.

No fue deseo del prisionero número cinco popularizar su práctica. Incluso procuraba no hablar con los guardias que se encontraba a su paso. Él siguió caminando con el goce de la imaginación de otras tierras, proyecto en que los guardias no participaban. Era claro, sin embargo, que el delirio lo había iniciado él. Entre más caminaba, más lo acompañaban. De pronto, ya no era inusual la presencia de seis o siete guardias en la pista. Renunciaban al rigor del uniforme y con frecuencia dejaban las armas colgadas en las ramas de un árbol o escondidas entre los arbustos. Tenían la mirada vacía y caminaban tan determinados como si se dirigieran a algún lado.

El prisionero número cinco no descartaba que un día los directivos se unieran a la caminata general durante el almuerzo.

Lo había decidido: su viaje por Norteamérica sería a través de carreteras. Estaba cansado de los obstáculos de la naturaleza, pues ya se había enfrentado a los más difíciles del mundo. Ahora estaba en una región que le permitía llegar a todos lados sin ensuciarse los zapatos. Estaba convencido, además, de que las carreteras eran la encarnación de la filosofía fundacional de Norteamérica; representaban el ansia

económica de conectar las ciudades, y su construcción había creado miles y miles de empleos. Norteamérica era la tierra del trabajo.

Después de Fairbanks, Alaska, se propuso descender por Canadá y Estados Unidos por la costa oeste. Adivinaba que sería uno de los tramos más bellos del viaje entero. Como había descubierto que el mar le curaba los males del trayecto, trataría de no alejarse demasiado del océano Pacífico. El impulso de detener su marcha, el agotamiento, la soledad, la claustrofobia, la nostalgia, no había nada que el mar no le aliviara. El sonido de las olas le daba vida. Lo único que lo hizo dudar de mantenerse en la costa oeste fue la idea de visitar la ciudad de Nueva York. Nunca había estado ahí. Manhattan era el fenómeno arquitectónico más importante en el mundo, y, aunque no cumplía con los conceptos urbanísticos con que él había soñado, tenía que verlo. Lo provocaba la posibilidad de caminar por las calles infinitamente rectas, a la sombra de los rascacielos.

Al final se mantuvo firme en la resolución de descender por la costa oeste. El sur era su único credo. La continuidad de las carreteras revitalizó su marcha. Hasta que pisó el asfalto entendió lo mucho que extrañaba tener una ruta clara y delimitada. No debía preocuparse por hallar la manera de superar una montaña o cruzar un río; atender el paisaje se volvió su único compromiso. Eran escasos, pero algunos automóviles pasaban por las carreteras. Cuando escuchaba un motor a sus espaldas o cuando advertía en el horizonte la figura de un vehículo, intentaba acertar el modelo. Por lo general, lo lograba. Extrañaba viajar en automóvil y en especial conducir, pero pedir que lo llevaran era impensable. Se limitaba a alzar el brazo y saludar. A veces recibía una pitada como respuesta. Le gustaba especular cómo se veía su figura en el espejo retrovisor.

Anochecía el día de veinte años que transcurría en su mente, y sospechaba que la oscuridad, a sus cincuenta y nueve años de edad, también caía sobre sus hombros.

Escribía sus memorias, y por ello con frecuencia debía pensar en la

vida como en los capítulos de un libro.

Imaginaba a la perfección el índice de su propia historia, y no sabía cómo sentirse al respecto de que estaba ya viviendo lo que correspondería a las últimas páginas.

Lo más interesante de su vida eran los doce años que había colaborado con el régimen nacionalsocialista, y eso le daba un aire de tragedia al libro entero.

Los capítulos iniciales sobre su infancia y juventud eran simples y felices, y si no resultaban triviales se debía a que la semilla de los años tempestuosos venideros estaba escondida ahí, en su crianza, en su burguesía, en sus estudios.

El primer anzuelo del destino había llegado, ahora lo comprendía, demasiado temprano en su vida, y entre más leía el pasaje sobre su acercamiento a la alta esfera del régimen más inevitable lo encontraba.

Ahora podía verse con objetividad, como el personaje de cualquier libro, y se daba cuenta del fenómeno literario que había reinado su vida: a pesar de ser el personaje principal, sus acciones giraban alrededor de un personaje secundario, un fantasma que le robaba todo el protagonismo.

Al clímax de su historia le había faltado algo de heroísmo, y el haber desaprovechado tantas oportunidades para actuar con bravura lo privaba de conseguir redención.

Los años en Spandau eran algo así como la conclusión, y la verdad era que aún no sabía si por ahí escondida existía una especie de moraleja.

Los años que viviera en libertad no serían otra cosa sino un epílogo, y acaso era siempre recomendable mantener esas páginas tan breves como fuera posible.

El desencanto de Rudolf vino después de la liberación de su antiguo jefe. En su primer encuentro tras dos décadas de separación, Albert Speer se mostró un tanto desapegado a quien tanto había hecho por él, e incluso dispuso, sin preguntarle a Rudolf, el anfitrión, que otro

asociado, un industrialista, se añadiera a la reunión. Esa vez Rudolf destapó una botella del vino preferido de su antiguo jefe, el Johannesberger 1937, y sacó de la alacena un jamón de Westfalia de un cerdo que había nacido el día en que murió Stalin. Albert Speer recibió en ese encuentro una versión editada de la crónica de sus actividades como inspector general de construcción y como ministro de armamento, una colección de fotografías de sus edificios, todos los escritos que había reemitido desde Spandau y el saldo restante de la cuenta bancaria que Rudolf había inaugurado años atrás, dinero que gastaría pronto en comprarse un auto de lujo. A pesar de tantas atenciones, Albert Speer no abandonó del todo un cierto tono de superioridad hacia con Rudolf. Más que pedirle favores, le dio órdenes, y tomó lo que el otro le entregaba sin el mínimo rastro de gratitud.

Mientras su antiguo jefe cumplía la condena, Rudolf había desarrollado una exitosa carrera como arquitecto. Se había encargado de la reconstrucción de su ciudad natal, Coesfeld, y de otras, como Rheine, Borken y Anholt. Su despacho, que siempre trabajaba a todo vapor, se hizo cargo del diseño y construcción de los edificios más importantes del estado de Renania del Norte-Westfalia. Era natural, por lo tanto, que se sintiera ofendido por el trato autoritario de Albert Speer; un solo gesto o una frase del recién liberado desacreditaban enteros el trabajo y la posición de Rudolf.

La relación se tensaría aún más con la entrevista que había de dar Albert Speer en 1966 a la revista Der Spiegel, que le pagó por ello una pequeña fortuna. La entrevista era la primera que daba el arquitecto tras su salida de Spandau. Después de leerla, Rudolf le escribió a su amigo, molesto con la manera en que éste ahora reprobaba el régimen del Tercer Reich. Aunque Rudolf nunca fue miembro del partido nacionalsocialista, las críticas de su antiguo jefe le parecían injustas y contradecían todas las conversaciones que habían tenido ellos dos antes del final de la guerra. Acaso la molestia de Rudolf era tan profunda porque sabía que lo que declaraba Albert Speer del Tercer Reich no era genuino.

Anochecía. Nadie lo molestaría en su celda. Un poco de luz entraba por el borde de la ventanilla que daba al pasillo y otro poco por la ventana detrás de la cama, que encuadraba el resplandor de la luna de Berlín. Uno de sus hijos le había escrito una carta y así continuaba:

«Mamá se acuclilla junto a mí. "Te puedes quedar aquí conmigo, amor, si así lo prefieres", me dice. "Pero creo que deberías de ir. A tu papá le gustaría pasar tiempo con ustedes porque los extraña mucho y esos paseos en auto son su manera de decirles que los quiere". Me aprieta una mejilla. Yo asiento con la cabeza, sin decir nada. "Vamos, te acompaño", me dice mamá y me ofrece la mano. Me levanto de la silla y atravesamos la casa hacia afuera, donde mis hermanos siguen gritando con emoción.

El auto es un cabriolé BMW, a dos colores, y tiene la capota abatida. Tú estás detrás del volante, pero tu puerta está abierta. Me da la impresión de que me estás esperando. Eso quiero creer. Cuando me ves, desciendes del auto. Mamá me suelta la mano. Tú me tomas por las costillas, me levantas en el aire y me colocas en el asiento trasero, entre dos de mis hermanos. Los otros dos viajan en el asiento del copiloto. El menor (puedes descartar que es él quien te escribe) probablemente está dormido en su cuna, en el piso de arriba. Subes al auto y cierras la puerta. Avanzamos. Yo me pongo de rodillas sobre el asiento y me vuelvo hacia atrás. Me despido de mamá, que espera en la entrada de la casa hasta que desaparecemos de su vista.

La mañana es soleada. Debe ser primavera o inicios de verano. El bosque está verde y el aire fresco. La carretera por las montañas está desolada. Sólo el rugido del coche rompe con el silencio del Obersalzberg. Mis cuatros hermanos viajan medio de pie, medio de rodillas, asomando el cuerpo sobre la carrocería. Tú no dices nada porque ni siquiera te das cuenta. Sólo miras el camino. Yo me acomodo bien en mi lugar, con miedo. Ellos siguen riendo. Te dan palmadas en el hombro, se cuelgan de tu brazo, intentan darte un beso en la mejilla. Puedo ver tu rostro en el espejo retrovisor y advierto cómo disfrutas tomar las curvas de la carretera. Inclinas el cuerpo hacia donde giras el

auto y parpadeas lento, como si le dieras un sorbo a tu café.

En un punto, uno de mis hermanos grita: "¡El Berghof!", y señala hacia la residencia, a lo lejos. Los demás la van señalando y dicen que la han encontrado también. De pronto, el hermano que viaja a mi izquierda, detrás de ti, hace el saludo fascista y dice las palabras de rigor, que no soy capaz ahora de escribir. Tú ríes, papá. Casi aplaudes. Puedo ver en el espejo cómo sonríes, cómo te causa gracia que mi hermano haga eso. Te miro con tanta atención que ni siquiera escucho si alguien repite las palabras. Tú estás concentrado en el camino. "Papá, ¿vamos a ir a ver a nuestro tío?", pregunta alguien.

Comienzas a pisar el acelerador en serio. La inercia obliga a mis hermanos a sentarse. En las curvas a veces el automóvil patina un poco y los neumáticos chillan. Pero tu rostro no se altera. Lo tienes todo bajo control. El aire nos pega fuerte en la cara. Mi hermano, el que viaja a mi derecha, apenas puede abrir los ojos y poco después cae dormido. Yo me estoy muriendo y él se queda dormido. Es increíble. Y es que en verdad me estoy muriendo. Siento el estómago vacío y hormigas en los pies. Tengo tensados todos los músculos del cuerpo. Pero lo que me mata en realidad es que yo sí soy consciente del peligro que corremos. Sé que en cualquier momento nos podemos salir del camino y volar montaña abajo, hasta que la gravedad no quiera más. Puede explotar un neumático, o podemos encontrarnos de frente con otro coche que invade nuestro carril, o pueden fallar los frenos.

Es absurda la velocidad con que avanzamos. Es difícil de entender que en un camino tan sencillo se pueda conducir tan rápido. Imagino a una muchacha que ha salido esa mañana a caminar un poco, a pensar en su enamorado por el campo y nada más. Pienso en que en la próxima curva ella está cruzando la carretera para llegar al río. Pienso que la vamos a arrollar sin duda alguna. Se me salen unas cuantas lágrimas. La vamos a matar y ella no ha siquiera conocido a qué saben los besos. Y yo tampoco. Lágrimas y más lágrimas. Aunque superamos la curva y la muchacha no aparece por ningún lado, sigo pensando en ella y sigo llorando. Mis hermanos no se dan cuenta. El auto atraviesa

impetuoso la región. Una recta se extiende ante nosotros. No sé si debo tranquilizarme por la ausencia de curvas o preocuparme más porque ahora podrás llevar el auto a su límite. Es una recta larga, muy larga, que asciende un poco. En cuanto sales de la última curva, para mi espanto, aceleras a fondo. El motor brama como bestia fustigada. Mis hermanos son inmunes a la velocidad, ni siquiera la advierten. Yo, en cambio, me suelto a llorar sin tapujos. A los pocos segundos me ves por el espejo. Te veo con claridad porque el viento me arranca las lágrimas. Tienes el rostro serio. Le reclamas al auto lo poco que le queda de potencia. Me sostienes la mirada. Lloro más al darme cuenta de la aceleración. No me quitas los ojos de encima, ni siquiera para ver el camino. Te veo y lloro y te veo más y lloro más. Nunca te he entendido tan bien como durante esos eternos segundos de la recta. Por fin siento que te conozco. Sé bien quién eres.

Hacia el final de la recta, frenas un poco y te introduces con habilidad en la próxima zona de curvas. Mi hermano, el que viaja a mi derecha, no tarda en despertar. Lo primero que ve es el cielo claro y lo contempla un buen rato. Luego, cuando baja la mirada, descubre mi desgracia. Me he orinado. No dice nada. Recarga su cabeza sobre mi hombro y me toma de la mano».

La carta estaba mecanografiada y sin fechar.

Sobre el asunto del trabajo forzado no pudo decir mucho en su defensa. Declaró que había exigido la mano de obra de millones de personas que trabajaban en contra de su voluntad y admitió que sabía del porcentaje de su industria que explotaba a los prisioneros de los campos de concentración. Una vez que dejó eso claro, se esforzó en puntualizar que nunca supo nada acerca del trágico destino de los judíos en el Tercer Reich. No se presentó documento alguno que lo conectara directamente con el Holocausto. Albert Speer argumentaba que entre más alto se estaba en la jerarquía política, menos se enteraba uno de lo que ocurría dentro de los campos de concentración; si uno no tenía una responsabilidad ligada a la operación de tales infiernos, no

había manera de conocer las prácticas que ocurrían dentro. La mayoría le creyó.

Una de las mejores cartas a su favor durante los juicios de Núremberg fue la de su desacato a la orden de tierra quemada que se emitió en marzo de 1945, a unas cuantas semanas de la caída definitiva del Tercer Reich. La orden, que luego se llamó la Orden Nerón, pretendía la destrucción de infraestructura en territorio alemán para dificultar el avance irremediable de los Aliados. Albert Speer luchó por incumplir la estrategia. No tenía propósito, creía, hundir más a la nación; era preferible aceptar la derrota y prepararse para la rehabilitación de la posguerra. Les ordenó a sus subalternos que hicieran caso omiso de la Órden Nerón; ninguna fábrica, ningún puente ni ningún edificio había de ser destruido. Declaró que él mismo respondería ante el Führer en caso de cualquier recriminación de la milicia. Esta decisión política le sirvió de paliativo durante el juicio; los jueces le reconocieron que había sido uno de los pocos que le habían dicho al Führer que la guerra estaba perdida.

Esa madrugada en Spandau lo despertaron unas ganas inmensas de llorar. Nunca le había pasado algo así. Del modo en que a veces lo despertaba una urgencia de orinar, esa madrugada fue una urgencia de llorar. Parecía una locura, pero no podía explicarlo mejor. Ni siquiera tuvo tiempo para reflexionarlo. Apenas abrió los ojos, el llanto brotó. Su respiración no se alteró y tampoco se le congestionó la nariz; se trataba de una necesidad exclusiva de expulsar lágrimas por los ojos.

No podía atribuir el llanto a una depresión. De hecho, las pasadas semanas en particular habían sido excelentes en cuanto a su estado de ánimo. En los años de encarcelamiento, creía recordar, había llorado alguna vez por el recuerdo de sus padres, por su intermitente falta de fe y por no hallar una aguja. Nada de eso lo aquejaba ahora. Ya había decidido no pensar en sus padres, convencerse de que creía en un dios y renunciar a la costura.

Las lágrimas le causaron ardor en el rostro, pero no quiso

limpiárselas; después de un rato aprendió a tomarle gusto a la sensación. La oscuridad de la celda le sirvió para repasar uno por uno los asuntos en su vida que podían alterarlo. Nada se le ocurrió. Le sorprendió reconocer para sus adentros que no extrañaba a su familia y que si algo lo tenía sin cuidado era la incertidumbre de si volvería a construir algún edificio en la vida; la atención que recibiría de los medios de comunicación al salir de Spandau incluso le excitaba.

Fue hasta que se adormiló otra vez, que pudo dar con la respuesta. Casi soñando, vislumbró un objeto al final de un pasillo a media luz. Avanzó en su pensamiento deprisa, pero el objeto no cobraba forma. Emprendió una carrera de largas zancadas. La parte despierta de su mente le aconsejó no forzar el corazón; la parte dormida le insinuaba que llegar al final de ese pasillo era cosa de vida o muerte. Justo antes de que su trote alcanzara la máxima velocidad, se tropezó. Para levantarse se tomó el tiempo exacto que se toma el que se cae en soledad y en sus sueños. Cuando se puso de pie, el objeto estaba frente a él. Era un espejo. Vio su rostro sin color, su pelo delicado y sus ojos cansados. Levantó una mano y la acercó al espejo, como si aquella fuera la manera más delicada de acariciarse el rostro. Antes de que lo alcanzara a tocar, su reflejo dijo lo siguiente: «Hoy en un año estaré en libertad». Al instante, se despertó por completo y dijo las palabras en voz alta: «Hoy en un año estaré en libertad». Era cierto. El día que había comenzado inauguraba su último año en la prisión de Spandau. Era 1 de octubre de 1965.

Después de Vancouver, el plan de ruta era sencillo. Cruzar la frontera por White Rock, pisar Estados Unidos en Blaine y entonces caminar hacia el sur, alcanzar la carretera número 5 y caminarla hasta la ciudad de Olympia, a través de Seattle y Tacoma. De Olympia caminaría hacia el oeste, hasta Aberdeen, donde se incorporaría al fin a la carretera 101. Los mapas le revelaron a Albert Speer que en su travesía por Estados Unidos sólo había de pasar por tres estados: Washington, Oregon y California. Puesto de esa manera, el camino no sonaba tan extenso. Además, una vez que entrara en la carretera 101 no

había de salirse sino hasta estrellarse con la frontera mexicana, en el sur de California. La 101 era perfecta para sus intenciones; no tenía mayores obstáculos ni se desviaba en ningún punto de su meta (el sur), y corría paralela a la costa del Pacífico.

En su marcha por Washington, se maravilló con la calidad constructiva de las carreteras. Los cinco carriles de cada lado del camino le generaron una grata sensación de amplitud; su deseo por conducir se intensificó más que nunca. En promedio, los automóviles y camiones pasaban a cien kilómetros por hora; desde la orilla parecía una carrera encarnizada e interminable, pero Albert Speer adivinaba que desde el interior de los automóviles gobernaba la percepción de que el flujo vehicular avanzaba a una velocidad razonable y que la posibilidad de un accidente era remota. Relacionó la amplitud constructiva de las carreteras con la ambición estadounidense.

En su marcha por Oregon, asimiló la formidable cantidad de conexiones entre las carreteras. Cada diez kilómetros, más o menos, se encontraba con un camino que atravesaba la 101 y que, según los anuncios, conducía a un puñado de lugares; sin excepción los caminos secundarios tenían por lo menos un carril y medio en cada sentido y su estado no era inferior al de la carretera 101. El sistema vial estadounidense había sido ejecutado bajo un exigente y detallado plan organizativo. Las salidas estaban hechas y anunciadas a la perfección, la pintura de los carriles lucía reciente, no faltaban vallas de contención en las curvas y el asfalto no presentaba rajaduras ni baches. Los estadounidenses habían llevado el concepto de la autobahn alemana al extremo. Si la nación se había fundado sobre el derecho a la búsqueda de la felicidad, más valía que los ciudadanos tuvieran acceso a tal infinidad de caminos.

En su marcha por California, bajo los rayos inclementes del sol, deliró con la idea de que cada vez los autos habían de correr a mayor velocidad. La versión del año actual de cualquier modelo sería superada por la del siguiente año, y no sólo en velocidad, sino en diseño, accesorios y manejo. Los kilómetros de locura de su paso por

California le alimentaron una mortificación considerable por los niños de Estados Unidos y luego por los de todo el mundo. Temía que la ambición de la cultura occidental era que cada generación fuera mejor que la anterior. Cuando un niño le lanzaba una mueca o un saludo desde la ventana de un automóvil, se colapsaba pensando en la presión que sus padres ponían sobre de él y, en especial, en la que habría él de poner sobre sus hijos. El niño tenía que ser más rico y más estudiado y más feliz de lo que sus padres habían sido jamás. A ese paso, en unos cuantos años, pensaba el peregrino, la velocidad de los automóviles no le permitirían al conductor admirar el paisaje, gozar el camino.

La tarde del 1 octubre de 1946 se leyeron los veredictos en el Palacio de Justicia de Núremberg. Albert Speer fue declarado inocente en los cargos 1 y 2, conspiración y crímenes contra la paz, y culpable en los cargos 3 y 4, crímenes de guerra y contra la humanidad. Su culpa estaba relacionada con su participación en el programa de trabajo forzado. Aunque no había estado involucrado en la administración directa del programa, había demandado la provisión de mano de obra a los mandos correspondientes.

Luego de escuchar el veredicto, los acusados fueron llevados al sótano del Palacio de Justicia. Esa habría de ser la última ocasión en que todos se encontraran reunidos. Uno a uno, los fueron llamando para escuchar las sentencias; se introducían en un ascensor que los llevaba a la sala de juicios y no regresaban. Dieciséis acusados pasaron antes que Albert Speer, que mantuvo la compostura en todo momento. Cuando por fin llegó su turno, un soldado lo acompañó en el ascensor, luego lo condujo hasta un estrado en la sala de juicios y le entregó unos auriculares para la traducción, pues leerían en inglés la sentencia.

El lugar estaba desolado. A diferencia de los juicios, las sentencias se realizaron a puerta cerrada. Albert Speer se descubrió a sí mismo calmado. El miedo había ocurrido días anteriores, durante la espera del veredicto. Ahora no sentía nada. Se colocó los auriculares, respiró hondo y miró de frente al juez, que leyó lo siguiente: «Albert Speer, condenado a veinte años de prisión». Quizá fue que el arquitecto se

empeñó a suavizar las palabras que le retumbaron en la cabeza o quizá que su visión del tiempo relativizaba todos los periodos; el asunto fue que él quiso escuchar lo siguiente: «Albert Speer, condenado a un día de prisión».

Había encontrado la carta entre varios documentos que su familia le había hecho llegar de manera clandestina. Como no estaba firmada, el prisionero pensaba que la identidad del autor se escondía en los detalles de la redacción. Leyó la carta con mucha atención e incluso intentó detectar algún perfume en el papel.

«Así termina mi sueño, que es también un recuerdo, como te he dicho. No suelo despertarme de súbito, soltando un grito ni nada por el estilo. Sólo abro los ojos y pienso en aquellos tiempos. Por supuesto que no vuelvo a dormir esa noche. Por lo general, me duele la cabeza y me tengo que tomar alguna pastilla. A veces me pregunto si en ese momento, en tu celda, tú también estás despierto. Siempre termino por concluir que en caso de que estés despierto no estás pensando en mí ni en mis hermanos. No sé cómo justificarlo, pero tengo la certeza de que así es. Papá, ¿te das cuentas de lo terrible que es pensar eso? Si me tuvieras de frente, ¿podrías negar que piensas más en tus logros profesionales, en tu carrera política y en tus amistades pasadas que en nosotros?

Nunca se me borra de la mente tu mirada en el espejo retrovisor. De cuando en cuando, en medio de una cena, por ejemplo, o mientras camino por el parque, visualizo esos ojos que me miran. Tu mirada vacía me acompaña a todos lados. Me he acostumbrado a ella. Seguramente mientras lees esto, la estoy visualizando. Nunca se lo he contado a nadie y tampoco lo de ese paseo en auto. Por supuesto que mis hermanos tienen en la memoria que nos llevabas en tu auto, pero sospecho que nadie recuerda con precisión ese día. Y tengo la convicción de que ninguno de ellos te observaba como yo. Eso es lo que creo, pero la verdad es que mis hermanos y yo nunca hablamos del asunto.

Aquí me detengo. He querido escribirte y ahora lo he hecho. Me

siento mejor. Sólo te ruego que no le comentes a nadie que has recibido estas líneas. Será nuestro secreto, como ese momento en que me dejaste ver tu verdadero ser. Te recomiendo que al terminar de leer esta carta la destruyas de una vez por todas. No la releas. No te hagas daño. Rompe a la mitad estos papeles y piensa un segundo en mí. ¿Puedes ver mis ojos?».

Anochecía en Berlín.

Concibió un catálogo de las construcciones de las carreteras de Norteamérica.

Las gasolineras.

Las cenadurías.

Las iglesias.

Aunque no eran construcciones exclusivas de la carretera, el hecho de que se encontraran ahí les daba cierto matiz de abandono.

En las gasolineras un auto siempre se acababa de ir.

En las cenadurías no se veían las meseras porque estaban fumando en la parte de atrás.

En las iglesias el agua bendita provenía de la cisterna que compartían con la granja de al lado.

El catálogo habría de ser a blanco y negro.

Y el mismo matiz de abandono adquirían las personas que caminaban por el acotamiento.

Los perdidos.

Los que huían.

Los que no sabían qué buscar.

El catálogo de las personas de las carreteras sería también a blanco y negro.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió parte de algo.

Si de él hubiera dependido, habría seguido caminando por el resto de su vida.

La felicidad era una carretera y una cobija.

Cuando inició el último año en Spandau, le surgió la sensación de que en cualquier momento el tiempo se terminaría y todos sus

proyectos quedarían suspendidos. La realidad en que había vivido por los pasados diecinueve años se terminaría de golpe y vendría otra a reemplazarla, y eso era similar a la muerte. Empezó a ver las cosas con la óptica del adiós. El encuentro de la alegría por recuperar su libertad y de la mera inercia por permanecer en Spandau resultaba en una dualidad anímica agotadora. Unos días entendía su entorno como el rincón más seguro del mundo y otros días como un espacio de tortura. Los médicos le aseguraban que tal desorientación sentimental era de esperarse en los últimos meses de encarcelamiento, y en particular después de tantos años. Albert Speer reconocía que la balanza secreta de su voluntad se inclinaba hacia permanecer en Spandau.

De sus proyectos sólo le dolía dejar atrás el jardín. Nadie lo cuidaría como él. Ya para entonces, el jardín se había vuelto el centro de la prisión, no sólo para su creador, sino para todo el personal. La belleza de sus formas había logrado magnetizar a los guardias y a los otros dos prisioneros de tal modo que estaban siempre al tanto de la condición del jardín. No era inusual que cuando Albert Speer decidía hacer un cambio, los demás lo discutieran al igual que si analizaran una movida de ajedrez. Cuando el arquitecto se fuera de ahí, sería inevitable que el jardín se viniera abajo. No había nada que hacer, salvo resignarse. Aunque durante la etapa final atendió con más esmero que nunca el jardín, a veces, en los arranques de dualidad anímica, admitía que no podía esperar el día en que lo más importante de su vida no fuera el florecimiento de una planta. Otras veces tenía el antojo de bañar todo con gasolina y arrojar un fósforo.

La suspensión del proyecto de caminar no lo afligía ni siquiera un poco. Más lo aterraba la idea de recorrer los cinco continentes del planeta y quedarse sin terreno por el que seguir. Ahora sólo tenía una curiosidad tremenda por ver en qué punto del mapa se detendría. Incluso consideró por un instante la posibilidad de dirigirse a ese sitio una vez en libertad y continuar la caminata. Aunque no se lo tomó demasiado en serio, le divertía imaginar la reacción de sus familiares. De lo que sí estaba convencido era de caminar alrededor de la pista

hasta el último de sus días en cautiverio. Con un rápido cálculo confirmó que el día de la liberación lo sorprendería en algún lugar del centro de México. Decidió que, ya libre, festejaría, aunque su corazón no quisiera salir de Spandau. Lo festejaría en grande y lo haría con tequila.

Anochecer

Lo ha olvidado por un segundo. Es un pueblo con mar. Durante tantos años de ausencia, Leif ha retenido detalles más pequeños del lugar, como el canto de los grillos o la forma de ciertos árboles, pero el hecho de que Dodge es un pueblo con mar lo ha olvidado por un segundo. Más bien, lo ha olvidado por veinte años, el tiempo que le ha tomado volver. Se ha marchado con algo de juventud aún en los ojos y ahora no le queda ni un pelo negro en la cabeza. Anochece. Leif se acerca a Dodge a pie, por el único camino que hay y que ha habido siempre. No alcanza a mirar el mar, pero lo adivina a lo lejos, ahí donde sólo hay oscuridad. Incluso desde la distancia, es evidente que el pueblo ha crecido. Las farolas se han multiplicado en todas las direcciones.

No encuentra a nadie al entrar al pueblo. Algunas mecedoras aún se mueven en los pórticos de las casas. Sólo el sonido de ventanas que se cierran rompe el silencio. Al doblar en una esquina, Leif se encuentra con un fantasma. Es la gran puerta del edificio que no terminó de construir. Alguien que visita Dodge pensaría que un palacio se vino abajo después de un terremoto y que la puerta es lo único que se mantuvo de pie. En realidad, eso es todo lo que se construyó jamás del edificio. Leif mira por un tiempo aquella aparición arquitectónica, cuya existencia sepultó en su memoria hace más de una década. Aún cree que la puerta es sublime, en especial el arco que se levanta cinco metros sobre el suelo. El día en que se marchó, pensó que la obra que dejaba atrás tenía el aspecto de una lápida gigante. Ahora alguien le ha dado algo de vida. Donde había de levantarse el primer museo de Dodge, ahora hay una gasolinera. Bajo una estructura que parece flotar, hay dos bombas para cargar y, más allá, una pequeña edificación que hace de tienda, aunque en ese momento está cerrada. La gran puerta

ahora sólo sirve de ornamento. La convivencia del acero de la nueva estructura y de la piedra de la puerta origina una belleza inesperada. A Leif le duele admitir que el espacio se ha vuelto una composición de balance y buen gusto. Le duele, pero su honestidad artística termina por darle crédito a quien haya imaginado esa remodelación. Lo que le resulta imposible de concebir es que haya autos en Dodge. Cuando partió, la invención del automóvil no era aún una realidad.

Sigue con su camino. Las calles están vacías. Para ese entonces el olor a sopa se ha esparcido por el pueblo. Leif siente la precipitación del final de los viajes. Está por llegar a casa, luego de veinte años. El corazón se le acelera y no sabe qué hacer con las manos. No le preocupa tanto la impresión que causará su llegada como la que causó su marcha. Aún no se perdona haber escapado. Ya no puede caminar con la irreflexión con que salió de Dodge. Desde hace tiempo, cada paso es un eco de su culpa. Cuando dobla en la última esquina antes de su casa, comienza a escuchar en sus adentros las melodías más bellas que recuerda.

Escondida entre árboles y sombras de la noche, la casa se ve en excelentes condiciones. Es de madera en su totalidad, y es blanca y de dos niveles. Hay un par de luces encendidas en el interior y se adivina algún movimiento. Leif encuentra abierta la pequeña puerta de la barda, atraviesa el jardín, sube los tres escalones que llevan a la entrada y golpea dos veces la puerta con suavidad. Decide retroceder un poco, hasta el borde del último escalón. Unos pasos se acercan. Él los reconoce. La música que escucha en sus adentros se intensifica. La puerta se abre y aparece una mujer.

Alva, dice Leif.

Leif, dice Alva.

La mujer viste con una camisa blanca y lleva una pañoleta roja en el pelo.

Alva, vuelve a decir Leif.

Él tiene el rostro petrificado y de pronto pierde la sensación en las extremidades.

Entra. Estoy a punto de servir la cena, dice Alva.

Ella lo anima a pasar con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

Leif la sigue hasta la cocina. En el camino, le basta echarle un vistazo al comedor y a la sala para percatarse de que en esa casa no hay una sola partícula de polvo. Alva se mantiene ocupada con los guisos de la cena, tanto que ni siquiera puede voltear a ver a Leif, que se planta en el marco de la puerta de la cocina. Alva habla de lo buenas que están las manzanas esa temporada, del pecado que sería no preparar una tarta como lo hacía su madre y de lo mucho que la extraña. Leif la escucha. Lo cautivan los movimientos tan coordinados de su mujer por la cocina. Ella tararea todavía mientras vigila las cacerolas. Ya cuando Alva ha cambiado de tema, él reacciona.

Lamento de lo tu madre, Alva. ¡Cuánto la quería!

Ella ahora prepara una ensalada. Habla de cómo ocurrió lo de su madre. Leif está embrujado por la destreza de la mujer. En veinte años había recordado otras cosas de ella, como su insomnio sin cura o su llanto en su cumpleaños, pero la manera en que prepara la cena la recuerda hasta ahora que la observa. Alva tiene el rostro liso y limpio e iluminado. Si no fuera por sus manos, que están llenas de pecas y arrugas, sería difícil de creer que tiene casi la edad de Leif.

Después de un rato, Alva le pide a su marido que le ayude a poner la mesa. Leif va al comedor, abre la estantería, que ya era de su familia desde que él tiene memoria, y halla la loza en el mismo orden que dispuso Alva el día que la compraron.

¿Cuántos lugares coloco?

Cuatro, seremos cuatro.

Alva apaga el fuego. Calcula que la cena se servirá en tan sólo unos minutos. Leif termina de poner la mesa y abre una botella de vino que dejó en la alacena dos décadas atrás. Se sientan en el comedor.

No sé qué pasó, Alva. Tenía que marcharme.

Hasta entonces ella lo voltea a ver.

Luego me cuentas, le responde y le coge la mano. Me alegra que estés aquí.

En ese momento se escucha que alguien abre y cierra la puerta de la barda, atraviesa el jardín, sube las escaleras y abre la puerta de la casa. Leif y Alva se ponen de pie. El mar se escucha apenas. Un hombre joven entra. Tiene en las manos un par de cascos y un portafolios. Es el retrato vivo de Leif a los treinta años. Mientras cuelga en la entrada los cascos, un niño entra detrás de él y cierra la puerta con un pie. El sonido del mar desaparece. No se distingue su rostro porque viene abrazando una docena de planos enroscados que rebasan su altura, pero sus ojos se asoman entre los papeles.

La cena está lista, dice Alva.

El niño deja caer los planos al suelo, corre hacia el comedor y se le lanza a los brazos a Leif.

¡Abuelito! Por fin te conozco. ¡Qué bueno que ya estás aquí! Yo soy Rocco y te quiero mucho.

Cuando termina de acomodar sus cosas en la entrada, el hombre se acerca, besa a Alva en la frente y le extiende la mano a Leif.

Hola, Lemuel, dice Leif, extendiendo la suya.

Papá, bienvenido.

Anochece.

Alguien tiene de pronto la idea de que lo que le falta a Dodge es un museo. Varias personas están de acuerdo y al poco tiempo la única duda que hay sobre el asunto es de qué debería ser el museo. Las propuestas más populares son un museo de la pared, en el que los muros sean la única exhibición, y un museo de los días, en el que se recopile la información histórica más destacada de cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año. La casualidad viene a resolver el asunto. Una ballena amanece encallada en una playa cercana. Se decide que el museo sea de oceanografía y que el esqueleto de la ballena sea el centro de la colección.

Quién debería ser el arquitecto no es una interrogante seria. En Dodge hay una sola familia de arquitectos, y son ellos mismos quienes deciden que sea el más joven el que se encargue del proyecto. El joven se llama Leif y tiene treinta años. Su padre y su abuelo son arquitectos.

Medio pueblo ha sido construido por la familia. Aunque el único proyecto que Leif ha completado por sí solo es la casa a la que recién se ha mudado con su esposa y su hijo, el rumor de que él es el más talentoso en la historia de su apellido está ya bien esparcido. Es oficial. El municipio de Dodge le comisiona el diseño del museo de oceanografía.

Leif se encierra en casa a trabajar por un par de meses. Trabaja en su estudio desde el amanecer hasta la merienda, pasado el mediodía. Luego pasa horas jugando, platicando, dibujando, con su hijo, Lemuel, que está por cumplir los diez años. Antes de que anochezca, trabaja un poco más, hasta la cena. Después mete a la cama a su hijo y sale a caminar un rato por el pueblo, cuando la gente ya descansa. Su parte favorita del día viene al volver a casa. Alva, su mujer, lo espera en la tina. Leif entra al baño, se desnuda, se mete al agua y se enjabona, todo sin decir una palabra. Sólo después del amor, comienzan a platicar, mas lo hacen lento y sin demasiada cordura. Hablan como si estuvieran dormidos. Les gusta quedarse en la tina hasta que el agua se enfría. Y así todos los días de Leif.

La obra inicia un lunes, con la asistencia de celebración de medio pueblo. Las expectativas son altas. Leif sale de su encierro. Parece calmado, seguro de lo que hace, y responde con gentileza a cualquier duda. En unas cuantas semanas, una gran puerta cobra forma. Muchas personas se detienen a admirarla. Nadie se cuestiona la razón por la que Leif ha decidido construir en tan insólito orden. De algún modo, con tan sólo mirar la puerta se puede adivinar el resto del edificio. Incluso algunos comienzan a opinar sobre las líneas aún invisibles.

Una noche, Alva se mete a la tina, espera por horas y el agua se enfría y su marido no vuelve de su caminata. Se va a la cama y sufre un terrible insomnio. Llega el amanecer y Leif no aparece. Ella no necesita que pase más el tiempo para tener la seguridad de que él se ha marchado. Esa mañana los trabajadores no saben cómo continuar con la obra. Días después, Alva encuentra en el estudio de Leif los planos del proyecto y se sorprende de que no son más que dibujos repetidos

de la puerta ya construida. El museo se suspende. El abuelo de Leif muere con la idea de que su apellido ha caído en desgracia y su papá abandona Dodge.

El tiempo pasa. El pueblo crece. Las manos de Alva se arrugan. Ella no busca otro amor, aunque a ella algunos hombres la buscan. Se dedica de tiempo completo a su hijo, Lemuel, que cada día se parece más a su padre. Alva confía en que Leif volverá. Se propone que el tiempo no ejerza autoridad en la casa y hace esfuerzos diarios para conservarla en buen estado. No cambia siquiera la manera en que Leif dejó alineados los lápices sobre el escritorio del estudio. Todas las noches, sin excepción, toma un baño en la tina y no se sale sino hasta que el agua está fría.

Lemuel se vuelve arquitecto, desde luego. A diferencia de su padre, él comienza a construir desde muy joven. Trabaja con un impulso pasmoso, casi incongruente con la calma de Dodge. A los veinte años de edad, ya es un señor. Su seria personalidad hace que la gente lo tome en serio. Ha construido una docena de proyectos, cuando conoce a Eda, una muchacha que llega a vivir con su familia a Dodge. No tardan en casarse. Un año después, Eda da a luz a un niño pero ella muere en el parto. Sus últimas palabras son el nombre del niño: Rocco. Es por ese entonces que Lemuel obtiene el proyecto de la gasolinera, en el predio donde años antes había de levantarse el museo de oceanografía de Dodge.

Rocco crece inseparable de Lemuel. Cuando el niño comienza a caminar, acompaña a su padre a todos lados. Parecen hermanos. Rocco resulta tener un temperamento excepcionalmente alegre, y ello se acentúa en contraste con su padre, que la vida ha vuelto más bien sombrío. Después de visitar durante el día las obras que Lemuel dirige, suelen pasar unas horas en casa, platicando, jugando, dibujando, del mismo modo en que lo hacían Leif y Lemuel años atrás. Con frecuencia, regresan a una obra por la tarde, antes de la cena. A Rocco le encanta el oficio de su padre.

Hay apenas unos cuantos autos en Dodge cuando Leif vuelve, pero

la gasolinera es una especie de declaración que afirma que ese es un pueblo listo para la llegada del progreso. Las maravillas de la tecnología no han de tardar y llegarán por medio de la carretera. A su regreso, después de veinte años, Leif advierte de inmediato que ese espíritu de progreso gobierna Dodge. Él lo cree equivocado. Abren restaurantes y tiendas, aunque todavía no haya clientes. No dice nada, pero le molesta la manera en que todos se preparan para la llegada de algo así como la civilización.

Lemuel y Leif están sentados en la arena, frente al mar. El sol ya se ha ocultado, pero su resplandor aún ilumina el cielo. A unos cuantos pasos, Rocco dibuja sobre la arena con la rama de un árbol. Está descalzo y se ha recogido los pantalones.

—Has hecho un buen trabajo —dice Leif—. Con el niño y con las construcciones.

—Rocco es fenomenal —dice Lemuel.

—De verdad que lo es. Lo has hecho bien.

Rocco ha dibujado un gran cuadrado y ahora dibuja líneas en el interior. Es una especie de laberinto.

—Y las construcciones, no sé qué decir. Es mucho mejor de lo que jamás pude imaginar. La casa del sastre me ha encantado. Gracias por llevarme a ver tu trabajo.

—No hay problema.

—Los muros parecían estar zurcidos.

Rocco levanta la cara y mira a su abuelo.

—¿Y qué me dices de la iglesia, eh? La de los protestantes —dice Rocco.

—Sí, es linda, también —dice Leif.

—Poesía, eso es lo que es —dice Rocco.

Lemuel y Leif ríen. Hace veinte años que no ríen juntos. El cielo se pone rojo. Rocco regresa la mirada a su trazo laberíntico y se lleva las manos a la cintura. Frunce el ceño porque no sabe cómo continuar.

—Me he sentido muy bien los pasados días, ¿sabes? —dice Leif—. Me hacía mucha falta estar aquí, con ustedes. Pero no quiero arruinarle

nada a nadie, en especial a ti. Quiero quedarme en Dodge y estar con ustedes, pero sólo si a ti te parece bien.

Rocco reanuda su dibujo con la rama.

—Nadie está enojado contigo, papá. Por supuesto que puedes quedarte. Eso a mamá la haría feliz. Sí. Y a mí también.

—Gracias, gracias por decirlo, Lemuel.

El dibujo podría ser un laberinto, y más por la manera en que Rocco pasa la rama unos centímetros sobre la arena, como resolviéndolo. Sin embargo, cierta naturalidad en las líneas lo asemejan más bien al plano de un edificio, complejo, sin duda alguna, pero de tránsito fácil.

—Quiero que sepas que me puedes preguntar en cualquier momento sobre mi desaparición. No estoy orgulloso, pero tampoco tengo nada que esconder.

—Está bien.

—Sólo tienes que saber que no tuvo nada que ver contigo ni con tu madre.

Cuando comete un error, Rocco se acuclilla y aplana la arena con un dedo. Cada vez que ocurre, no puede disimular una pequeña decepción en su rostro.

—Honestamente hace mucho tiempo que no me interesa saber por qué te fuiste —dice Lemuel—. Ahora me da más curiosidad por qué volviste.

Leif toma una bocanada grande de aire, sostiene la respiración unos segundos y luego exhala. Lemuel se echa para atrás, se recarga sobre los codos y mira el horizonte. Rocco ha terminado ya su dibujo, pero finge corregirlo.

—Llevaba caminando a la orilla de carreteras quince años, más o menos. Estaba sorprendido de la red infinita de caminos y temía que no me detendría sino hasta recorrerla toda. Es decir, creí que moriría ahí, sobre el asfalto. Un día, en una carretera menor, alcancé al grupo de hombres que la estaban construyendo. Comí y bebí con ellos, y jugamos a los naipes. Me dijeron que esa carretera llegaría hasta una

fábrica, ya no lejos de ahí. La carretera, dijeron, le produciría una nueva ola de prosperidad a la fábrica, que desde hacía un tiempo estaba cayendo. Me despedí de ellos y seguí caminando por donde la carretera pronto había de construirse. Pasaron un par de noches y desde lo lejos vi un gran incendio. La fábrica se estaba viniendo abajo. La imagen era soportable, pero no el olor. Olía a miseria. No sé si fue mi imaginación o una trampa del viento, pero yo escuchaba gritos. No había nada que hacer. Decidí dar la media vuelta. Pensé que quizá, al enterarse del incendio, los hombres ya no considerarían necesario seguir construyendo la carretera. Un par de noches después, llegué al extremo de la carretera pero no encontré a nadie. Las herramientas seguían ahí, y lo mismo los naipes y la maquinaria y los cascos, pero los hombres se habían esfumado. Sentí unos escalofríos terribles. Todavía los siento. En ese instante comencé mi regreso a casa.

Leif se recuesta y utiliza las manos como almohada. Las primeras estrellas de la noche se asoman en el cielo. Lemuel vuelve a sentarse y se abraza las rodillas. No se le ocurre nada que decir. Mira a su hijo y sonríe. Piensa de súbito en la casa del sastre y en las otras construcciones que ha visitado con Leif y Rocco ese día. Él también cree que la iglesia es su mejor obra. Se pone de pie y camina hacia su hijo, que se ha girado para ver el mar.

—¿Está terminado? —pregunta Lemuel, acercándose al dibujo sobre la arena.

Rocco da un salto y se precipita a borrar el dibujo a patadas.

—¡No lo veas! No es nada importante.

Cae la noche sobre Dodge.

Después de dos décadas de baños solitarios, una noche Alva ve cómo se abre la puerta y aparece su marido, se desnuda y se mete a la tina con ella cuando el agua aún está caliente. Nadie dice nada. Ahora sus cuerpos ya tienen arrugas. El agua sólo las remarca. Se besan y se acarician, y el jabón se hace espuma y pequeñas olas saltan sobre el borde de la tina. Sólo cuando el agua se entibia y ellos se han amado,

comienzan a hablar.

Leif, dice Alva.

Alva, dice Leif.

Ha sido un camino largo.

La próxima vez llévame contigo.

Sí.

Muy bien.

No se miran. Han creído desde la primera vez que se metieron a la tina juntos que la resonancia es mejor si hablan hacia el techo. Y así lo hacen ahora.

La casa sigue igual.

Me da gusto que lo notes.

Mis lápices.

Ya sé.

Su posición en la tina es fortuita y entrelazada. Sus cuerpos son un nudo difícil de desatar.

Alva, sabes que no me fui por ti ni por Lemuel, ¿verdad?

Lo supe cuando vi tus dibujos. La misma puerta repetida.

No tuvo nada que ver con ustedes.

No sabías cómo seguir después de la puerta.

Exacto. No sabía nada en realidad de arquitectura.

Pero todos podíamos ver el resto del museo. La puerta lo decía todo.

No era tan sencillo, Alva.

La habitación nunca se llena de silencio. Alguien siempre juega con el agua, sumerge la cabeza o acomoda su postura.

Tu abuelo se murió apenado.

Sí.

Y tu papá se desapareció de repente.

Sí.

Yo quería morirme de pena y desaparecer al mismo tiempo. Pero Lemuel me salvó. Yo lo salvé y él me salvó.

Las palabras rebotan en el techo y luego caen sobre Leif como

disparos.

Leif, dice Alva.

Alva, dice Leif.

Te quiero mucho.

Yo también.

Lleva dos semanas sin sonreír, cuando Rocco se levanta de la cama a la hora de mayor oscuridad del anochecer. Todo está listo: su ropa y sus zapatos y un pequeño bulto con un juego de escuadras, unas cuantas frutas y una cobija. Lleva dos semanas sin sonreír porque por primera vez en los diez años de su existencia está confundido. Lo confunde su padre, que trabaja mucho y es gentil con él y con Alva, pero quien, por más que aparente ser la persona más estable, cree Rocco, siempre está al borde de una crisis depresiva. Lo confunde su abuela, que pasó años y años cuidando de él y de su padre, que nunca se queja de nada, que incluso está de buen humor todo el tiempo, pero quien, según Rocco, llora a diario cuando nadie la ve, quien sólo está esperando la muerte, quien tiene cristales rotos en lugar de corazón. También lo confunde su abuelo, que ha llegado a su vida hace un mes, y sobre todo la manera en que abandonó a la familia hace veinte años y ahora su llegada tan natural. La confusión de Rocco se debe a que él se siente genuinamente alegre. Aprecia sin falta los atardeceres y los postres y los libros. A pesar de que jamás conoció a su madre, piensa en ella de una manera alegre. El miedo de Rocco es que la vida vendrá tarde o temprano a vencerlo o a lastimarlo, y cree que si esa es la situación, más vale entonces que de una vez él vaya a buscar a la vida y la encare.

Desde días atrás, ha preparado tres dibujos para su familia. A su abuela, Alva, le dibuja un campo de manzanos, entre los que se adivina a una mujer caminando, y se lo deja en la cocina. A su padre, Lemuel, le dibuja un laberinto cuya única salida es la entrada, y se lo deja en el estudio. A su abuelo, Leif, le dibuja una posible versión del museo de oceanografía de Dodge, a partir de la puerta original. Ha pensado dejar el bosquejo en el comedor, pero se encuentra con que Leif está sentado

ahí, mirando hacia la nada.

—Abuelo —dice Rocco, y por un segundo le alivia pensar que Leif no lo dejará marcharse.

—¿Qué hay, campeón? —dice Leif, recuperándose de la hipnosis.

Rocco lleva en la espalda el bulto con sus cosas y en la mano el dibujo para su abuelo.

—Nada. Me voy.

—Ya veo.

—Me voy de Dodge, quiero decir.

—Te acompaño unas cuadras.

Antes de salir, a Rocco se le ocurre tomar uno de los dos cascos que están colgados en la entrada y se lo pone.

Abuelo y nieto cruzan el pueblo desierto y oscuro. No hablan de nada en particular. Rocco sospecha que Leif no lo ha entendido antes, pero cuando pasan enfrente de la gasolinera su abuelo dice:

—Pues bien. Yo aquí me quedo. Buena suerte con tu viaje.

Rocco quiere decir:

—Carajo, abuelo. Detenme. Tengo diez años.

Pero dice:

—Bien. Gracias.

—No sé qué estés buscando, campeón, pero no tardes en volver a casa. Es tan importante irse como volver. Te lo digo yo, que lo aprendí a las malas.

—Sí, lo tendré en mente.

Se miran bajo la luz de la luna y las estrellas y asienten demasiado porque no tienen nada que decirse. Leif voltea a ver la gran puerta de piedra de su edificio no construido y suspira.

—A veces vengo por las noches y me quedo viendo esto. Lo detesto. Detesto esa puerta y detesto esta gasolinera de mierda. Me asusta la cantidad de veces que he estado a punto de prender en llamas todo esto. Pero me lo tomo con calma, respiro y siempre termino por irme.

—Si lo quemas, lo vas a odiar más. Todo será un fantasma.

Con una sonrisa de resignación, Leif se acuclilla y le da un abrazo a Rocco.

—Vas a ser un viejo sabio, Rocco.

El abrazo termina, pero Leif permanece de cuclillas. Rocco da la media vuelta y comienza a caminar. Antes de dar tres pasos, regresa hacia su abuelo y le entrega la hoja de papel que lleva en la mano.

—No lo quemes.

Desde lo lejos, Rocco se vuelve sobre el hombro para ver Dodge por última vez. Unas cuantas lágrimas le distorsionan las luces de las farolas. Antes de retomar el paso, se despide con la mano de cada uno de los habitantes del pueblo. Después se gira con determinación y se va en busca de la tristeza.

México
(1966)

En la víspera del último Año Nuevo que había de pasar en la prisión de Spandau, encendió una hoguera. Había reservado desde semanas atrás ramas de árboles y hojas secas. Alguna vez, hacía unos cuantos años, había encendido un pequeño fuego para celebrar su cumpleaños, pero nada comparado con el de ahora. El viento frío de Berlín avivó las llamas con el ardor de las despedidas, y aunque estas alcanzaron por lo menos dos metros de altura, los soldados de las torres de vigilancia no se alarmaron. El prisionero número cinco había preparado la estructura de la hoguera con tal minucia, que a nadie se le ocurrió que una chispa pudiera saltar sobre el círculo de piedras, alcanzar un poco de la maleza que brotaba por todos lados en el patio y entonces duplicarse, triplicarse, centuplicarse, y así precipitar la entrada de Spandau en el olvido. El prisionero se paró a unos cuantos pasos de la hoguera e, inmóvil, la miró arder por un par de horas. La noche caía sobre la ciudad y el año que terminaba, y los soldados tuvieron la pertinencia de desviar en la medida de lo posible las linternas que colgaban de las torres y apuntaban hacia el patio. El fuego iluminaba ciertas partes del rostro del prisionero, en particular los ojos, que brillaban con calor propio, pero al mismo tiempo extendía sombras excesivas sobre otras, como las mejillas y la boca. La imagen terminaba por ser un óleo al claroscuro. El prisionero miraba la hoguera como se mira un espejo.

La medianoche se acercaba.

Al salir de Spandau, Albert Speer atrajo la atención de los medios como si fuera una celebridad. Desde el inicio estuvo abierto a hablar de su pasado, sobre todo con historiadores; esta actitud permitió la cercanía de dos personas que habían de convertirse en sus biógrafos.

Las entrevistas para los periódicos y las revistas eran un asunto diferente, debido a la buena remuneración que ofrecían. Daba la impresión de que disfrutaba el interés. Incluso una de las primeras cosas que hizo apenas salió de la prisión fue llamar a una conferencia de prensa en el hotel en que se hospedó. Albert Speer no dejaba pasar ninguna oportunidad para explicar su versión de la guerra y del régimen nacionalsocialista, y siempre repetía las palabras de admisión de responsabilidad que había pronunciado en los juicios de Núremberg; por supuesto, también insistía en que jamás supo nada acerca del destino que el Tercer Reich impuso sobre los judíos. En esta delicada distinción histórica residía también la diferencia entre los conceptos de responsabilidad y culpa, de los que sólo se adjudicó el primero. Sus palabras tan bien calibradas y su encanto personal le hacían difícil a cualquier interlocutor recordar que quien tenían delante había sido uno de los más importantes colaboradores del régimen nacionalsocialista.

Además del estrépito mediático de las primeras semanas sucesivas a su liberación, Albert Speer monopolizó los titulares de los periódicos nacionales con la publicación de sus memorias. El libro se imprimió apenas tres años después de que el antiguo ministro cumpliera la condena, y de inmediato se volvió un éxito de ventas. Aunque muchos lectores se cautivaron con los pasajes en que el autor revelaba la cotidianidad de la alta esfera política y en especial del *Führer*, críticos más agudos sostuvieron que las memorias tenían más valor literario que histórico. Albert Speer ofrecía un inédito acercamiento a su juventud, era preciso en cuanto al proceso de construcción de sus primeras obras para el régimen y hacía buenas descripciones del ambiente de los años de guerra; sin embargo, exageraba con frecuencia en las estadísticas y no entraba en detalles sobre los temas que le incomodaban, como el trabajo forzado o las ganancias que hacía con sus proyectos. Lo que más le reprocharon fue su negación de conocimiento sobre el Holocausto. En eso fue inflexible, no sólo en sus escritos, sino también en entrevistas. Podía aceptar el hechizo que

el *Führer* le había provocado e incluso reconocía que durante la guerra había buscado maneras de volver más eficiente la explotación de millones de obreros, pero sostuvo con rigidez que nunca supo nada acerca del exterminio racial sino hasta los juicios de Núremberg, en boca de quienes lo acusaban, y reiterarlo había de convertirse en un empeño por el resto de su vida.

El 10 de mayo de 1966 se cumplieron veinticinco años de la tarde en que Hess, el prisionero número siete, sin aviso alguno, se había subido a un avión y había volado en solitario a Escocia. Cuando sus compañeros de prisión se lo recordaron, Hess sonrió como un niño y dijo: «Las mejores cinco horas de mi vida». La cara se le iluminó con orgullo durante unos segundos. Albert Speer y Baldur von Schirach rieron. Lo que en su momento había sido una noticia funesta para la nación entera, ahora tenía las dimensiones de una travesura infantil. Hess seguía siendo el mismo hombre volátil de siempre. Un mes lucía joven y el siguiente se volvía un viejo, subía y bajaba de peso según su ánimo y a la hora del almuerzo hablaba mucho y para la cena ignoraba a las demás personas. Lo único seguro en su vida era el hecho de que moriría tras las rejas. Quizá por eso, después de unos segundos, la sonrisa de niño se le borró de la cara. «Ahora, largo», dijo y fingió que escupía al suelo. «Déjenme solo. Estoy planeando mi próximo escape». Sus compañeros le dieron una palmada en la espalda y se marcharon. Hess tenía setenta y dos años y en unos cuantos meses, cuando liberaran a los otros dos, había de convertirse en el último prisionero de Spandau.

Entró en territorio mexicano por la ciudad de Tijuana. Apenas cruzó el muro invisible entre México y Estados Unidos, el idioma español le inundó el oído. Era la primera vez que se cruzaba con él en la caminata. Le gustaba la grafía y la sonoridad de las palabras. El nombre de un lugar lo podía mantener distraído por kilómetros. A la entrada de un pueblo leía la palabra Bacanora, por ejemplo, o Baborigame, y mientras la repetía en su mente, la susurraba, la pronunciaba en tono

normal y por fin la gritaba, ya había dejado atrás las últimas casas del lugar. Y así hacía con todos los nombres de los pueblos y ciudades en su paso.

Ya no caminaba por carreteras, sino por caminos. La perfecta organización de las autopistas norteamericanas, siempre bien pavimentadas y numeradas, había desaparecido. Ahora atravesaba un laberinto que cuando era de tierra era más plano y regular que cuando era de asfalto. Pocos automóviles transitaban por los caminos y eran en general viejos y avanzaban despacio, pero todos se detenían a ofrecerle al peregrino llevarlo al pueblo siguiente o por lo menos un saludo o un trago de lo que fuera. Todavía la gente andaba a caballo y otros pocos caminaban.

Varias veces le ocurrió que en una bifurcación los anuncios de un camino y otro anunciaban el mismo lugar. A señas les preguntaba a las personas cuál camino era el verdadero y ellas, divertidas, le hacían entender que daba igual. Después de varias semanas de viaje, Albert Speer concluyó que esa paradoja espacial era más asombrosa que el diseño lógico de cualquier sistema vial.

Al abrir los ojos, decidió quedarse acostado sobre la cama hasta que un guardia viniera a la celda y le pidiera salir a tomar el desayuno. Intentó vaciar la mente y entregarse a la única tarea de observar la manera en que sol movía las sombras de las cosas. Era su último día en la prisión de Spandau. Aunque logró con cierto éxito vaciar la mente, el acelerado ritmo de su corazón hacía evidente que un intenso nerviosismo controlaba su cuerpo. Le sudaban las manos y no podían mantenerse en una posición fija por demasiado tiempo. La mayoría de las veces, recordaba, los minutos habían avanzado cuesta arriba, a duras penas, como si el mundo entero se estuviera frenando, y ahora, sólo ese día, las horas patinaban, se esfumaban, eran insectos inaprensibles.

Lo soltarían un minuto pasada la medianoche, de modo que habría de cumplir exactamente los veinte años de la condena. Diecinueve años los había pasado en Spandau y uno en Núremberg, al término de los

juicios. Le gustaba imaginar dos relojes colgados lado a lado en la pared. Uno era el que medía su condena como la duración de un día y el otro era el real. Ambos se alinearían a las doce en punto de ese día y un instante después se detendrían. El día siguiente habría de comenzar una etapa de su vida, la última. Entendía ese tiempo como uno de compensación, en el más literal de los sentidos. Se trataba de la oportunidad de volver a viajar al mar o la montaña, de mirar a sus nietos crecer y de embriagarse en una mesa atiborrada de manjares y amigos.

Cuando un guardia por fin se presentó en la celda y le pidió salir a tomar el desayuno, el prisionero obedeció sin chistar. Se veía tranquilo, aunque estaba más silencioso de lo habitual. Los alimentos le supieron a un recuerdo lejano.

Era 30 de septiembre de 1966.

La primera gran fractura que sufrió su versión de desconocimiento sobre el exterminio de los judíos en Europa se debió a la crónica de actividades que Rudolf, su amigo y colaborador, había iniciado en 1941.

El documento contenía el registro de las actividades de Albert Speer hasta el final de la guerra. Rudolf, que entonces era jefe de prensa de la dependencia de su amigo, había sugerido la idea, y, al ser aprobada, se hizo cargo de su realización él mismo. Al final de la guerra sólo existía un original completo, y Rudolf lo hizo archivar en una bodega en un pequeño pueblo alemán y un tiempo después lo trasladó a una biblioteca. Sin el convencimiento de que el documento estaba bien escondido, Rudolf decidió enterrarlo en el patio de la casa de sus padres. Años después, cuando la liberación de su amigo se avecinaba, ordenó una versión mecanografiada en limpio y aprovechó para editar algunos pasajes. Eliminó información innecesaria y corrigió algunas frases, pero sobre todo borró los datos que podían incriminar a su amigo. En 1958 se había instaurado la Oficina Central Investigadora para los Crímenes del Nacionalsocialismo, y Rudolf temía que un mínimo pretexto sería suficiente para que el encarcelamiento de su

amigo se prolongara más años. Albert Speer recibió la versión editada de la crónica en la primera reunión que sostuvo con Rudolf tras ser liberado, aquella en que comieron el jamón del cerdo que había nacido el día que Stalin murió. Después de escribir sus memorias, en 1969, Albert Speer cedió la crónica editada a los Archivos Nacionales en Coblenza.

Rudolf guardó la versión original en casa. Entre más se esforzaba Albert Speer en construir su personaje de arquitecto brillante, de tecnócrata apolítico, de nazi bueno, más se deterioraba su relación con Rudolf. Una de las cosas que más afectó su amistad fue la decisión que tomó Albert Speer de no mencionar el nombre de Rudolf ni en sus memorias ni en el diario que llevó durante el encarcelamiento, que había de publicarse en 1975. Rudolf no disimuló su molestia, y su correspondencia se llenó de sarcasmo y resentimiento. Aunque intercambiaban regalos en Navidad y sus esposas eran aún amigas cercanas, el desentendimiento entre Rudolf y Albert Speer era tan grave que cuando la muerte los separó llevaban diez años sin verse.

En 1979, Matthias Schmidt, un estudiante de historia de la Universidad Libre de Berlín, contactó a Albert Speer; estaba escribiendo su tesis sobre la vida del arquitecto, en especial sobre su papel en la guerra, y quería obtener alguna ayuda con la investigación. Albert Speer dijo estar dispuesto a colaborar y le recomendó que buscara a Rudolf, que era quien más información tenía sobre su vida. Y así lo hizo el estudiante. A pesar de la distancia, Albert Speer aún tenía una confianza ciega en Rudolf y no esperaba que hiciera ninguna revelación indiscreta. La realidad, sin embargo, fue otra. Rudolf le dio acceso a Matthias Schmidt a la versión original de la crónica. El documento implicaba a Albert Speer, como inspector general de construcción de la capital, en el embargo forzado de 27765 apartamentos de judíos en Berlín y en la reubicación (esto era un eufemismo) de 75000 personas. También se hacía mención del atroz estado y funcionamiento del campo de concentración Mittelbau-Dora, de lo que Albert Speer era perfectamente consciente.

Cuando se enteró de lo que Rudolf había hecho, el arquitecto se entregó a una ira homérica, digna del humillado en la batalla, pero enseguida el único sentimiento que experimentó fue miedo, miedo a las consecuencias que podían llegar con la divulgación del contenido original de la crónica. Como en su trepidante éxito profesional, como en sus logros en la organización armamentística y como en su sentencia en los juicios de Núremberg, Albert Speer tuvo suerte. La tesis de Matthias Schmidt, que no había de continuar con su carrera como historiador, se publicó en forma de libro cuatro años después de la muerte del arquitecto y no tuvo demasiada circulación.

El primero de junio de 1966, cuatro meses antes de su liberación, dejó de escribir notas clandestinas. Esto incluía el diario, las memorias y la correspondencia no oficial. Lo que lo orilló a esa decisión fue un accidente. Un oficial lo visitaba en la celda, cuando sintió que los papeles que se había metido en los pantalones se le estaban deslizando por una pierna. Supo sortear la dificultad del momento, pero en cuanto el oficial se marchó, Albert Speer razonó que desde hacía un tiempo lo que se estaba jugando al romper el reglamento no era ya una simple reprimenda o un castigo, sino la libertad. Suspendió de súbito los escritos y se propuso tener más cuidado con su proceder. En el diario, se despidió con la breve narración del incidente y se deshizo de los pequeños papeles que tenía escondidos en los calzoncillos, debajo de las plantillas de los zapatos y entre las hojas de los diccionarios.

Con la cercanía de la liberación, se había vuelto más susceptible, y en varias ocasiones había sido reportado por malas contestaciones hacia con los guardias. Quiso remediar el filo de su conducta con la nostalgia. Se convenció a sí mismo de que allá afuera echaría de menos los espacios y los objetos que lo habían acompañado durante esos años; no tuvo que esforzarse demasiado porque era verdad. Incluso se aventuró a fantasear con lo que le pasaría a la prisión. A él le hubiera gustado que aquello se convirtiera en un museo, con la exhibición de esos tristes espacios y esos insignificantes objetos, pero sabía que de ninguna manera los cuatro poderes lo permitirían. Imaginó la

remodelación para convertir la prisión en una biblioteca, en un hotel y en una escuela. Al final reconoció que lo más probable era que la construcción fuera demolida en su totalidad, con todo y la enorme puerta medieval y las torres y el jardín, que ya debía estar entre los más bellos del continente. La posibilidad de que el predio de la prisión de Spandau se convirtiera en un centro comercial lo mató, pero resucitó con la de que se convirtiera en un parque.

El 22 de julio de ese último año retomó la escritura de su diario. Escribir se había vuelto para él una especie de salvación.

A las orillas de los caminos de México, incluso en los más recónditos, se encontró con una multitud de altares. Por lo general estaban en el interior de una pequeña vitrina con fondo de cemento o resguardadas en la concavidad de una pared, y exhibían figuras de santos y la imagen de la virgen de Guadalupe. Los altares incluían algunos objetos cotidianos como bebidas gaseosas, piedras, velas y fotografías, pero también había con frecuencia otros tan insólitos como trofeos de campeonatos de futbol, balas y billetes de lotería. Albert Speer asumía que los altares tenían el propósito de cuidar al peregrino, pero las figuras y los tributos le parecían tan modestos que creía que le correspondía más bien al peregrino cuidar de esa especie de santuarios en miniatura.

También se acostumbró a las cruces al borde de los caminos. Cómo podía ocurrir un accidente en un camino de tan fácil circulación era un misterio. Las cruces a veces tenían un nombre escrito en una placa, a veces tenían unas cuantas flores marchitas en la parte inferior y a veces estaban inclinadas y se balanceaban con el viento. Las había de palo, de metal y de piedra, y todas tenían la ruina del olvido. En la mayor parte del trayecto, Albert Speer se encontraba una cada tanto, a lo que pronto se acostumbró, y ello lo hacía pensar en la fragilidad de la vida. Pero en ciertos tramos de silencio continuo las cruces se amontonaban una al lado de otra y más que un camino eso daba la impresión de ser un cementerio, y ello lo hacía pensar en la ferocidad del hombre.

El aire de México poseía tantas partículas de oxígeno como de polvo. Albert Speer lo resentía con ataques de tos. Los pulmones se le llenaron de tierra y así le dio otro valor al agua. Comió gusanos que se escondían en las raíces de las plantas de maguey, alacranes igual de sedientos que él y hongos que crecían entre los granos del maíz, y todo fue exquisito. El sabor de la comida no correspondía con su aspecto; debajo de las piedras más olvidadas era posible hallar ambrosías. Después de un par de semanas, la tos desapareció. No había respirado aire más limpio en la vida.

A principios de 1980, Albert Speer recibió una carta de una mujer que recién había leído su diario de Spandau. Decía que era el mejor libro que había leído jamás y que estaba conmovida sobremanera. Era una mujer de origen alemán, que se había casado con un inglés y que ahora vivía en Londres. Encantado por la carta, Albert Speer le respondió con el mismo entusiasmo. Pronto la correspondencia fue tomando un tono afectuoso.

Se conocieron en Alemania, en una visita de la mujer, y la química fue inmediata. Ella tenía treinta y tantos años de edad; él, setenta y cinco. El trato de la mujer fulminó a Albert Speer; era inteligente y alegre, y lo escuchaba. La gran admiración que la mujer le guardaba le hacía recordar la relevancia que había tenido en épocas pasadas y que ahora el mundo había olvidado. La cima del romance fue una escapada al sur de Francia. Albert Speer no se molestó en ocultar lo que pasaba; quizá más bien no podía disimular su felicidad. El destino le había guardado para el final de la vida la más exquisita de las emociones. Quienes lo conocían decían que había descubierto por primera vez el amor.

Margarete supo desde el principio acerca de la misteriosa mujer inglesa, pero no tenía armas para enfrentar a su marido. Se refugió en la quietud de su casa y en la compañía de sus hijos y nietos. Decidió que la manera más digna de pasar la vejez sería con la boca y los ojos y los oídos tapados. La estrategia se le vino abajo una noche en que recibió una llamada telefónica de la mujer inglesa, dándole la noticia de

que el arquitecto recién había fallecido.

Completó la última vuelta que había de dar alrededor de la pista del patio pasado el mediodía. El viaje había terminado, aunque más bien terminaría cuando regresara a su celda y registrara el último avance y ubicara su posición en el mapa. No había querido rendirse a la desmesura y caminar, trotar, correr cuanto pudiera y sin contar las vueltas. En su opinión, diez kilómetros era una distancia ideal para la despedida y había de recorrerlos al paso acostumbrado. Desde lo alto de las torres de vigilancia, los soldados vieron al arquitecto caminar por última vez ese viernes 30 de septiembre de 1966. El pelo se le había decolorado, pero aún no llegaba a la blancura total. Caminó sin la mirada perdida y soñadora de los años pasados; volteó a su alrededor y se fijó en las piedras de la pista, en los árboles del patio y la barda del rededor, haciendo notas para la eternidad.

En la celda, sumó la cantidad de 31936 kilómetros. Ese era el resultado en los doce años del ejercicio. Tres continentes, una veintena de países y un sinfín de ciudades y pueblos. Se sentía satisfecho con la distancia lograda, pero no podía esquivar la sensación de que lo que se había acabado no era la superficie, sino el tiempo. Había memorizado la extensión del ecuador para compararla con los kilómetros de su caminata; ahora pudo calcular que se había quedado corto por poco más de ocho mil kilómetros. Luego precisó en un mapa de México su ubicación final y, con la ayuda de un guardia, mandó el último mensaje al exterior. Era un telegrama y estaba destinado para Rudolf. Decía: «Recógeme, por favor, a treinta y cinco kilómetros al sur de Guadalajara». Albert Speer coordinó el telegrama para que Rudolf lo recibiera justo a medianoche.

El 4 y 6 de octubre de 1943, en la ciudad de Posen, en Polonia, se llevó a cabo una conferencia a la que asistieron algunos ministros y los jefes regionales del territorio del Tercer Reich. El evento había de pasar a la infamia en especial por los dos discursos que pronunció Heinrich Himmler, ministro de interior y jefe de las SS. Ambas intervenciones

trataron el plan de exterminio de los judíos en Europa. Buena parte de la polémica del conocimiento de Albert Speer sobre el Holocausto se arraigó en la pregunta de si había estado presente durante el segundo discurso.

La jornada del 6 de octubre arrancó a las nueve de la mañana con la intervención de Albert Speer, en la que resumió el panorama de la industria armamentística; a pesar de algunas dificultades, la producción seguía en aumento. Luego tomaron la palabra un par de colaboradores, que terminaron de analizar la industria alemana, y antes del almuerzo también hablaron dos altos mandos del régimen que años más tarde terminarían en la prisión de Spandau junto con el arquitecto. El discurso de Himmler ocurrió a las cinco y media de la tarde. En él, el ministro de interior declaró que si los judíos habían de desaparecer de la faz de la tierra, entonces era necesario matar también a las mujeres y los niños, pues de lo contrario buscarían venganza en el futuro por el asesinato de sus esposos y padres. La claridad del discurso anunciaba de una vez y para siempre los planes de exterminio del Tercer Reich.

Albert Speer siempre admitió haber participado aquella mañana, pero sostenía que se había marchado de Posen antes del funesto discurso. Cuando salió en libertad, algunos historiadores le replicaron que lo que decía era falso, pues en la transcripción del discurso Himmler se dirigía a él directamente, como si estuviera entre la audiencia. La refutación del arquitecto se basaba en la validación de algunos testigos. Críticos más sencillos argumentaban que, aunque no hubiera estado presente, Albert Speer se habría enterado de lo pronunciado a través de varias personas cercanas a él que sí lo habían estado. Pero nada ni nadie lo hizo abandonar su postura. El arquitecto negó en público su conocimiento hasta la muerte.

Habían de pasar décadas para que, en el año de 2007, saliera a la luz una carta que escribió Albert Speer en 1971. En la carta, que formaba parte de una amplia correspondencia con una autora, se leía lo siguiente: «No hay duda. Yo estaba presente cuando Himmler anunció el 6 de octubre de 1943 que todos los judíos serían

asesinados».

Cada declaración, cada escrito, cada entrevista, todo había sido mentira. Si esa información hubiera surgido durante los juicios de Núremberg, otra condena le hubieran dictado a Albert Speer. Una vez más, la suerte le había sonreído.

Rudolf murió dos años después que su amigo. A pesar del desencanto que lo embargó durante los últimos años, Rudolf tenía colgada en su habitación una fotografía de Albert Speer con el *Führer*. Según su hijo, lo último que dijo antes de morir fue: «Albert».

El que nunca había de recibir ningún tipo de agradecimiento.

El que había tocado puertas.

El que había de mirar la caída de su querido amigo y después su arrepentimiento absoluto.

El que había contrabandeado caviar y vino.

El que había de guardar secretos.

El que había luego de revelarlos.

El que había ayudado a Margarete y a sus hijos.

El que no figuraba en los libros de Albert Speer.

Se llamaba Rudolf.

Su apellido era Wolters.

El 30 de septiembre de 1966 llegó al lago de Chapala, el más grande del país. Apenas vio el cuerpo de agua, entendió que cada uno de los pasos que había dado desde hacía doce años estaban destinados para terminar ahí. Era imposible admirar la dimensión entera del lago, pero los cerros que lo rodeaban ayudaban a entender sus límites. Las orillas estaban plagadas de lirios y en algunas partes tenía playas en las que los pescadores encallaban sus botes. Su marcha se fue apagando mientras se acercó al agua. Se quitó el calzado y se mojó los pies. El agua era fresca. El viaje llegaba a su fin. Una multitud de pelícanos volaban en círculos en el cielo y el viento llenaba de pliegues la superficie del lago. Entonces advirtió una pequeña isla. No sabía nada de ella y parecía despoblada, pero tuvo la certeza de que sería ahí donde había de dar

por terminado el viaje.

Los pescadores le dijeron que se llamaba la Isla de los Alacranes y que era territorio sagrado. A señas y gestos, entendió que los pobladores prehispánicos solían hacer ahí sus ceremonias religiosas y que hacía unas décadas había aparecido el rostro de Jesucristo en una piedra. Albert Speer les pidió que lo llevaran, y dos de ellos, con una sonrisa, le contestaron que sí.

El bote era de remos. Albert Speer llevaba años sin viajar por agua. Aunque al principio los tres a bordo se turnaron para remar, Albert Speer se encargó de la segunda mitad del trayecto. Quiso comprobarse a sí mismo que aún tenía el vigor de su juventud. No dejó que el esfuerzo le hiciera perderse la manera en que los dos pescadores volteaban alrededor maravillados, como si aquella fuera la primera ocasión en que hacían el viaje.

La isla estaba, en efecto, repleta de alacranes. Eran casi rojos y se resguardaban en la sombra, bajo las flores y entre las hierbas. Se dejaban de mover en cuanto sentían que los hombres se acercaban. Albert Speer tuvo la tentación pasajera de quitarse de nuevo el calzado y patearlos y pisarlos, provocarlos para que lo aguijonearan. Los pescadores tomaron unos cuantos para mostrárselos, se los pasaban de una mano a otra, sin dejar de reír, y los arrojaban hacia donde fuera cuando adivinaban que los escorpiones iban a soltar el pinchazo fatal.

Atravesaron la isla para ver la piedra con el rostro de Jesucristo, que formaba parte de uno de esos altares que saturaban todos los rincones de México. La vitrina era pequeña y de cemento, con dos puertas de cristal. Albert Speer había imaginado que la piedra sería del tamaño de una mesa, pero en realidad era como una moneda. Los pescadores le pidieron que extendiera la palma de la mano y se la colocaron en el centro. Era pesadísima. Albert Speer enfocó la mirada. Los pescadores le señalaban con el dedo unos surcos en la piedra, pero él no podía descubrir ninguna figura. Ellos insistían con el dedo y esperaban la reacción de asombro del visitante. Después de un rato, Albert Speer no tuvo otra opción que fingir que había encontrado el rostro, que era

bellísimo, que era un milagro. Pensó que a lo mejor había perdido la fe.

Albert Speer quiso quedarse en la isla. Le gustaba la idea de pasar la noche entera recostado en la tierra con los alacranes recorriéndole el cuerpo y caer dormido sin saber si había de despertar o no. Los pescadores remaron de regreso a la orilla.

Treinta minutos antes de la medianoche le dieron un cambio de ropa y le devolvieron los marcos imperiales que tenía en posesión cuando lo arrestaron en 1945, dinero que ya estaba en desuso. La noticia de que sería liberado segundos antes que Baldur von Schirach, el prisionero número uno, lo hizo soltar una pequeña sonrisa por dentro.

Dieron las doce de la noche. El reloj del día figurado por fin se alineaba con el real. En la entrada de la prisión lo esperaban Margarete y el abogado que lo había defendido en los juicios de Núremberg. Un Mercedes negro estaba listo para sacarlo de ahí y llevarlo a un hotel. Luego de veinte años de estar separados, Albert Speer le extendió la mano a Margarete, que, sorprendida, le dio la suya. No la abrazó ni la besó porque aún tenía la sensación de que estaba prohibido, pues en teoría seguían dentro de la prisión. Esa sensación había de prolongarse y había de definir los años venideros del matrimonio. El abogado se puso detrás del volante y, sin pensarlo demasiado, Albert Speer abrió la puerta del copiloto. Enseguida se percató de la reacción del abogado y su esposa, que se congelaron por unos segundos. No había terminado de meter el cuerpo al auto, cuando el arquitecto corrigió su proceder; cerró la puerta del copiloto, abrió la trasera, le cedió el paso a Margarete y tomó asiento a su lado.

Las puertas de la prisión se abrieron. Una multitud de periodistas esperaban fuera. Las luces de las cámaras lo cegaron. Los periodistas vociferaban preguntas aunque de antemano sabían que el auto no se detendría. Era medianoche, por fin, y Albert Speer estaba en libertad.

Medianoche

Lo primero que ve Bembe al salir de casa esa tarde es a un muchacho recargado sobre una motocicleta. Se demora en reconocerlo porque el muchacho está comiendo una naranja y tiene puestas unas gafas oscuras. Cierra la puerta de la casa, desciende los tres escalones de la entrada y se acerca al muchacho. Bembe lleva un vestido de manta a las rodillas y una cadena dorada en el cuello. Cuando el muchacho la advierte, arroja la naranja hacia cualquier lado y se limpia la boca con un pañuelo que saca del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Bembe, ¿te acuerdas de mí?

—Vete de aquí, Timeo. No quiero escucharte.

La mujer sigue caminando y deja a sus espaldas al muchacho.

—Lo ha terminado, Bembe. Gaspar terminó el proyecto.

La mujer se detiene y gira la cabeza un poco, sin alcanzar a mirar al muchacho.

—Eso no tiene nada que ver conmigo ahora.

—Gaspar me ha pedido que venga por ti. Quiere que vayas al cementerio y veas el lugar con tus propios ojos.

—¿Y por qué no ha venido él entonces?

—Es algo bello, Bembe. Lo que ha hecho con los trenes.

—No puedo con esto. No quiero saber nada de tu hermano ahora.

—Tienes que verlo.

—Es domingo —dice la mujer abriendo los brazos y comienza a sollozar—. Es domingo, carajo.

El muchacho rodea la motocicleta y le pone una mano sobre el hombro a la mujer.

—Lo sé, Bembe. Perdón.

La mujer tira del brazo del muchacho y lo abraza. Deja salir un llanto silencioso y abundante. El muchacho mira hacia el cielo y los

lentes de las gafas se tornan algo morados.

—Me da mucho gusto verte, Timeo. En serio —dice la mujer cuando se sueltan—. Vaya que has crecido.

—Bueno, han pasado diez años.

La mujer asiente. Se lleva una mano a la frente para cubrirse del sol. Mira el rostro del muchacho, que le sonríe. Aspira con profundidad. Cambia de mano para cubrirse del sol. Observa la fachada de su casa.

—Vamos, Timeo. No quiero que mi marido nos vea aquí fuera.

El muchacho se quita las gafas y se las coloca a la mujer. Suben a la motocicleta. El sonido del motor es áspero y reservado. Enseguida el viento descubre las fantásticas piernas de la mujer.

El cementerio de trenes está a treinta minutos en auto fuera de la ciudad; la motocicleta hace el camino en veinte. La mujer abraza al muchacho desde atrás y apoya una mejilla en su espalda. Ve pasar el mundo, difuminado y veloz, a su costado. El cementerio está apartado de todo. En la última parte del trayecto el camino es de tierra y la motocicleta levanta una fumarola de polvo a su paso. Cuando el calor del motor comienza a quemarle las pantorrillas, la mujer levanta la mirada sobre el hombro del muchacho y advierte a lo lejos la gran estructura de la nave industrial. El muchacho reduce la velocidad. Alrededor y por kilómetros sólo hay tierra infértil y piedras. El muchacho detiene la motocicleta a una distancia exagerada del cementerio de trenes.

—¿No vienes, Timeo?

—No, es mejor que los deje solos.

—Tengo miedo.

—No hay razón para tenerlo, Bembe. Él sigue siendo el mismo, te lo prometo.

—Aun así.

—Es bueno.

—Es tu hermano.

La mujer le da de vuelta las gafas de sol al muchacho y comienza a caminar hacia la nave. Atardece.

—Aquí voy a estar, Bembe —dice el muchacho a sus espaldas.

La distancia al edificio es de algo así como cien pasos, pero la mujer, cautelosa, la recorre en doscientos. La nave industrial es del tamaño de un campo de futbol; los muros de concreto tienen fracturas y están repletos de moho negro, a veces verduzco. A simple vista se adivina la sucesión de arcos que componen la estructura. La mujer repara en que hay tornillos y tuercas y algunos pedazos de alambre entre las piedras y la tierra del camino que recorre. La cabeza se le llena de recuerdos. La gran puerta corrediza de la nave está apenas abierta. La mujer coloca la palma de la mano en la puerta y concibe el hondo frío del metal; levanta la mirada hacia lo alto de la construcción, que tiene diez metros de altura. Para entrar tiene que ponerse de perfil.

En el interior la realidad es más oscura y húmeda. Entra a una especie de vestíbulo, con una locomotora restaurada al centro. Detrás hay una multitud de árboles y plantas que le impiden a Bembe mirar más allá de unos cuantos metros. El techo está cerrado en su mayoría, pero hay unos cuantos tragaluces que crean un efecto plástico de iluminación vertical. Incluso el silencio tiene eco ahí dentro.

—¿Hola? —Su voz se desmorona en la soledad.

Bembe camina alrededor de la locomotora y se asoma entre las ruedas. Detrás de la máquina, descubre un camino que se introduce en la vegetación. Mientras valora si debe tomarlo, se lleva una mano a la cadena dorada que cuelga en su cuello. Se escucha una nota de piano, sólo una. Bembe sigue el camino, que serpentea entre la espesura de árboles y plantas. Otra nota de piano, una sola, rompe el silencio del lugar. Bembe considera que puede tratarse de una gotera. El camino es de grava y está delimitado por rieles oxidados; en las partes en que hay menos piedras, pueden verse las traviesas de madera. Dos notas de piano. Bembe siente que la sangre le recorre más rápido el cuerpo y que se calienta y que burbujea, pero aun así tiene frío y no lo comprende. Acelera el paso. Las imágenes comienzan a difuminarse como minutos atrás a bordo de la motocicleta. De pronto, sin pensarlo, se detiene bajo un rayo de luz que cae del techo. La luz es blanca a

pesar de que allá afuera el cielo va volviéndose naranja. Bembe reconoce esas notas que gotean de quién sabe dónde y también las tres que ahora suenan y las dos que le siguen y la otra que suena, moderada, unos segundos después. La pausa bajo el rayo de luz le permite voltear a su alrededor y observar, realmente observar. Se da cuenta de que los árboles y las plantas son artificiales; están hechos de metal y de madera y de clavos, y un tejido de enredaderas (acaso es una sola pero infinita) trepa por los troncos y se enrolla por las ramas, disimulando el artificio. Las notas son ya una melodía, improvisada y llena de silencios y titubeos, pero una melodía después de todo. Bembe se vuelve hacia el techo y vislumbra el tragaluz e imagina por un instante que está al fondo de un pozo y que el cielo está más lejos que nunca. Continúa por el camino de rieles, ya con más tranquilidad, y no tarda mucho en salir de ese bosque industrial.

Bembe llega a una explanada sin ningún tipo de vegetación. Hasta entonces aprecia la verdadera dimensión de la nave. La melodía se alegra un poco cuando ella aparece. En el otro extremo de la explanada, un rayo de luz cae sobre un piano y el hombre que lo toca. La explanada está cubierta por una cuadrícula de plataformas rectangulares, que van ascendiendo hacia el fondo, donde se ubica el piano. La música se detiene. Hay una centena de plataformas y todas están separadas entre sí apenas unos centímetros.

—Bembe, estás aquí.

—Gaspar.

Ambos caminan hacia el centro de la explanada. El área de cada una de las plataformas es de un metro por dos; las que están en el extremo en donde aparece Bembe se levantan sobre el suelo diez centímetros, y entre más se acercan al piano más se elevan, llegando a los tres metros. Son una suerte de escalones, aunque ninguna plataforma tiene la misma altura. Detrás del piano, hay más vegetación.

—Es como caminar sobre las azoteas de los edificios —dice Bembe.

—Tiene algo de eso, es verdad —dice Gaspar.

Se encuentran a la mitad de la explanada. Se paran en distintas plataformas y eso ocasiona que, aunque él sea más alto que ella, sus miradas estén al mismo nivel. Gaspar es un hombre de treinta años; tiene el pelo y la barba tan crecidos que le esconden las facciones del rostro. Viste con camisa y pantalones de mezclilla. En cuanto puede, coloca una mano en la cintura de Bembe y se acerca para darle un beso en la mejilla, pero ella lo evade, volviendo su rostro hacia el bosque que recién ha atravesado. Ahora, desde la altura, Bembe entiende mejor el espacio. Ve al fondo la locomotora del vestíbulo, el camino de rieles y la luz que cae a la mitad de éste. Gaspar se queda congelado en la posición del beso que no ha ocurrido.

—Conque hiciste un bosque, Gaspar.

—Yo lo llamaría jardín.

—De acuerdo, jardín. Renunciaste a tu vida por un jardín.

Gaspar sonríe, aunque con cierta tristeza, y regresa a su postura normal.

—Un segundo —dice, levantando el dedo índice.

Gaspar se dirige al piano y en el trayecto asciende un metro, pero las plataformas ganan altura con tan leve progresión que no da la impresión de esforzarse. Acciona un interruptor detrás del piano y un millar de luces se encienden entre las ramas de los árboles. Gaspar presiona una tecla del piano, que resuena hasta que vuelve con Bembe. Los separa el espacio que hay entre las plataformas en que están parados. Las luces son cálidas y tienen poca intensidad. Bembe se lleva una mano a la cadena y niega con la cabeza; el reflejo del conjunto de luces se reduce a una chispa en sus ojos.

—No qué, Bembe.

—No es justo. —Traga saliva—. No es justo que hayas querido que yo viera esto.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué esperas que te diga, Gaspar. Está lindo el lugar. Felicidades.

Bembe siente la necesidad de que alguien toque el piano.

—Pensé que te gustaría verlo. Tú viste nacer el proyecto.

—Lo único que yo vi fue cómo fuiste encerrándote en tu propio mundo.

—¿No te gusta?

—Probablemente es lo más bello que he visto en mi vida. Lo digo en serio. ¿Valió la pena?

—Antes de que te vayas hoy, lo entenderás.

—No, dime, por favor. ¿Valió la pena pasar aquí encerrado diez años? ¿Qué me dices? Abandonar la vida que habíamos planeado juntos, robarle la adolescencia a tu hermano, perder la cabeza, ¿valió la pena?

—Timeo quiso ayudarme. No se lo pedí.

—Mírate. ¿No te levantas a veces en medio de la noche y dices qué diablos estoy haciendo con mi vida?

Bembe sigue tocando la cadena dorada y los ojos se le humedecen. El pelo y la barba le esconden las facciones a Gaspar, pero no la mirada. Allá afuera el sol se oculta.

—¿Comprendes que has pasado diez años viviendo en un basurero, doblando metales? ¿Te das cuenta de lo extraño que es eso?

—Tranquila, Bembe. Sólo quería que lo vieras, eso es todo.

—¡Es muy extraño! Es deprimente.

—Lo sé, Bembe. Lo sé mejor que nadie.

—¿Alguna vez pensaste en mí?

La mujer tira con violencia de la cadena y la rompe. La cadena se cae en el espacio que hay entre la plataforma en que está Bembe y en la que está Gaspar. El metal dorado resplandece en la oscuridad.

Gaspar le muestra el lugar a Bembe, y la manera en que explica el esfuerzo que le ha costado construir cada cosa es expresando el tiempo invertido. Toma la hoja de madera de una planta y dice: «Una semana». La hoja tiene ornamentos de metal incrustados. Bembe levanta las cejas y arquea la boca hacia abajo. En el caso de las hojas es un trabajo de orfebrería; en el de las plantas, de carpintería, y en el de los árboles, de

herrería. Gaspar lleva a Bembe de regreso al vestíbulo y hace una descripción detallada del proceso de restauración de la locomotora. «Un año». Gaspar aborda la locomotora e invita a Bembe a entrar en la cabina de control.

—Me da miedo, Gaspar. Que la hayas restaurado no le quita lo aterrador.

—Vamos, Bembe. No pasa nada.

—De hecho, todo este lugar me inquieta.

—Entiendo.

—¿A ti no te pasa? Digo, lo que ocurrió en estos trenes es difícil de olvidar.

—De eso se trata este lugar, Bembe. De no olvidar lo que ocurrió. De hacer un monumento a todos los que murieron.

—Pero para lo que utilizaron los trenes, Gaspar… No sé. Quizá sí sea mejor olvidarlo.

—A mí me gusta pensar que no.

—No sé si se pueda construir algo bello con algo tan terrible.

—A mí me gusta pensar que sí.

Gaspar baja de la locomotora.

—Vamos, quiero mostrarte algo.

Recorren el camino de rieles entre la espesura del jardín, atraviesan la explanada de plataformas, ascendiendo sin percibirlo, y, por entre los árboles que hay detrás del piano, Gaspar conduce a Bembe a un espacio al fondo de la nave industrial. Es una explanada menor que la de las plataformas y está cubierta de césped y es plana. Hay un enorme nogal en el centro, y bajo su frondosidad, una sencilla tienda de lonas verdes. No hay techo sobre esa área y la refulgencia del ocaso apenas se distingue en el cielo. Los muros están cubiertos por paneles de madera en los que está grabada una lista larga, larguísima, de nombres. Una serie de arbustos enanos rodean la explanada; el aroma sustenta que son reales. Bembe y Gaspar se ubican frente a la tienda; ella gira con lentitud y él mira las ramas del nogal. Los paneles de madera están cubiertos por una capa fina de musgo.

—Sólo son nombres, sin apellido. Y la verdad es que me los he inventado —dice Gaspar—. Me refiero a que no los copié de ningún archivo histórico ni nada por el estilo. Pero estoy seguro de que la mayoría de ellos hacen memoria de por lo menos una persona asesinada.

—Me gusta muchísimo, Gaspar.

Bembe gira y gira, lento, sin terminar de decidir hacia dónde voltear. El diseño del lugar es simple y simétrico. Ella sospecha que incluso las florecillas más discretas son parte del plan arquitectónico.

—Aquí he vivido desde hace diez años —dice él.

Bembe no para de girar y poco a poco lo hace más rápido.

—Ya veo —dice ella.

Entre más rápido gira Bembe, una sonrisa en el rostro de Gaspar va creciendo.

—Me encanta vivir mitad afuera, mitad adentro —dice él.

Así como las imágenes, las palabras se difuminan mientras Bembe sigue girando y girando.

—Sí —dice ella. La palabra se dispersa hacia todos lados.

Cuando la velocidad parece a punto de romper los pies de Bembe, Gaspar le pone una mano en la cintura; sus dedos registran la línea del cuerpo de Bembe por dos giros completos y luego aprietan a la mujer, justo debajo de la última costilla. En el cielo brillan las primeras estrellas de la noche. Bembe se detiene de súbito y Gaspar se inclina sobre de ella. Se besan despacio, aunque ambos respiran con agitación. Un ligero aire mueve las ramas del nogal y crujen apenas. Bembe se va dejando caer y se cuelga del cuello de Gaspar, que la sostiene por la cintura todavía. El beso los va jalando hacia el césped y Gaspar tiene que encorvarse como si recogiera algo. Bembe tiene los ojos cerrados y gimotea. La lenta caída llega al límite en que la cabeza de Bembe está a punto de tocar el césped y una sola rodilla de Gaspar sostiene el peso de ambos. La postura es un puente en tensión. Gaspar pronto dirige el cuerpo de Bembe hacia la tienda de lonas verdes. Bembe no abre los ojos.

—Tengo marido —dice Bembe cuando despierta.

Gaspar está recostado boca abajo y murmura algo que no se escucha. Gira entonces la cara y dice:

—Lo sé.

—Soy feliz.

Gaspar vuelve la cara hacia abajo y murmura algo inaudible de nuevo. Bembe se sienta; las cobijas caen de sus hombros y le descubren el pecho. Tiene ganas de fumar y de beber; siente que ha fumado y bebido. Sale a gatas de la tienda y la frescura del ambiente le eriza la piel. Se pone de pie. El cielo está totalmente oscuro y transparente. El césped le acaricia las plantas de los pies. Bembe camina alrededor de la explanada, mirando los paneles de madera. A veces toca el relieve de los nombres grabados. Se pregunta si está el suyo. Los nombres no se repiten nunca y de pronto considera que la tarea de agotar todos los nombres jamás inventados es tan ardua como la de haber construido ese lugar. Encuentra el nombre de Timeo y lo imagina allá afuera, montado en la motocicleta, fingiendo que cruza una carretera repleta de curvas. Bembe se cubre los senos con un brazo; el otro lo estira para acariciar los nombres y a veces los arbustos que cercan la explanada. Cuando termina de recorrer el lugar, dice en voz baja:

—Es hora de volver casa.

Entra a gatas a la tienda. Gaspar está recostado con las manos en la nuca, mirando hacia arriba; tan sólo Bembe se asoma, Gaspar va en busca de ella y la toma por la mandíbula, la besa con sed y la atrae hacia dentro. Bembe no opone resistencia.

No es que Bembe se despierte, pues no está dormida. Tiene los ojos cerrados y sueña, pero está consciente. Sabe bien dónde se halla y sabe que es domingo. Respira lento y profundo. El sueño es agradable, pero sabe que es hora de irse. Ha intentado salir del sueño un par de veces y ha fracasado. Comienza a angustiarse, cuando escucha un golpe en seco y abre los ojos. El sonido ha sucedido en la realidad, no en el sueño. Gaspar no está a su lado. Bembe se pone el vestido blanco que encuentra a tientas por entre las cobijas y sale de la tienda.

El lugar está en completa oscuridad, pero Bembe distingue la efigie del cuerpo de Gaspar, que cuelga de una soga bajo el nogal. No alcanza a verle el gesto; tan sólo advierte que el cuerpo aún se balancea un poco. Bembe se echa a correr. No lleva zapatos y ha dejado en algún lugar dentro de la tienda la cadena dorada, pero nada le importa. Llora y corre, y entre más llora, más corre y viceversa. Atraviesa la explanada de plataformas en descenso imperceptible y se introduce en la espesura de la vegetación industrial por el camino de rieles. La grava le hiere las plantas de los pies, pero no se detiene. Llega al vestíbulo, rodea la locomotora y sale, de perfil, por la gran puerta corrediza de la nave industrial. Corre bajo el cielo desamparado de medianoche. La motocicleta no está por ningún lado. Bembe se deja caer de rodillas y araña con ambas manos la tierra. Grita con toda su alma, pero nadie la escucha.

Londres, 1 de septiembre de 1981

La mujer salió del baño con una toalla enrollada en el pelo. Todavía se untaba crema por el cuerpo desnudo, pero había salido para ver su reflejo en el armario de la habitación, cuyas puertas eran espejos. Era alta y delgada, y sus piernas estaban llenas de hematomas verduzcos. El vapor había empañado el espejo del baño y por alguna razón quería verse el cuerpo mientras terminaba de untarse la crema de karité que había encontrado junto al lavabo. Tenía casi cuarenta años, aunque con el pelo recogido y con el estímulo del agua parecía más joven. Una nube de vapor salió con ella del baño. Antes de advertir el reflejo de los pies del hombre, se sorprendió con la claridad de los árboles al otro lado de la ventana. El cielo se había despejado y ahora el panorama de Hyde Park era un espectáculo. Pensó que la privacidad de la habitación no era la de minutos antes y que sería mejor cubrirse, pero entonces se percató de que el hombre estaba tirado en suelo y ya no le importó su desnudez.

Aún tenía crema en las manos cuando le tocó al hombre la cara y el cuello para reanimarlo. No pudo distinguir si respiraba. Él tenía los ojos cerrados y las manos sobre el pecho, y, aunque no se movía, tenía el ceño fruncido y eso le dio a la mujer algo de esperanza. El hombre estaba en calzoncillos y tenía puesta una camiseta blanca. A la mujer sólo se le ocurrió de momento acariciarle la frente y el pelo cano. Las manos le temblaban. Se había puesto de cuclillas, y a un costado tenía el armario con su reflejo y de frente la ventana con las copas de los árboles del parque. La toalla se le cayó de la cabeza. Algunas gotas le deslizaban por la espalda y el pecho y parecían sudor. Algunas gotas cayeron sobre el rostro del hombre y parecieron lágrimas. Al cabo de un minuto, la mujer se calmó lo suficiente para ponerse de pie y llamar a la recepción del hotel. Después de colgar, se apresuró a juntar su

ropa, que estaba dispersa por la habitación, y se vistió. Eran las cuatro y media de la tarde. Su atuendo consistía en una blusa blanca de popelina, pantalones negros ajustados y tacones negros de terciopelo. La gabardina color arena la dejó sobre la silla del escritorio.

Llamaron a la puerta. Era un hombre tan viejo como el que estaba en el suelo. Entre jadeos, se presentó como el jefe de seguridad. La mujer no escuchó las palabras. Lo hizo pasar y lo llevó hacia el hombre inconsciente. En la mesa junto a la ventana había una botella de champán a media vida y dos copas vacías. El jefe de seguridad se puso de rodillas y pegó con delicadeza el oído al pecho del hombre. Luego le puso dos dedos cerca de la nuez de la garganta y cerró los ojos. La mujer se llevó una mano a la boca y lloró un poco. El jefe de seguridad abrió los ojos, miró a la mujer y, sin despegar los dedos del hombre, dijo: «Está vivo». La mujer se llevó la otra mano a la boca y contuvo el llanto.

El jefe de seguridad llamó a una ambulancia desde el teléfono junto a la cama. Al colgar, puso la mirada sobre las sábanas desarregladas y enseguida, como un latigazo, movió la cabeza hacia otro lugar. La mujer se puso la gabardina y se revisó los bolsillos. Todavía le escurría agua del pelo. El jefe de seguridad se acercó al hombre inconsciente y lo miró desde lo alto. La mujer miró su reflejo en las puertas del armario y se limpió el rostro con las manos y con las mangas de la gabardina. Tenía las mejillas enrojecidas y los labios le palpitaban. Mientras se hacía un moño detrás de la cabeza, advirtió que el jefe de seguridad, a sus espaldas, miraba fijamente al hombre. Se dio la vuelta y dijo:

—¿Lo reconoce?

Una sirena se escuchó a la distancia.

—Desde luego. Yo pertenezco a esa generación.

Minutos más tarde, una ambulancia se detuvo en la entrada del hotel y dos camilleros subieron deprisa a la habitación. La mujer se mantuvo de pie en una esquina, con los brazos cruzados, y miró cómo preparaban al hombre para llevárselo. El cielo se volvió a nublar. El

jefe de seguridad abrió la puerta. Los camilleros alzaron al hombre en sincronía y salieron. La mujer no se movió.

—¿Viene? —dijo el jefe de seguridad, sosteniendo la puerta.

La mujer pegó un brinco y dijo:

—Claro.

Tomó su bolso, le echó una última mirada al lugar y salió. Los camilleros avanzaban por el pasillo, hacia los ascensores. Antes de que el jefe de seguridad pudiera cerrar la puerta, la mujer soltó una exclamación de sobresalto. Los camilleros se detuvieron y torcieron el cuello hacia atrás. El jefe de seguridad sostuvo la puerta.

—Un segundo, por favor. Casi lo olvido.

La mujer entró de nuevo a la habitación. Los camilleros y el jefe de seguridad se quedaron quietos. Escucharon que la mujer abría y cerraba cajones.

—Ya está. Gracias. Él siempre se queja del frío que siente en los pies.

La mujer alzó al nivel de su rostro un par de calcetines hechos pelota y sonrió sin separar los labios. Cuando la mujer cruzó el umbral, un aire de exquisita fragancia golpeó al jefe de seguridad. Los camilleros retomaron el paso.

El viaje en ambulancia fue de un kilómetro. Los camilleros viajaron en la parte delantera. El que condujo encendió el radio. La música se podía escuchar en la parte posterior durante el segundo de silencio que ocurría después de los ocho del sonido de la sirena. El hospital más cercano era el St Mary's. La mujer le sostuvo la mano al hombre, aún inconsciente, durante el camino. La enfermera que viajaba atrás con ellos se extrañó cuando la mujer comenzó a susurrarle en alemán al hombre. En la entrada del hotel, la mujer la había saludado y le había contestado una serie de preguntas con un perfecto acento inglés. La enfermera entendió que las palabras en alemán eran de amor.

Los camilleros abrieron las puertas de la ambulancia y bajaron al hombre. La enfermera y la mujer los siguieron a trote. Ingresaron a la sala de emergencias y se perfilaron hacia el área de atención médica. La

gente les abrió camino. La enfermera se volvió hacia la mujer y le dijo que no podía entrar con ellos y que debía permanecer en la sala de espera. El instinto de la mujer fue aferrarse a la camilla, y sólo fue soltándola mientras la enfermera le decía, asintiendo con la cabeza, que todo estaría bien, que en breve ella regresaría a informarle cómo iba la situación. La mujer alcanzó a apretarle un brazo al hombre antes de que se lo llevaran detrás de unas puertas abatibles y lo borraran, al doblar en un pasillo, de su vista. Y de su vida.

La mujer dio un giro completo en su lugar. La gente en la sala de espera la miraba. Metió una mano a un bolsillo de la gabardina y dio un fuerte taconazo contra el suelo. Soltó su bolso, dio medio giro más y dio otro taconazo. En la mano que sacó del bolsillo tenía el par de calcetines.

A las cinco de la tarde, una mujer irrumpió en la sala de espera y recorrió el lugar con la mirada, a pesar de que no sabía a quién buscaba. Llevaba un jersey gris con la inscripción de Harrods en el pecho y tenis deportivos. Le estaba costando recuperar el aliento y acaso esto le nublaba la mirada. Se acercó al mostrador e intercambió unas palabras con una enfermera. La manera en que se recargó sobre el mueble y en que acomodó los pies, uno en punta y el otro alineado con sus hombros, insinuaba una formación en ballet. La enfermera apuntó la mirada hacia la mujer en gabardina que estaba sentada en la esquina de la sala, junto a los folletos de casas funerarias.

—Hola —dijo la mujer después de agradecerle a la enfermera por su ayuda y acercarse a la esquina—. Me llamo Jane, Jane Ellison, soy productora de la BBC. ¿Me dicen que tú llegaste con el señor Speer?

La mujer en gabardina movió el rostro con lentitud y luego sus ojos, poco a poco, buscaron los de la otra.

—Hola. Así es, llegué con él. Nunca me había subido a una ambulancia.

Jane sonrió. Enderezó la espalda y el cuello, inhaló profundamente y se sentó frente a la mujer; cuando terminó de acomodarse, vació los pulmones con un soplido que hizo volar el fleco que caía sobre su

frente. Negó con la cabeza un par de veces y dijo:

—Es increíble. Hace apenas unas horas, en la entrevista, él estaba estupendo. Lo dejamos en su hotel a la una y se veía normal, incluso nos dijo que se sentía bien. Sí, creo que nos dijo que se sentía bien o que el viaje le había hecho sentirse bien. Es increíble.

La mujer en gabardina estaba reclinada hacia atrás, con la nuca sobre el respaldo del asiento, y tenía los brazos cruzados. Su mirada apuntaba hacia algún punto del pecho de la otra, y era imprecisa y honda.

—¿Qué tal estuvo en el almuerzo? Él estaba muy emocionado cuando lo dejamos en el hotel. Nos dijo que tenía un almuerzo antes del vuelo de regreso a Alemania. Se veía emocionado, ¿o no? ¿Tuvieron un buen almuerzo? ¿Cómo se conocen ustedes?

La mujer miró a Jane a los ojos, apretó la boca y levantó las cejas.

—Dave Wallace.

—¿Disculpa? —dijo Jane.

—Lo ingresaron con el nombre de Dave Wallace, ¿te lo dijeron? Dave Wallace. Dave. Wallace.

—Ah, seguramente fue una confusión. La habitación del hotel está reservada a nombre de Dave, un compañero en la BBC.

—Dave Wallace. Siempre lo recordaré.

—¿Te encuentras bien?

La mujer corrigió su postura en el asiento, estiró los brazos hacia arriba y gimió con levedad.

—Sólo ha sido un día largo. ¿Me puedes decir la hora?

Jane miró su reloj de pulsera y dijo:

—Son las cinco, las cinco con cinco minutos. ¿Han dicho algo los doctores?

—Que lo han inducido a un coma.

—Dios.

—Y que no hay manera de ponerle calcetines. Es imposible.

Jane hizo un gesto de extrañeza y se puso de pie. Miró a su alrededor.

—¿Sabes si hay un baño por aquí?

—Yo le ayudo con su correspondencia en inglés.

—¿Perdón?

—Así nos conocemos. Le ayudo con la traducción, quiero decir.

—Entiendo.

—Sí, a veces le ayudo con eso —dijo la mujer y se puso de pie—. Vamos, Jane. Yo te muestro dónde está el baño.

Pasaron la tarde hablando de música y libros, y descubrieron que tenían gustos afines. Las mujeres se sentaron hombro a hombro y el tiempo las fue acercando, hasta que terminaron recargando sus cabezas entre sí. A las ocho de la noche, un doctor les dio un informe a detalle de la condición del paciente. No había mucho que hacer para ese entonces. La gravedad del infarto había sido fatal. El paciente moriría ese día, 1 de septiembre, en cuestión de minutos. Antes de marcharse, el doctor dijo:

—Irónico, ¿no es verdad? Que muera en Londres.

Desde su lugar en la esquina de la sala de espera, de pie, las mujeres vieron al doctor caminar por el pasillo detrás de las puertas abatibles. Afuera, la ciudad había oscurecido.

—Tengo que llamar a mi oficina —dijo Jane—. ¿Tienes monedas?

La mujer en gabardina buscó en su bolso, sacó una cartera anaranjada y se la extendió a Jane. La cartera pesaba mucho más de lo que Jane esperaba y, al tomarla, su brazo se balanceó un poco hacia abajo. Abrió el broche de la cartera y luego el cierre del monedero, pero la mujer la detuvo.

—No, llévatela —dijo y se aclaró la garganta. Su voz se había empañado.

Jane se dirigió hacia el teléfono, que estaba cerca del mostrador, y en el trayecto se volvió hacia la mujer, que se tapaba el rostro con las manos. Descolgó el teléfono e introdujo algunas monedas. Hizo la llamada, y durante todo el tiempo le dio la espalda a la mujer, pero se giraba a verla cada tanto. La mujer se había sentado y cruzado de piernas. Movía con insistencia la pierna que tocaba el suelo y la pierna

montada bailaba en el aire. Después de la llamada, Jane se aferró al teléfono y estudió a la mujer, que ahora tenía en las manos el par de calcetines hechos pelota. La mujer se mordía los labios. Cuando se dio cuenta de que Jane la miraba, paró de mover las piernas. Jane soltó el teléfono y regresó a la esquina.

—La oficina es un caos. Se ha corrido la voz. Nos están llamando de todas partes —dijo y tomó asiento. La mujer guardó el par de calcetines en un bolsillo de la gabardina—. Muchas gracias, por cierto. —Jane le extendió de vuelta la cartera—. Aquí tienes.

La mujer tomó un extremo de la cartera y por un instante ambas la sostuvieron. Cuando Jane la soltó, la mujer no pudo con el peso inesperado de la cartera y la dejó caer al suelo. Una cascada de monedas se derramó por la sala de espera. La gente del lugar se dejó de mover. La mujer se precipitó a recoger las monedas a gatas. Quiso detener primero las que aún rodaban en círculos, pero enseguida procuró silenciar con un manotazo las que retumbaban contra el suelo y al mismo tiempo, con el brazo, barrió hacia ella las que estaban a su alcance. No pudo coordinar sus movimientos y terminó por rendirse y dejar que las monedas quedaran esparcidas, y se echó a llorar. Jane se puso de rodillas y la abrazó por la espalda. La mujer sollozaba con violencia. La gente evitó mirarlas para darles algo de privacidad. Jane percibió la exquisita fragancia de la mujer.

Después del hospital, cuando todo había terminado, Jane le ofreció a la mujer llevarla en auto a la estación de Waterloo. Condujo con lentitud y encendió un cigarrillo. La mujer tardó unos minutos en romper el silencio. En Waterloo tomaría un tren de media hora a un suburbio al sur de Londres. Tendría todo el camino y la caminata de diez minutos hasta su casa para pensar en qué diría al llegar. Su marido se pondría de mal humor por días. Quizá incluso ella tendría que dormir en el cuarto de visitas. Actuaría con naturalidad, pero no podría disimular la angustia ni el rostro demacrado.

—Nunca había hecho algo tan difícil, Jane.

—¿Como la llamada, quieres decir?

—Así es. Nada, te lo juro, ha sido más difícil que levantar ese teléfono.

—¿Se conocieron alguna vez? Tú y la señora Speer.

—Nunca, pero ella sabía lo que sucedía.

—¿Qué te dijo?

—Sólo escuchó.

—Ya.

—Sí. Fue muy elegante. Y antes de colgar me dio las gracias por la llamada.

—Dios.

—En serio que lo lamento por ella.

Era martes y las calles de Londres estaban vacías.

Al llegar a la estación, Jane detuvo el auto y apagó un cigarrillo que recién había encendido. La mujer le puso una mano en la rodilla y la miró.

—Gracias por todo, Jane. No sé qué habría hecho sin ti.

—Cuídate. Llama a mi oficina si necesitas algo.

Se abrazaron. La mujer descendió del auto y entró a la estación. Jane encendió otro cigarrillo y puso en marcha el auto. Antes de acelerar, advirtió el par de calcetines hechos pelota en el asiento del copiloto.